3 1761 05251106 0

# EL NACIONALISMO CATALÁN

A. Roura i Virgili

BIBLIOTECA DE CULTURA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

Antonio Rovira y Virgili

*Autor de la "Història dels moviments nacionalistes"*

# EL NACIONALISMO CATALÁN

## SU ASPECTO POLÍTICO
## LOS HECHOS, LAS IDEAS Y LOS HOMBRES

BARCELONA
EDITORIAL MINERVA, S. A.
Aribau, 179 — Teléfono G 27

157211
25-6-19

ES PROPIEDAD

Sobs. de López Robert y C.ª; calle Conde del Asalto, 63; Barcelona

# PRÓLOGO

*Hemos escrito la presente obra con un gran respeto—mejor diríamos con un gran amor—a la verdad y a la sinceridad. Nuestro propósito ha consistido en exponer la cuestión de Cataluña tal como es en realidad, en sus términos verdaderos, en su misma desnudez. Ni hemos velado nuestro pensamiento, ni hemos amañado los hechos, ni nos hemos propuesto obtener simpatías o indulgencia para el nacionalismo catalán a cambio de la atenuación de su carácter o de la ocultación de determinados aspectos e ideas.*

*Van dirigidas estas páginas, principalmente, al público de lengua castellana. Por esto no hemos empleado el idioma catalán, en el que está escrita toda nuestra labor de publicistas. Mejor que una defensa, más o menos abogadesca, de las reivindicaciones na-*

*cionales de Cataluña, hemos querido hacer una exposición de ideas y de hechos, lo más objetiva que nos ha sido posible.*

*Empleamos en este libro el mismo tono y aún la misma fraseología que en nuestros libros y en nuestras propagandas catalanistas. Nos ha repugnado siempre la falsa cortesía que consiste en adoptar tono humilde y conceptos suaves cuando se habla a quienes piensan o pueden pensar lo contrario que nosotros. Cuando se trata de cuestiones de ideas y de problemas políticos, esa cortesía afectada implica un pecado de insinceridad y también un principio de humillación. Constituye, además, una ofensa para aquellos a quienes se habla, puesto que se les supone incapaces de oir, en su cruda realidad, las palabras de los que están situados—adaptemos la frase de Clemenceau—al otro lado de la barricada.*

*Ni humildes, ni altaneros. Así somos los nacionalistas catalanes, y así hemos querido aparecer en las páginas de nuestro libro. Para nosotros, el nacionalismo catalán no es algo que debamos hacernos perdonar ante la opinión española. No nos hemos hecho, por lo tanto, aquella reflexión que parecen hacerse algunos compatriotas y aún algunos semi-correligionarios nuestros cuando hablan para los no catalanes: "Vamos a demostrar que el catalanismo no es tan exi-*

*gente, ni tan perverso, ni tan peligroso como muchos piensan, y que su triunfo, lejos de perjudicar a España, representaría un gran bien para ésta."*

*La verdad—la verdad que nosotros hemos expuesto en este libro, tal como la entendemos—es que, en relación con el criterio y con los intereses políticos y espirituales del centralismo español, nuestro nacionalismo es, en muchos puntos, exigente y aún peligroso; y su triunfo, si bien produciría, dentro de una solución de concordia, efectos favorables sobre la política española, en cambio representaría para Castilla, o para la España castellana, la pérdida de un mercado de exportación política y administrativa, es decir, de un mercado de funcionarios y empleados, y sobre todo la pérdida completa de una provincia espiritual, o sea de la influencia todavía fuerte que la cultura, la literatura y la lengua castellanas ejercen sobre nosotros.*

*Si nada fuese a perder la España castellana con el triunfo del nacionalismo catalán, no se comprendería que una gran parte de la opinión española se oponga con fiera intransigencia y con pasión a nuestras reivindicaciones. Pero eso que la España castellana debe perder y que la Cataluña catalana debe ganar, es algo esencial y hondo que, según nuestras ideas, nos corresponde legítimamente. Re-*

*clamamos el gobierno de nosotros mismos en aquello que a nosotros atañe y trabajamos para sustraernos al protectorado intelectual que significa la imposición de una cultura y de una lengua ajenas. En este sentido decimos: "Cataluña para los catalanes". Es el mismo sentido que a análogos lemas dan los patriotas de todos los países que luchan por su independencia o por su autonomía.*

*Nada vamos ganando, ni los unos ni los otros, con hacernos ilusiones respecto a la inocuidad del nacionalismo catalán. El optimismo bonachón no facilita, ni poco ni mucho, la solución de los problemas. Con el triunfo de nuestras reivindicaciones, mucho ganará Cataluña; pero algo deberá perder España, aunque esta pérdida tenga el consuelo de responder a los principios de justicia. Conviene decir a continuación, eso sí, que la España castellana podría hallar en esta misma pérdida una fuente de energías, un revulsivo que la reavivara, un estímulo para dar nuevas direcciones a su actividad y a su ambición.*

*Es una falacia decir que el problema catalán no es sino el problema español, y que todos los pueblos que forman el Estado español sufren del mismo mal. Eso no es cierto. Habrá hoy un problema político común a todas las tierras regidas por el centralismo madrileño. Pero además de este problema, in-*

*dependientemente de él, hay en Cataluña un problema propio, especial. Este problema no es común a todas las regiones. Es nuestro y sólo nuestro. Un problema del mismo orden—no el mismo problema—existe también en las tierras vascas.*

*Del mal gobierno español, de la incapacidad y la miseria del Estado, sufren sin duda alguna los castellanos de Castilla y los súbditos todos del Estado. Pero los castellanos de Castilla no sufren la imposición de otra lengua, de otras leyes, de otra cultura, de otro espíritu; y esta imposición es, en suma, lo que constituye la cuestión nacionalista.*

*Yerran, pues, gravemente los que opinan que la cuestión catalana puede resolverse con medidas de buen gobierno. Claro que gobernando a Cataluña con inteligencia no se producirían determinados conflictos y se evitaría la mayor parte de las veces el envenenamiento de las pasiones. Pero esto no es más que un paliativo, que no llega a la raiz de la cuestión.*

*No se trata de que los políticos de Madrid nos gobiernen bien (cosa, por otra parte, un poco difícil, hoy por hoy). Se trata de que dejen de gobernarnos. En este sentido, podemos aplicar a nuestro problema aquella frase de los italianos del norte en tiempos de la dominación austríaca: "No os pedimos que nos gobernéis bien. Os pedimos que os marchéis". Los*

*catalanes no pedimos a los ministros que nos gobiernen bien (aunque siempre sería preferible a que nos gobiernen mal); les pedimos que no gobiernen, en nuestros asuntos propios, de ninguna manera. No pedimos a los gobernadores que gobiernen bien los pedazos de nuestra patria descuartizada por la división provincial, ni a los magistrados y jueces que hagan justicia recta, ni a los delegados de Hacienda que administren con probidad y miramientos; a todos esos señores, en cuanto son representantes o funcionarios del poder central, les pedimos que se marchen...*

*

* *

*¿Odio a España? No, no; no es eso. Los nacionalistas catalanes no sienten odio a España. Sienten, sí, el resentimiento de quien se cree atropellado y humillado. A través de los hechos de la historia, ha habido momentos en que han brotado chispazos de odio —de odio mutuo. Mas los catalanes no han odiado jamás a España por ser España. Sus sentimientos hostiles, en épocas determinadas, se han dirigido contra España, o contra Castilla, por sentirse heridos o vejados por ella. En todo caso, la fuerza de los sen-*

*timientos poco amistosos que pueda haber en Cataluña respecto de la España castellana, es inferior—tal es al menos nuestra profunda convicción—a la fuerza de los sentimientos del mismo género que hay en la España castellana respecto de Cataluña.*

*Tampoco diremos que los catalanes—y particularmente los catalanistas—sientan por la España castellana grandes amores. ¿Cómo pueden sentirlos, si entre Castilla y Cataluña se ha venido sosteniendo un pleito secular? Por otra parte, es preciso reconocer que el carácter castellano y el catalán tienen muchas cualidades opuestas y que esto ha constituído siempre un fuerte obstáculo para llegar a la comunidad de sentimientos y al estrechamiento de los lazos de afecto. Algo hay en el fondo de las almas de los dos pueblos que ha dado origen a una honda desavenencia de muchos siglos.*

*En este punto, creemos que expresan bien el sentir general de los catalanes, las palabras que el señor Royo Villanova atribuye a don Teodoro Baró, director que fué del* Diario de Barcelona: "*En resumen: si usted me pregunta si los catalanes odian a España, le diré que no. Si usted me pregunta si los catalanes aman a España, le diré que tampoco*" (1).

(1) A. Royo Villanova: *El problema catalán.* Madrid, 1907. Pág. 209.

*Y nadie se escandalice de esto, ni pretenda lanzar anatemas airados. Las cosas son como son. Y no hay nada más improcedente que la pretensión de imponer el amor obligatorio. Esto es imposible, así entre los individuos como entre los pueblos. Además, a estos sentimientos catalanes no es ajena la conducta de la España castellana en el curso de los acontecimientos históricos.*

*Es interesante hacer observar que en estos últimos tiempos ha habido en la juventud intelectual del nacionalismo el anhelo de llegar a la mutua comprensión cordial con España, por lo menos con la mejor parte de España. Y esto, no sólo en la esfera intelectual y literaria, sino también en la esfera política. En este sentido estaba inspirada la desaparecida revista* La Cataluña, *donde colaboraba la juventud de la* Lliga Regionalista. *Ha sido un noble intento de aproximación, fallido por desgracia, sobre todo en su aspecto político.*

*El dolor de muchos catalanes es no poder amar esta España triste de hoy, no poder ser con ella ni siquiera indulgentes. Lo que más nos separa de ella es su incuria ante los grandes problemas, su indiferencia ante los hechos del mundo, su abulia fatalista, su persistente sueño, del cual no logran despertarla ni el sonar de las horas solemnes en que se decide el por-*

*venir de las naciones. Bellamente acaba de expresar este sentimiento uno de los más altos poetas de nuestra generación joven, José M.ª López-Picó.*

Canto la patria...
Quina patria?
Totes,
mentre llur saba tregui brot.
A tu, no, immòbil, que t'enllotes
en la immobilitat damunt del llot (1).

*Hoy la guerra europea ha puesto nuevamente de relieve, de una manera bien visible, la dualidad castellano-catalana. Castilla es germanófila. Cataluña es aliadófila. En la manera de apreciar la guerra y las cuestiones con ella relacionadas, se revela que Castilla y Cataluña viven en dos mundos de ideas completamente distintos.*

*Un renacimiento espiritual de España sería, sin duda, de gran eficacia para llegar a una mayor cordialidad castellano-catalana. Pero aún así, la cuestión nacionalista subsistiría. Esta sólo puede ser resuelta, o por el triunfo de nuestras reivindicaciones, o por la*

(1) Canto la patria...
Cuál patria?
Todas,
mientras su savia saque brote.
A ti, no, inmóvil, que te enlodas
en la inmovilidad sobre el lodo.

*desaparición completa de Cataluña como pueblo con personalidad propia. Mientras Cataluña viva, y sus reivindicaciones no estén satisfechas, habrá cuestión catalana, con toda la gravedad y todos los peligros de una cuestión nacionalista. Y, afortunadamente, la vitalidad de Cataluña, a través de todas las vicisitudes, va en aumento. La importancia de la cuestión catalana no hará sino crecer. El pancatalanismo, que no está más que en sus comienzos, comunicará los anhelos nacionalistas a Valencia y a las islas Baleares.*

*Los nacionalistas catalanes creemos ver en el porvenir una clara luz de esperanza. Nuestas ideas son las que hoy triunfan en el mundo. Estamos convencidos, como ha dicho nuestro admirable José Carner, de que la verdadera historia de Cataluña se desarrollará en los tiempos venideros. Sabemos que nuestro mayor y más temible enemigo es el desconocimiento de nuestro problema por parte de la España castellana. Con el leal intento de contribuir a que sea conocido mejor, damos nosotros a la publicidad este libro.*

A. Rovira y Virgili.

# PARTE PRIMERA

# ANTECEDENTES DEL PROBLEMA

# CAPITULO PRIMERO

## Cataluña y los catalanes

EL TERRITORIO CATALÁN.—EL DOMINIO DE LA LENGUA CATALANA.—LA RAZA CATALANA.—LOS ORÍGENES DE LA RAZA CATALANA.

**El territorio catalán.**—Debemos fijar, ante todo, el alcance territorial que damos al vocablo Cataluña, cuando lo empleamos en su sentido nacional.

La Cataluña del viejo Principado está comprendida en el triángulo montañoso que, en el nordeste de la península ibérica, tiene su base en los Pirineos y su vértice un poco al sur de las bocas del Ebro.

Pero el territorio de la lengua y de la raza catalanas, es mucho mayor. Se extiende más allá del Pirineo, más allá del Ebro, más allá del mar; abarca el actual departamento francés de los Pirineos orientales, el antiguo reino de Valencia y las islas Balea-

res. Para los nacionalistas catalanes de hoy, inspirados por un vigoroso pancatalanismo, Cataluña, la Cataluña nacional y total, está formada, no por el Principado únicamente, sino por el conjunto de regiones donde es hablado el lenguaje catalán. La nacionalidad catalana constituye así un pueblo de más de cuatro millones de habitantes.

Cuando el dominio geográfico de un idioma nacional está netamente delimitado, coincide, en efecto, con el territorio de la nacionalidad, ya en la realidad de las organizaciones políticas, ya en las aspiraciones de los patriotas. Si una parte de los habitantes de este dominio lingüístico tiene atrofiado el sentido de la nacionalidad, la acción vivificante del nacionalismo tiende a llevar de nuevo hacia la comunidad de la conciencia patriótica aquella parte yerma del gran campo de la nación.

Los límites geográficos de la nacionalidad catalana son también los límites del futuro Estado nacional que constituye el supremo ideal político del catalanismo. No es que pretenda éste la incorporación forzosa a la Cataluña autónoma de las tierras hermanas aún dormidas, indiferentes, si no hostiles, a su ideal. Pretende, sí, promover en ellas un movimiento de renacionalización, un despertar análogo al que ha encendido una luz nueva en el alma de los catalanes del Principado. Unidos por el común origen, por la común historia y por el común lenguaje, los catalanes, los valencianos, los mallorquines, los roselloneses, son un mismo pueblo, una nación única. Y hoy, en Cataluña, ya no se dice mucho valencianos y ma-

llorquines, sino catalanes de Valencia y catalanes de Mallorca. (1)

Las islas Baleares son la Cataluña insular, como el Principado y el reino de Valencia son la Cataluña peninsular, como el departamento francés de los Pirineos Orientales es la Cataluña ultrapirenaica.

Este ideal pancatalanista no es un propósito absorbente, ni de imposición. El nacionalismo catalán aspira, como uno de sus fines lejanos—pues no se trata, ciertamente, de un fin inmediato o próximo—a la integración de todas las tierras de lengua catalana en un Estado autónomo, miembro de una futura Federación hispánica, ibérica, occidental, latina o europea. Todas estas fértiles posibilidades divisa, desde su claro y ancho ventanal, nuestro pensamiento nacionalista, el cual, lejos de ser exclusivista ni cerrado, como sus detractores ignorantes o mentirosos aseguran, está saturado de anhelos de expansión y de amplitud, de ansias de vida grande, europea, universal.

El catalanismo—y no se escandalicen de esta afirmación los timoratos—es mucho más abierto, mucho más expansivo, mucho más ancho que el españolismo, o por mejor decir, el castellanismo unitarista. Cataluña es mucho más amplia, en espíritu y en ideales, ya que no en extensión territorial, que la

(1) Don Miguel de Unamuno siguió este nuevo uso, lleno de verdad, en su discurso presidencial de los Juegos Florales de la ciudad de Mallorca—o Palma de Mallorca, como se la denomina oficialmente—celebrados en 1916, llamando repetidamente a los mallorquines "catalanes de Mallorca".

España castellana. Castilla, hoy, es menos ancha que Cataluña.

El pancatalanismo es una manifestación de ese espíritu expansivo de nuestro ideal nacional. Pero—repitámoslo—no se trata de una tendencia absorbente, de una aspiración a dominar otros pueblos, como sucede con el pangermanismo. La condición esencial que el nacionalismo catalán pone a la incorporación política de las tierras catalanas de allende el Ebro, de allende el Pirineo y de allende el mar, es su previa incorporación a nuestro ideal, su despertar patriótico, su voluntad. Si ese despertar no se produjera, si esa voluntad no se manifestara, el nacionalismo catalán renunciaría—llena el alma de amargura—a la unión nacional con estas tierras.

Mas nuestro ideal está abierto a las esperanzas. Estas esperanzas nos han hecho soñar, en los primeros años del nuevo siglo, con una unión de todos los pueblos de la lengua de Oc, y aún de los que en la Edad media vivieron dentro de su órbita. Una Occitania vaga—vaga como una visión de ensueño—ha aparecido a veces en la imaginación de nuestros poetas. Y fué Juan Maragall, el alto de espíritu, quien cantó, lírico:

*Jo no sé com, pro un vent de profecía*
*corre sobre eixos monts d'ací i d'allà;*
*jo no sé quan, pro vindrà un dia*
*que el Pirineu regnarà!*
*Vosaltres els del mar cap a Baiona,*
*vosaltres els de Pau i d'Argelès,*

*vosaltres de Tolosa i de Narbona*
*i los del bell parlar provençalès;*
*i tu, Aragó més alt, i tu, Nabarra,*
*oh catalans que a l'altre mar sóu junts,*
*alceu els ulls al mur que ara ens separa:*
*s'acosta el dia que serem tots uns...* (1)

Esto no pasa, en realidad, de un bello sueño poético. El nacionalismo catalán aspira, como ideal lejano, a grandes unidades federativas, de las cuales sea Cataluña parte integrante, y donde podría hallarse al lado de esos pueblos con los cuales la unen lazos históricos, geográficos, lingüísticos o étnicos. No creemos, sin embargo, que la futura Federación a que Cataluña pertenezca, sea esta especie de Imperio pirenáico que canta Maragall, quien junta fragmentos del Lenguadoc y la Provenza, de Gascuña y Vasconia, de Cataluña y Castilla. El mismo Maragall, cuando nos da en su composición los motivos actuales de esta unidad pirenáica, no nos expone más que bellas imágenes poéticas:

(1)

Yo no sé cómo, pero un viento de profecía
corre por esos montes, aquí y allá;
yo no sé cómo, pero vendrá un día
en que el Pirineo reinará.
Vosotros los del mar, hacia Bayona,
vosotros los de Pau y de Argelés,
vosotros de Tolosa y de Narbona
y los del bello lenguaje provenzal,
y tú, Aragón más alto, y tú, Navarra,
oh catalanes que en el otro mar vivís juntos,
alzad los ojos al muro que ahora nos separa:
se acerca el día en que todos seremos unos...

*Tots devallem de la mateixa alçada,*
*tots bevem l'aigua de les mateixes neus;*
*nostres cançons tenen igual tonada*
*i nostres crits desperten idèntics tornaveus.* (1)

Para los nacionalistas, el territorio de la nación catalana es el área del lenguaje catalán, con la pequeña excepción de Alguer, la ciudad catalana de la isla de Cerdeña, separada de Cataluña por el mar y unida por la tierra al territorio insular italiano. En el caso de Alguer, el hecho geográfico se impone, con su fuerza material, al lazo espiritual del idioma.

**El dominio de la lengua catalana.** — Hemos indicado, en términos generales, cual sea, hoy, el dominio territorial de nuestra lengua. Es oportuno, no obstante, precisar los límites de este dominio lingüístico.

"Sus límites actuales—escribe el eminente filólogo catalán Pompeyo Fabra—son aproximadamente los mismos que en la Edad Media. Sólo ha retrocedido en su extremo meridional, ya que en la segunda mitad del siglo XIII se hablaba en Murcia, y hoy el castellano se extiende hasta algo más al norte de Orihuela. La frontera entre el catalán y el castellano cae dentro del reino de Valencia; en cambio, toda Cataluña, excepto el Valle de Arán, pertenece al do-

(1)
Todos descendemos de la misma altura,
todos bebemos el agua de las mismas nieves;
nuestras canciones tienen igual ritmo
y nuestros gritos despiertan idénticos ecos.

minio lingüístico del catalán, y éste rebasa en todas partes la frontera catalano-aragonesa. El catalán, se habla, pues, en la parte oriental de las provincias de Alicante, Valencia y Castellón de la Plana, en las regiones fronterizas de las provincias de Teruel, Zaragoza y Huesca y en la totalidad de las provincias catalanas, con excepción del mencionado Valle de Arán. (1) Háblase, además, en las islas Baleares y, fuera de España, en el departamento francés de los Pirineos Orientales y en la ciudad sarda de Alguer".

Debe añadirse a esta enumeración de territorios la minúscula República de Andorra.

Desde el punto de vista nacionalista, precisa una rectificación de las fronteras de las provincias valencianas en el sentido de segregar territorios en el sur y el oeste, y de las fronteras de las provincias aragonesas en el sentido de agregar a Cataluña una franja de territorio al este de las mismas.

**La raza catalana.** — Cuando los catalanes hablamos de raza catalana, no queremos significar que constituyamos una raza antropológica. No empleamos el término "raza" en su sentido antropológico. Nos referimos a la raza histórica. Y en este sentido es indudable que los catalanes constituímos una raza bien definida.

Por esto resulta incongruente que, a menudo, se nos hable desde Madrid con retintín de la "raza catalana", haciéndonos saber que no existen razas puras, y que en Cataluña se encuentra una gran variedad de tipos raciales. Nunca hemos sostenido lo con-

(1) El dialecto aranés pertenece al lenguaje gascón.

trario. En el sentido antropológico del concepto de raza, no hay nación alguna que forme una raza distinta. En unas naciones habrá una menor mezcla étnica que en otras; pero la mezcla existe en todas, y las condiciones de la vida moderna tienden a aumentarla.

Por otra parte, ¿tiene otro sentido que el histórico —o el lingüístico—el hablar, como se habla, de raza ibérica o de raza española? ¿No se nos tolerará a nosotros que hablemos de raza catalana, y se celebrará mientras tanto en las tierras de lengua castellana esa reciente, artificial y envarada "Fiesta de la Raza"?

Estas consideraciones nos llevan a hablar de la famosa conferencia del doctor Robert, de quien se dijo que afirmó la superioridad de los cráneos catalanes sobre los del resto de los habitantes de España. En realidad, el doctor Robert, en su conferencia, se limitó a hacer un estudio rigurosamente científico sobre las medidas craneanas en la península, y puso de manifiesto la existencia de un tipo medio catalán, que se diferencia de los otros tipos peninsulares. El hecho, que pertenece al dominio científico, es exacto, y el conferenciante lo afirmó sin pretender deducir conclusiones de superioridad mental. ¿No tendrán, por ventura, los hombres de ciencia catalanes el derecho de estudiar la configuración de los cráneos? Si en el nordeste de la península predomina un tipo craneano diferenciado, los catalanes no vamos a deformarnos el cráneo en aras de la unidad española.

La tendencia a ver injurias y a hallar intención política en las más objetivas cuestiones de la ciencia,

cuando las discuten los catalanes, no es sino una manifestación de la susceptibilidad irritable que una parte de España demuestra cuando se trata de las cosas que a Cataluña se refieren.

**Los orígenes de la raza catalana.** — Para nosotros, la raza nacional es aquel compuesto étnico que se ha formado sobre un determinado territorio, en el transcurso de los tiempos, por las mezclas de razas y por las influencias físicas. Al cabo de unos siglos, se ha creado un carácter especial, un tipo propio, diferenciado claramente, y fuertemente acusado.

Pero la larga cadena de generaciones que constituye una nación ha tenido sus eslabones primitivos, originarios. ¿Cuáles son los primitivos eslabones de la raza catalana?

Estas cuestiones de etnología primitiva son obscuras y difíciles. Hasta hace poco, los historiadores y los etnólogos no han acertado a formular más que hipótesis, casi siempre endebles, muy a menudo fantásticas. En los últimos años se ha llegado a algunos resultados parciales relativamente satisfactorios. Así y todo, la cuestión de las razas primitivas sigue siendo intrincada y confusa. Hechos que se daban por comprobados y clasificaciones étnicas que estaban generalmente admitidas, se han venido abajo en los últimos años, o han sido puestos por los menos en entredicho. ¿No vemos hoy, por ejemplo, como notables etnólogos ponen en duda la existencia de la raza aria, a la cual se tenía por madre de un vasto conjunto de pueblos de Asia y de Europa? Al cabo

de tantos años de hablar de la raza aria, ésta parece resultar un fantasma, una creación imaginaria nacida de haberse buscado un tronco común a numerosas ramas étnicas que presentan ciertas semejanzas.

Respecto a los primeros pobladores de la península ibérica y a las razas primitivas que han dado orígen, a través de las invasiones y las mezclas subsiguientes, a la población peninsular, las hipótesis y las teorías abundan.

En cuanto a Cataluña, los estudios más serios ponen el primer eslabón conocido de la raza catalana en la *etnos ibérica,* de que habló Avieno, copiando a un viajero o explorador fenicio, quien al navegar por el mar Sardo, quinientos años antes de Jesucristo, encontró entre Murcia y el Ródano, a lo largo de la costa mediterránea, un pueblo indígena, en contacto por el sur con los libio-fenicios de la Andalucía oriental, y por el norte con los ligures de Provenza.

Así, los antiguos, especialmente los griegos, entendieron primeramente por *Iberia* el territorio oriental de la península y por iberos a los pobladores primitivos de este territorio. Fueron los romanos quienes, más tarde, aplicaron el nombre de *Iberia* a toda la península.

El territorio de la raza ibera, en la acepción estricta de la palabra, estaba abierto a las incursiones de otras tribus. Muy pronto invadieron los ligures su parte septentrional y los tartesios su parte meridional. De ello resultó un encogimiento del área geográfica ocupada por los iberos, es decir, por los an-

tiguos catalanes. Vinieron luego las colonizaciones comerciales de los fenicios y los griegos y las invasiones militares de los cartagineses, los romanos y los árabes.

La larga dominación romana dejó una huella profunda en la tierra y en el alma de los catalanes primitivos. Poco alterada la influencia de Roma por la invasión goda y menos aún por la invasión árabe, Cataluña se ha mantenido latina.

Etnicamente, los tipos de ciertas comarcas catalanas, el Campo de Tarragona especialmente, recuerdan el antiguo tipo romano. En la reunión de los payeses que acuden al mercado de Reus, por ejemplo, las caras nos recuerdan las que vemos en las esculturas y monedas romanas.

La nacionalidad catalana está formada por la combinación de dos elementos principales: el ibérico y el romano. Roma dió a los catalanes el idioma, el derecho y el carácter latino, que han conservado a través de los siglos.

"*Hispania Tarraconensis*...—dice un distinguido escritor francés. (1)—Todo nos hace recordar aquí que todavía estamos en tierra latina, como todo, en la España castellana, parece hacérnoslo olvidar. Cataluña ha seguido siendo un país ante todo latino, mientras que las invasiones acentuaban cada vez más el carácter semi-africano que se halla en casi todo el resto de los pueblos de la península".

(1) Paul de Mirecourt: *Catalogne et Castille*. Número del diario de Paris *L'Action*, del 30 de septiembre de 1911.

# CAPITULO II

## Formación histórica de la nacionalidad catalana

EL RESURGIMIENTO DE LA "ETNOS IBÉRICA".—GÉNESIS HISTÓRICA DEL ESTADO CATALÁN MEDIOEVAL.—LA UNIÓN CON ARAGÓN. — LA LENGUA CATALANA. — LA UNIDAD DE CATALUÑA Y EL SUR DE LA GALIA.

**El resurgimiento de la «etnos ibérica».** — Hace observar Prat de la Riba (1) que, al cabo de tres siglos de haber desembarcado en las costas catalanas los primeros legionarios de Roma, la *etnos ibérica* había desaparecido, como casi todos los pueblos primitivos de la Europa occidental, bajo los pliegues de la civilización romana.

Mas, al romperse el Imperio de Roma en manos de los bárbaros, y al aparecer los núcleos medioevales que dieron origen a las nacionalidades europeas, resurgió la vieja raza ibérica, marcada con el sello po-

(1) *La Nacionalitat Catalana*, Cap. VII. Barcelona, 1906.

deroso de Roma, pero conservando una viva y distinta individualidad. Del latín de Cataluña salió, por la obra lenta de la evolución filológica, la lengua catalana, cuyos primeros documentos escritos se remontan al siglo XI. Mucho antes, empero, ya aparecen en ciertos documentos, redactados en latín, palabras catalanas. Probablemente, desde el siglo V o VI de la era cristiana empezó el latín a convertirse lentamente en romance catalán.

Que era la raza ibera la que resurgía, que no se trataba de una simple diversificación de la España romano-goda, lo prueba el hecho de que las fronteras de la lengua catalana eran las mismas de la vieja *etnos ibérica*. Esta había sido repartida, en tiempos de los romanos, entre la Hispania y la Galia; la lengua catalana, al aparecer, apareció a la vez a ambos lados del Pirineo.

**Génesis histórica del Estado catalán medioeval.** —Cuando se produjo la invasión sarracena los moros ocuparon Cataluña. Inicióse, poco después, la Reconquista, que tuvo su punto de partida en la sierra del Montgrony. La Reconquista peninsular empezó desde diversos puntos, formándose distintos focos de lucha, gérmenes de los reinos y Estados medioevales peninsulares. Estos núcleos luchaban independientemente los unos de los otros, y al principio no se relacionaron ni se conocieron. Por eso se incurre en un grave error histórico cuando se hace partir de Covadonga y de don Pelayo la Reconquista. Esta empezó por diferentes puntos a la vez. La Reconquista catalana inicióse, como hemos dicho, en las montañas

pirenáicas del Montgrony; y nada tuvo que ver con don Pelayo ni con el esfuerzo de los cántabros y astures que iniciaron su acción en Covadonga.

Pero, como escribe Pella y Forgas (1), el esfuerzo de aquellos catalanes no habría tenido probablemente eficacia, a no haber sido la ayuda que les prestaron los francos. Estos entraron en Cataluña en los últimos años del siglo VIII, libertaron su parte septentrional del poder de los musulmanes, fundaron la *Marca hispánica* y nombraron los condes que debían gobernar sus condados diversos.

Estos condados, el de Pallars, el de Rosellón, el de Cerdaña, el de Urgel, el de Ampurias, el de Barcelona, etc., son el origen histórico del Estado catalán medioeval. No había terminado aún el siglo X cuando los condados catalanes dejaron de depender de los emperadores francos y tuvieron vida independiente.

*Primum inter pares*, el condado de Barcelona obtuvo la hegemonía, y constituyó el núcleo principal. El conde de Barcelona fué el príncipe de Cataluña.

**La unión con Aragón.** — En 1150, el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, casó con Petronila de Aragón. El matrimonio había sido concertado trece años antes por el padre de ésta, Ramiro el Monje, cuando Petronila no contaba más que dos años de edad. Aragón y Cataluña se unieron, pero conservando cada pueblo su autonomía y su personalidad.

Por llevar los soberanos de Cataluña el título de

(1) *Llibertats i antic govern de Catalunya*, Pág. 13. Barcelona, 1905.

conde, ya que se consideraba su territorio como un feudo desprendido del reino franco, y los soberanos de Aragón el de rey, los condes-reyes de la Confederación adoptaron el título correspondiente a la jerarquía más alta; y así se llamaban reyes de Aragón, y se llamó reino o corona de Aragón al conjunto de sus Estados. Pero la dinastía, que era catalana, continuó siéndolo. En Cataluña nacían y eran enterrados los monarcas de la Confederación. Era su lengua materna la catalana. Y por patria tenían a Cataluña, considerándose sólo catalanes. La corte y los altos personajes del Estado (consejeros, generales, almirantes) siguieron siendo catalanes casi exclusivamente. Nada en el Estado catalán era extranjero, dice en sus *Anales* el aragonés Zurita.

**La lengua catalana.** — La dominación romana echó raíces fuertes y hondísimas en el territorio catalán antiguo. Los primitivos habitantes de Cataluña se romanizaron, se latinizaron. Esa transformación la sufrieron en su lengua de una manera completa. El latín se convirtió en el idioma general de Cataluña. Los restos del antiguo lenguaje, o de los antiguos lenguajes hablados sobre el territorio de la *etnos ibérica,* fueron asimilados por el latín que en aquel territorio se hablaba. La latinización lingüística de los habitantes fué total.

Si, como quieren la mayor parte de los romanistas, las lenguas neolatinas proceden del latín vulgar, puede decirse, como Nicolau d'Olwer dice (1), que

(1) Trabajo publicado por la revista de Barcelona *Estudio.*

la lengua catalana es más aún que una hija de la latina. Es el estado actual y local de la evolución de la lengua vulgar de Roma, más o menos influída por los elementos primitivos y por los elementos extranjeros venidos principalmente por las fronteras políticas y comerciales.

A partir del siglo VII aproximadamente, la diferenciación entre el latín y el lenguaje popular (el *sermo rusticus* o *sermo plebeyus*) es ya muy pronunciada en los países que pertenecieron al Imperio romano, hasta el punto de que bajo estas denominaciones se oculta la existencia de lenguas nuevas, notablemente alejadas del latín.

La lengua romance que se iba formando, presentaba, en sus comienzos, pocas diferencias locales. Así, el célebre juramento de Estrasburgo (842), por el cual Carlos el Calvo y Luis el Germánico se aliaron solemnemente contra su común hermano, el emperador Lotario—juramento que se prestó en lengua romance por parte de Luis y del ejército de Carlos, mientras Carlos y el ejército de Luis juraron en lengua germánica—nos prueba que los soldados de los ejércitos no conocían más que su lenguaje respectivo; y nos prueba, además, que una sola lengua bastaba a aquel conjunto heterogéneo de hombres pertenecientes al ejército de Carlos, en el cual estaban mezclados los naturales de Neustria, de Borgoña, de Provenza, de Cataluña y de Italia. De ello resulta que a mediados del siglo IX, los nuestrianos, los borgoñeses, los provenzales, los catalanes y los italianos podían entender en común el lenguaje ro-

mánico del nordeste de la Francia. Esto no habría sido posible algunos siglos más tarde, cuando cada uno de estos cinco pueblos hablaba un lenguaje propio y diferenciado.

**La unidad de Cataluña y el sur de la Galia.** — A medida que el romance iba evolucionando, se formaban grandes unidades lingüísticas sobre el territorio invadido por los bárbaros.

Las distintas variedades iban marcando su carácter y sus fronteras. En la fijación de éstas durante aquel período de formación influyó considerablemente la frontera política. Los territorios comprendidos dentro de un mismo Estado, tendían a unificar su lengua; los territorios pertenecientes a organizaciones políticas distintas, tendían a separarse lingüísticamente.

A esto fué debido que la Galia meridional y Cataluña, que desde la caída del Imperio romano habían formado parte casi siempre de la misma unidad política, tuvieran hasta el siglo XIII una verdadera comunidad de lengua. Entonces usaban un lenguaje muy parecido el nordeste de la península ibérica y el sur de la Galia. En efecto: el trovador Alberto de Sisterón, que vivió en el primer tercio del siglo XIII, divide los pueblos de la Galia, por el lenguaje, en catalanes y franceses, contando entre los primeros a los gascones, los provenzales, los lemosines, los auverneses y los de la región de Vienne. Y Dante, quien escribió en el común lenguaje poético sudgalo-catalán unos versos de su *Divina Comedia* (Purgatorio, XXVI, 140-7) y que compuso canciones en provenzal, hoy perdidas (ya que las que se le atribu-

yen parecen apócrifas), señaló en la península ibérica y por lo tanto, en Cataluña, el centro de la lengua de Oc.

No se piense, sin embargo, que se tratase absolutamente de una misma lengua. El provenzal y el catalán, desde un principio, presentaron acusadas diferencias en el léxico, en la fonética, en la flexión y en la ortografía. Fueron, eso sí, hermanos muy parecidos. Podían incluirse en el mismo grupo, el de la lengua de Oc, y quienes los usaban se entendían mutuamente. De manera que podemos hablar de comunidad lingüística entre la Galia meridional y Cataluña, sin que ello signifique que se tratase de una perfecta identidad de lenguaje.

La batalla de Muret (1213), separando de la corona catalano-aragonesa las tierras de la Galia meridional para unirlas al reino de Francia, fué un golpe fatal para la nación catalana. Aquellas ricas regiones hermanas, que estaban destinadas a formar parte del territorio nacional de Cataluña, fueron perdidas para siempre. Y al cabo de algunas décadas la evolución lingüística se orientó hacia la distanciación, en forma que algunos siglos más tarde ya no hubiera podido darse el nombre de catalán al lenguaje de los habitantes de las antiguas Aquitania y Septimania.

En cuanto a la lengua catalana propiamente dicha, es seguro que existía ya en el siglo VIII. Hacia el siglo X completó su formación. Pero hasta mucho más tarde no fué usada en los escritos. El más antiguo documento redactado por entero en catalán (el juramento del conde del Bajo Pallars y sus barones)

data de los últimos años del siglo XI, o de los primeros del XII.

Las primeras obras literarias catalanas son las *Homilies d'Organyà* y las *Troves* de Berenguer de Palazol (1135-1170). Mas el valor de estas manifestaciones de una literatura incipiente es más histórico y filológico que literario. Con Jaime I, seguido a poca distancia por Ramón Llull (a quien llaman los castellanos Raimundo Lulio, y cuyo nombre latinizado es *Raimundus Lullius*) se abre el magnífico período de la literatura catalana medioeval. El catalán se adelantó a todas las lenguas neo-latinas en la prosa. Y desde el comienzo, alcanzó una insuperable belleza de forma. El *Libre dels Feyts*, de Jaime I (o de quien lo escribiera, si es que no fué el rey) y la copiosísima obra catalana del monje de Mallorca, son leídos hoy, no sólo como documentos históricos, filosóficos y filológicos, sino como ricos modelos de literatura. Sus páginas merecen ser leídas, no ya por el frío erudito, sino por el gustador de las mieles literarias.

Un detalle curioso: en tiempos de Jaime I, el lenguaje de Cataluña no recibía aún el nombre de lengua catalana. El mismo autor del *Libre dels Feyts* lo llama *romanç pla* (romance llano) y *nostre latí* (nuestro latín).

Fué Ramón Muntaner, el militar cronista, quien le dió la denominación, junto con un adjetivo cordial, que le dictó su intenso patriotismo. El fué quien lo llamó *bell catalanesc*. Hacia el último tercio del si-

glo XIV, en el reinado de Juan I, se le llama lengua catalana, *lingua cathalaunica.*

Con las conquistas de Jaime I, la lengua catalana se extiende a las islas Baleares, a Valencia y aún a Murcia, donde la hablaban los grupos de catalanes que allí se establecieron.

La máxima expansión geográfica del catalán se alcanza al ser colonizada la isla de Cerdeña, y especialmente la ciudad de Alguer, cuyos habitantes, descendientes de los antiguos catalanes que allí fueron, hablan todavía hoy la lengua de Cataluña, un tanto adulterada por los italianismos.

De las tierras que en la Edad media fueron objeto de la expansión imperial catalana, una vez completado el territorio nacional catalán en tiempos de Jaime I, ha sido Alguer el único punto donde ha quedado un foco persistente de nuestro idioma. Ni en Sicilia, ni en Nápoles, ni los otros puntos de Córcega, ni en Grecia, logró mantenerse la lengua catalana que allí hicieron resonar nuestros antepasados.

# CAPITULO III

## El esplendor nacional de Cataluña

LA ESTIRPE CATALANA.—CATALUÑA Y ARAGÓN.—LOS REYES CATALANES.—EL PODERÍO POLÍTICO.—LA CULTURA CATALANA.

**La estirpe catalana.**—*Gloriosa dicta sunt de te Cathalonia,* decía el rey Martín I en las Cortes de Perpiñán el año 1406. *Aquesta és aquella tan benaventurada, gloriosa e fidelíssima nació de Catalunya, qui per lo passat era temuda per les terres e les mars* (Esta es aquella bienaventurada, gloriosa y fidelísima nación de Cataluña, que en el pasado era temida por las tierras y los mares), exclamaba el cardenal Margarit en las Cortes de 1454.

Porque, en efecto, esta humilde provincia, esta pequeña comarca, o esta región laboriosa de que con desdén hablan nuestros unitaristas, es una vieja nación gloriosa y alta. Si otros motivos no hubiera para guardar respeto a Cataluña, para reverenciar su nombre, bastaría su solo pasado, que brilla con refulgencias de inmortalidad en la Edad media.

Cataluña fué una grande y poderosa nación; fué un pueblo de cultura admirable, de rica savia. Es nuestro derecho el proclamarlo, y no por vanidad ni por pueril y estéril exaltación de las cosas pasadas, sino para hallar en nuestro pasado el orgullo de nuestra sangre, el estímulo de nuestra acción presente, la reacción contra esa baja conspiración de odios que se esfuerza, desde hace siglos, en humillar nuestra alma, en borrar nuestra gloria, en reducirnos al papel de plebeyos industriosos, indignos por su ayer y por su hoy de compararse con otros pueblos escogidos y privilegiados.

Eso fuéramos, plebeyos sin historia y sin nombre, y no cedería nuestra dignidad a los intentos de humillación. Pero los catalanes no somos eso. Ilustre es la estirpe de Cataluña. Hemos recibido en herencia espiritual un patrimonio de glorias, no menor al de los más esclarecidos pueblos de Europa.

Conocer el pasado de Cataluña equivale para nosotros a enorgullecernos de nuestro nombre catalán y de nuestra sangre catalana. Quien nos desprecie y nos trate como villanos, demuestra que ignora quienes fuimos y quienes somos.

Ante el escamoteo escandaloso de las glorias de Cataluña que se realiza en la historia de España al uso, es deber nuestro hacer que se vea y que brille esa historia de Cataluña que se deja en la sombra, y que, gracias a la enseñanza oficial, llega a ser ignorada por la mayoría de los catalanes. Y no se nos puede acusar a nosotros de amor propio local, ni de ostentación pueril, cuando nos complacemos en des-

cribir el esplendor de la vieja nación catalana, puesto que bien patente es, por parte de los otros, el empeño en disminuir y ocultar ese mismo esplendor.

**Cataluña y Aragón.** — Ponemos aquí, adrede, el nombre de Cataluña delante del nombre de Aragón, porque precisamente vamos a combatir esa falacia de la ignorancia y de la mala fé, que se vale del nombre de Aragón, con que se designó abreviadamente el reino formado por la Confederación catalano-aragonesa, para hacer pasar a Cataluña al lugar secundario en la historia de aquel reino, siendo así que representó el papel principal.

Unidos Aragón y Cataluña, los aragoneses mantuvieron su autonomía interior (aún cuando el poder real, cuyos límites no marcaba muy bien el derecho político de aquella época, intervino activamente en sus negocios). Asimismo los catalanes. Pero fué Cataluña la que dió a la Confederación el idioma oficial, el alma, el pensamiento, la orientación política. Gente ignara, al oir hablar de reyes catalanes, rectifica gritando: ¡aragoneses! No, no; catalanes, completamente catalanes, hasta Martín I el Humano. El nombre de *Aragón* y el de *aragonés*, aplicados a la Confederación catalano-aragonesa y a sus hombres y cosas, no es sino una abreviatura, una designación oficial y diplomática, una denominación convencional, artificial. Pero si se quiere significar, con un nombre solo, el espíritu, la esencia, la médula de la Confederación y de las obras que realizó, entonces debe decirse *Cataluña* y *catalán*. Si en este último sentido se emplean las denominaciones *Ara-*

*gón* y *aragonés,* se hablará impropiamente. El término compuesto *catalano-aragonés,* en su sentido histórico, es reducible al término simple *catalán,* pero de ninguna manera al término simple *aragonés.*

**Los reyes catalanes.** — Ya antes de la unión de Aragón a Cataluña, realizada en el año 1150, el Estado catalán, formado alrededor del condado de Barcelona, que fué su núcleo político, conoció la pujanza y la gloria, especialmente en tiempos de Ramón Berenguer III el Grande (m. 1131), a quien su esposa Dulce llevó la Provenza en dote y que fué llamado por sus contemporáneos—¡oh sueño de Maragall!—*conde de los Pirineos.*

Unidos bajo una misma corona Aragón y Cataluña, la dinastía reinante fué la catalana, la de los condes de Barcelona, que desde entonces fueron condes-reyes. Y aquellos monarcas tenían el catalán por lengua propia, lo hablaban y lo amaban, y le hacían compartir con el latín la prerrogativa de la oficialidad.

Catalanes se consideraron siempre, y en algunos de ellos fué muy profundo y vibrante el sentimiento de catalanidad. Jaime I, por ejemplo, dice en su Crónica que los castellanos *són de molta ufana e erguylloses* (son gente muy hinchada y orgullosa) y cuenta que en cierta ocasión le hicieron *eixir de mesura* (le acabaron la paciencia). Pedro III el Ceremonioso, viniendo de Aragón a Cataluña después de tener diferencias y querellas con los nobles aragoneses, al pasar el Cinca y decirle sus acompañantes: "Señor, estamos en Cataluña; esa es la ciudad de Fraga", exclama él con el corazón gozoso: "¡Oh tie-

rra bendita! ¡Oh tierra poblada de lealtad!" Y Martín I, al presentarse ante las Cortes de Perpiñán, escoge por tema del discurso o proposición real la "gloria de Cataluña", cantando en bellas y cálidas frases esta gloria por él venerada.

La dinastía catalana nos ofrece una serie de reyes de gran talento, de fortísima voluntad, de elevado pensamiento político, de nobles ambiciones. Por haber palidecido después la estrella de Cataluña, estos monarcas no han conservado en la historia el encumbrado lugar que les corresponde.

En el espacio de tiempo que va desde el conde Wifredo I hasta la muerte de Martín I el Humano, o sea desde el cuarto del siglo IX al año 1410, en la serie de los soberanos catalanes se dan figuras de alto relieve histórico, como Ramón Berenguer III, Pedro I el de Muret, Jaime I, Pedro II el Grande, Jaime II, Pedro el Ceremonioso y Martín I. Algunos, como Jaime I el Conquistador y Pedro II, son dignos de los calificativos de grandes reyes y de políticos geniales.

Hay en los reyes de la dinastía catalana, aún en medio de sus debilidades y de sus yerros, un sello de nobleza y de grandeza. De Pedro II el Grande dice Prat de la Riba que fué "el primer político de su siglo y de muchos siglos después". (1) Su clarividencia, su tacto y su energía, en lo que se refiere a la cuestión de la isla de Sicilia, episodio de la

(1) *Compendi de la Historia de Catalunya.* Cap. VI. Volúmen de los Juegos Florales de Barcelona de 1898.

porfiada lucha entre el Papado y el Imperio, justifican, en verdad, la frase de Prat de la Riba.

El sentido político fué, en general, un precioso don de los monarcas de la casa de Barcelona. Hombres de la raza catalana, había en ellos esta fina percepción de las cosas, esta apreciación de la medida justa, este prudente y firme obrar, que constituyen el ancestral *seny* (sentido) catalán, este *seny* nuestro que significa algo más sutil y más hondo que lo que significan los castellanos con el vocablo *prudencia* y los franceses con el vocablo *sagesse*.

La compenetración con el pueblo fué otro de los caracteres de la dinastía catalana. El soberano y los súbditos tenían el mismo temperamento, el mismo ideal, el mismo espíritu. En el pueblo de Cataluña hallaron, primero los condes y luego los condes-reyes, un magnífico instrumento para la realización de sus planes. Hablando de Jaime I, escribe Torras y Bages justamente:

"En buena hora se encontraron Cataluña y Jaime. Este necesitaba gente, no sólo que le ayudase en sus empresas bélicas, sino en la realización de su noble intento de civilizar y cristianizar importantes provincias; y al hallarse con una nación poblada de una activa raza, que se extendía con su importante marina por los mares y por las principales partes del mundo cristiano y no cristiano, que tenía una notable industria, más honrada y bien organizada que la nobleza de otros países, de espíritu sencillo como gente *menestral* que era, y de una formalidad, inteligencia, valor y moralidad, como cualquier es-

tamento de caballeros, alióse estrechamente con ella". (1)

Porque el pueblo de Cataluña se había compenetrado con sus monarcas, porque estaba animado del mismo pensamiento, y una misma ambición los movía, los catalanes siguieron sin vacilar, con el entusiasmo y el ímpetu de un pueblo joven y osado, las aventuras heroicas de los nueve años de reinado de Pedro el Grande, el gibelino, en guerra con el Papado y con la casa de Anjou y vencedor de ellos, y quien fué proclamado rey de Sicilia por la voluntad de los sicilianos. Por esto los catalanes, al morir prematuramente aquel rey, después de un reinado corto y espléndido, comprendieron la desgracia inmensa que significaba la extinción de aquella vida antes de que pudiese llevar a cabo el conjunto de su pensamiento; y el cadáver del rey grande fué acompañado por sus súbditos en conmovedora e imponente procesión hasta el monasterio de Santas Creus, donde sus restos descansan.

**El poderío político.** — A partir del conde de Barcelona Ramón Berenguer III el Grande, el Estado catalán adquiere una extraordinaria pujanza, con la extensión de sus dominios por el mediodía de la Galia, las victorias sobre los árabes, el desarrollo del comercio y el incremento de la marina de guerra, que hace de Cataluña una potencia marítima.

La unión con Aragón, ensanchando el campo del

(1) J. Torras y Bages: *La Tradició Catalana*. Libro segundo, Cap. I. Barcelona, 1892.

nuevo Estado y aumentando sus recursos, acentuó el progresivo crecer del poderío catalán.

Ramón Berenguer IV, el esposo de Petronila de Aragón, ayudó eficazmente al rey de Castilla Alfonso VII a conquistar Almería, mandando una fuerte escuadra. De la misma manera su sucesor, Alfonso I, ayudó al rey de Castilla a tomar Cuenca a los moros.

Fué en tiempos de Alfonso I cuando el poder catalán sobre el sur de la Galia llegó a su apogeo, abarcando los dominios del rey, más allá de los Pirineos, la ancha faja de terreno comprendida entre Niza y el Atlántico.

La extensión y la consolidación del dominio catalán en el mediodía de la Galia fué uno de los más caros ideales de los monarcas de la casa de Barcelona, ya desde antes de la unión con Aragón. Desde el conde Ramón Borrell, que casó con la hija del conde de Carcasona, Ermesenda (992), y cuyo nieto heredó las regiones de Carcasona, Redés y Narbona, vése a los condes y años después a los condes-reyes, esforzarse con éxito en ampliar sus dominios del otro lado de los Pirineos, especialmente por medio de enlaces matrimoniales. Así vemos a Ramón Berenguer III casar con Dulce, heredera de Provenza; a Alfonso I incorporando nuevamente al reino la Provenza, que había quedado separada del mismo; a Pedro I casando con María de Montpeller, heredera de este señorío. Verdad es que este ideal parecían olvidarlo los monarcas cuando, al morir, repartían sus pueblos entre los hijos. Pero no debe olvidarse

que el concepto patrimonial del Estado que imperaba en aquel tiempo y que hacía general el reparto de los territorios, como el reparto de los bienes familiares ,era algo tan fuerte y arraigado, que se imponía a los mismos propósitos políticos de los soberanos. Con todo, a través de ese hacer y deshacer que las sucesiones monárquicas imponían, se acusa fuertemente la política catalana tendente a incluir las tierras del sur de la Galia, hermanas de Cataluña por la raza y por la lengua, en el conjunto de la nación catalana, entonces en pleno período de formación.

La política ultrapirenaica de Cataluña llega a un momento decisivo y trágico con Pedro I. La heregía albigense, que había ganado los campos y las ciudades provenzales y lenguadocianos, ofreció a la casa de Francia la ocasión de someterlos y de adscribir el mediodía en la órbita francesa.

El rey Pedro, que supo ver que aquella empresa de Francia era más política que religiosa, se puso al lado de los albigenses. Al frente de un ejército catalano-aragonés sitió a Muret. Allí acudió un ejército francés capitaneado por Simón de Monfort. Menos prudente que valiente, Pedro I murió en la batalla (1213), como si con la muerte trágica del rey quisiera el destino marcar el momento en que la adversidad de la lucha hunde la política ultrapirenaica que hasta entonces había seguido con insistencia la casa de Barcelona.

Pero este palidecer de la estrella catalana no persistió. El hijo de Pedro el de Muret, el alto rey Jaime I, dió nuevo y deslumbrador brillo a la gloria

de su Estado. Mas Jaime siguió otros caminos de expansión. Por el tratado de Corbeil, pactado con Luis IX, rey de Francia, las dos casas reales hicieron renuncia a los derechos que pudiera tener cada una sobre los territorios ocupados entonces por la otra. Renunció Jaime I al mediodía francés y Luis a la antigua *Marca Hispánica*. ¿Un error del rey catalán? Quizá sí; en todo caso, un dolor para Cataluña, que ya casi había hecho de aquellas tierras un pedazo de ella misma. Sin la desgraciada guerra de los albigenses, sin la derrota de Muret, la nación catalana hubiera llegado hasta Niza y Tolosa. Cuando Jaime I concertó el tratado de Corbeil, ¿era aún tiempo de recobrar lo que en Muret perdióse? Lo indudable es que el pacto con el rey de Francia (1258) obedeció al pensamiento de Jaime I de emplear todas sus fuerzas en las dos nuevas direcciones de la política catalana: la mediterránea y la peninsular.

Siguiendo estas nuevas direcciones, la Confederación catalano-aragonesa llegó rápidamente a un altísimo grado de esplendor y poderío. Las Baleares y las pequeñas Pitiusas son reconquistadas a los moros. Son reconquistados asimismo los reinos de Valencia y Murcia, este último ofrecido por Jaime I a su yerno Alfonso el Sabio de Castilla. Hay derecho a suponer que el rey Conquistador tenía la noción de cuales debían ser los límites de la nación catalana; y su intuición le indica que Murcia no está dentro de ellos, aún cuando la lengua catalana resonara en las huertas murcianas, hablada por las colonias de cata-

lanes que se establecieron allí. Cuando el estandarte de la Confederación llegó al cabo de Palos, el rey Jaime comprendió que no debía seguir adelante en un camino de expansión que torcía hacia poniente.

Desde entonces fué el mar el gran ideal de los catalanes, su amor y su ambición. Hacia el mar y hacia las tierras de *lla mar,* de allende el mar, llamaba a nuestra raza la voz de la gloria. Pueblo de nautas, habituado a mirar cada día el nacer de la luz en el mar, Cataluña emprende entonces su expansión por las costas mediterráneas del Africa y por las islas italianas. Esta fué la política mediterránea, la que dió el esplendor máximo a la Confederación, la que llevó a la cúspide de la gloria el nombre catalán.

Si el rey de la política peninsular fué Jaime el Conquistador, el rey de la política mediterránea fué, por excelencia, su hijo Pedro el Grande. Su casamiento con doña Constanza, hija del rey Manfredo de Sicilia, casamiento que Jaime I había concertado con plena intención de sus efectos, dió pié a la expansión catalana por las tierras italianas y más tarde por las griegas y otomanas.

Las luchas entre el Pontificado y el Imperio germánico habían sido causa de que la casa de los Hohenstauffen o de Suabia llegara a ocupar el trono de Sicilia. En estas luchas intervino el rey Pedro.

Al mismo tiempo que el pleito de Sicilia, la lucha contra el Papado y contra la casa de Francia tenía por objeto el dominio del Mediterráneo, que franceses y catalanes pretendieron a la vez.

La rivalidad franco-catalana, que antes tuvo su principal causa en la posesión de las tierras del sur de la Galia, se reprodujo sesenta años más tarde, teniendo por causa la preponderancia marítima.

Más afortunado que su abuelo, Pedro el Grande salió victorioso de las fuerzas unidas de la casa de Anjou y el Papado. Y comenzó la expansión imperial de Cataluña. Sicilia, Córcega, Cerdeña y el norte de Africa formaron parte de la corona catalano-aragonesa. Era entonces cuando Roger de Lauria—siciliano catalanizado, quien hablaba, según nos cuenta Ramón Muntaner, el *pus bell catalanesc* (el más bello lenguaje catalán)—declaraba enfáticamente que "ni los peces se atreverían a mostrarse encima del agua si no llevaban en el lomo las barras de Aragón".

Durante el reinado de Jaime II, hijo de Pedro el Grande, se produjo la epopeya famosa de la expedición a Oriente, a donde fueron, en auxilio del Imperio griego de los Paleólogos, amenazado por los turcos, los almogávares que Roger de Flor capitaneaba. Los catalanes y los aragoneses (la mayoría de los expedicionarios, con sus jefes, eran seguramente catalanes) llevaron la furia de sus armas a la Tracia, a la Macedonia, a la Anatolia, al Epiro, a la Albania, a la península helénica. Los guerreros catalanes, a quienes la traición de los griegos abrió la sed de venganza feroz, cubrieron con sus hazañas aquellas tierras que tienen el prestigio de los grandes hechos de la historia, siguiendo el camino dorado del sol.

*Fills meus, carn de ma carn, raça volguda,*
*nostre és el món, duent el sol per guia:*
*de cara al sol, mos almogàvers, sempre!* (1)

hace decir a Roger de Flor el insigne poeta Angel Guimerá en su tragedia *El camí del sol.*

Los guerreros catalanes pasearon por Andrinópolis y Galípoli, cruzaron con sus navíos los angostos Dardanelos, el mar de Mármara, el canal del Bósforo. Las montañas del Taurus los vieron lanza en ristre, y la Acrópolis ateniense vió la guardia de honor que le daban los ballesteros catalanes.

No obstante, en esta epopeya, sobre todo hacia el final triste y tempestuoso de la dominación catalana en Grecia, podemos apreciar ya elementos de disolución. Grande por el valor y la intrepidez, la expedición a Oriente fué estéril. Faltó a las colonias catalanas de Atenas y Neopatria el prestigio de un jefe respetado, la dirección de un hombre superior, la disciplina de los súbditos. Las luchas intestinas y la anarquía acabaron la dominación catalana en los ducados.

En su conjunto, la expansión imperial por tierras del mar latino se sostuvo hasta la unión de Castilla y la Confederación catalano-aragonesa. Los Estados que vivieron, en ciertos períodos, separados de la Confederación, quedaron regidos por príncipes de la estirpe de Barcelona.

(1)
Hijos míos, carne de mi carne, raza amada,
nuestro es el mundo, llevando el sol por guía:
de cara al sol, mis almogávares, siempre!

Durante dos siglos, el XIV y el XV, la Confederación fué la primera potencia mediterránea, la que ejerció el dominio del mar glorioso, al cual los catalanes de aquella época pudieron llamar, en sentido estricto y con noble orgullo, *mare nostrum*. Si Venecia fué la desposada del Adriático, fué Barcelona la desposada del Mediterráneo.

**La cultura catalana.** — La más precoz de las culturas medioevales en lengua románica fué sin duda alguna la catalana. Cataluña se anticipó, en constituir un foco de cultura nacional, a Italia y mucho más a Francia y a Castilla. La lengua catalana—en el primer período confundida hasta cierto punto con la provenzal—alcanzó un cultivo intenso en el interior y una expansión magnífica en el exterior. Los escritores y los hombres de ciencia de la Europa latina y occidental la conocieron. Ramón Llull y Arnaldo de Vilanova escriben en catalán la mayor parte de sus obras y las mejores: y en catalán exponen sus ideas filosóficas, teológicas y científicas ante el mundo latino. Esto sucedía a principios del siglo XIV. En los otros países, usábase casi siempre el latín para los altos menesteres de la cultura.

El florecer de la joven cultura catalana fué espléndido y riquísimo. Las ciencias y las artes tuvieron en Cataluña su emporio. Una docena de egregios nombres basta para dar el más noble prestigio a la cultura catalana medioeval. Los polígrafos Ramón Llull, Francisco Eximèniç, Arnaldo de Vilanova, Anselmo Turmeda; los cronistas Ramón Muntaner y Bernardo Desclot, el novelista Juan Martorell, autor de *Ti-*

*rant lo Blanch,* tan admirado por Cervantes; los literatos Bernardo Metge y Antonio Canals; los poetas Ausias March, Jordi de Sant Jordi y Roiç de Corella, bastan para dar a la vieja nación catalana un elevado sitial en la historia de la cultura humana. La cultura francesa y la castellana balbuceaban todavía, cuando ya se hallaba la cultura catalana en plena juventud.

Y nada más lejos de la verdad el suponer que este precoz florecimiento de nuestra cultura medioeval, completamente catalanizada, es decir, completamente nacionalizada, tuvo un carácter exclusivista, local, cerrado, aislado. Todo lo contrario. Ramón Llull y Vilanova, que escribían y hablaban de filosofía y de ciencia en catalán, viajaron por todo el mundo latino. Las aulas de París oyeron su voz. En París escribió algunos de sus libros Llull. Su nombre y sus obras eran conocidos por los centros de cultura de la época. Las tendencias universalistas del monje mallorquín (1) fueron muy pronunciadas, habiendo llegado a concebir proyectos para la constitución de un Estado mundial y para la adopción de una lengua universal. El crítico Nicolau d'Olwer dice que Llull y Vilanova fueron "las figuras más plenamente europeas de su época".

Muy temprano alcanzó la cultura catalana la expansión exterior. Dejemos aparte el caso, un poco obscuro, del monje francés Gerbert, más tarde papa con el nombre de Silvestre II, que en el siglo IX pa-

(1) Ramón Llull nació en Mallorca de padres catalanes.

rece vino a Cataluña a aprender ciencias exactas de los maestros de la escuela de Vich. Fijémonos solo en un detalle, el de las traducciones de las obras catalanas en otros idiomas, detalle que tiene innegable significación. Escribe a propósito de este punto Nicolau d'Olwer:

"...lo que mejor demuestra la difusión de la literatura catalana es el número de traducciones que vino a suscitar. Las obras de Ramón Llull, que tanto influyeron en la producción del infante don Juan Manuel de Castilla (1282-1347), no tardaron en ser llevadas a la lengua francesa: de los siglos XIV y XV existen versiones de *Blanquerna, Félix de les Meravelles, Libre de Cavaylería,* etc. Jacob Cadrique de Uclés (1402) tradujo al castellano los *Dits de savis e philosophs* y lo mismo hizo Diego Ordóñez de Madrid (1478) con el *Exitatori de la pensa a Deu,* de Fray Bernat Oliver (m. 1348). No menos difusión alcanzaron los escritos de Fray Francesc Eximènic (1340-1410): el *Libre dels Angels* fué traducido al castellano por Miguel de Cuenca y Gonzalo de Ocaña (1434), y también al francés (antes de 1476); a este idioma lo fué la *Vida de Jesuchrist* (antes de 1482); del *Libre de les Dònes* (1) existen tres versiones castellanas, la más moderna de Alonso de Salvatierra, al parecer (1541). Suerte semejante le cupo a la *Menescalía,* de Mamed Diez, mayordomo de Alfonso el Magnánimo, traducida por Martín Martínez de Ampiez (Zaragoza, 1495), a la *Historia del patriarca*

(1) De Jaime Roig.

*Joseph,* de Roiç de Corella, vertida al castellano por un anónimo (1507), etc. Hasta iniciada ya nuestra decadencia, el *Spill de la vida religiosa* (1515) se imprimió en castellano con el título de *El Deseoso* (Toledo, 1536) y las *Ordinacions palatines,* de Pedro del Punyalet (1) fueron vertidas por Miguel Clemente y dedicadas al príncipe Carlos (1564).

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

"...mucho antes de que ningún catalán produjera en castellano, don Enrique de Villena escribió en catalán *Los Treballs d'Hèrcol* (1417), y este hecho no es un caso aislado, sino que le acompañan la producción bilingüe del navarro Valtierra y la exclusivamente catalana de otro navarro, Francisco de Mézcua, y de los aragoneses Martín García, Rodrigo Diez, Manuel Diez y Pedro Navarro. Sólo muy entrado el siglo XVI se nos ofrece la asimilación de un catalán a la literatura castellana—Joan Boscà Almogàvar (*Boscán*)—, al paso que medio siglo antes se había operado la de Garreta (*Caritco*) a la literatura italiana".

(1) Pedro III, el Ceremonioso.

# CAPITULO IV

## La tradición catalana

EL SENTIDO NACIONAL.—LA TRADICIÓN LIBERAL.—EL GIBELINISMO CATALÁN.—LOS HETERODOXOS CATALANES.—EL BIENESTAR INTERIOR.

**El sentido nacional.** — Contra lo que afirman, con ligereza excesiva, los que apresuradamente hablan de la cuestión catalana, tuvo Cataluña, en los siglos medios, un marcadísimo carácter de nación, en el moderno sentido de la palabra. Políticamente, durante el período de su mayor pujanza, fué un Estado de la libre Confederación catalano-aragonesa, una parte de una amplia organización política. Pero, en su alma y en su cultura, fué, no una parte, sino un todo: una nación completa y fuerte. La personalidad catalana es de estirpe nacional, no simplemente regional.

Toda la espléndida cultura catalana de aquellos

tiempos, desde Ramón Llull al siglo XV, tiene un sello nacional innegable. Con razón ha dicho Eugenio d'Ors que las primeras naciones que salieron del caos medioeval fueron Cataluña e Italia, porque en lengua catalana y en lengua italiana habló la ciencia y se formó una cultura, antes que en cualquiera otra de las lenguas neo-latinas. Cataluña tuvo a Llull: Italia tuvo a Dante. Y aún fué primero aquél que éste.

Basta conocer la obra de nuestros reyes—catalanes por el nacimiento, por la sangre, por la lengua, por el espíritu—hasta llegar a Martín el Humano, para convencerse del sentido nacional que los inspiraba. De algunos de aquellos monarcas, como Jaime I, Pedro III y Martín I, podríamos decir, sin sonreirnos, que eran, no ya catalanes, sino catalanistas. Sus repetidas querellas con los nobles aragoneses son algo así como un antecedente, como una iniciación del secular desacuerdo, profundamente psicológico, entre Cataluña y Castilla. (No se olvide que nosotros entendemos por Castilla todas las tierras peninsulares de habla castellana).

Pero donde el sentimiento nacional catalán aparece más patente y más robusto que es en nuestra literatura histórica clásica, en las cuatro grandes Crónicas—la de Jaime I, la de Desclot, la de Muntaner y la llamada de Pedro el Ceremonioso,—a las cuales ha llamado Guimerá "los cuatro evangelios de la nación catalana".

Ramón Muntaner, el genial narrador de la expedición catalana a Oriente, es un escritor lleno de

espíritu nacional, de patriotismo catalán. Con su prosa ardiente y espléndida, describe las glorias de su raza; proclama el poderío y las grandezas de Cataluña; pondera la extensión de la lengua catalana. El es quién, con un noble orgullo, dice que *d'un llenguatge sol, de negunes gents no en són tantes com cathalans* (de un solo lenguaje, no hay otras gentes tan numerosas como los catalanes), y quién, para dar idea de la importancia internacional de la Confederación, explica cómo, ante los preparativos de guerra del rey Pedro el Grande, *tot lo món estava ab les ales alçades d'aquest senyor què faría* (todo el mundo estaba "con las alas en alto", en espectación de lo que nuestro rey hiciese).

Para aquellos catalanes, los demás reinos de la Península eran simples vecinos, por el mismo título que el reino de Francia. Y a pesar de la unión política con los aragoneses, consideraban a estos como gentes de otra raza, de otra nación. El sentimiento de la diferenciación era notorio y arraigado. Este sentimiento perduraba en el siglo XVII. Dice Melo en su *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV* (1) que los catalanes "juzgaban como extranjeros los que no eran ellos mismo". En la Edad Media, a veces el término geográfico *España* era empleado, en un sentido estricto, para designar las tierras centrales y meridionales de la Península.

**La tradición liberal.** — Todos los historiadores

(1) Libro I.

y tratadistas que han estudiado las instituciones políticas de la Cataluña medioeval, convienen en que nuestra nación fué un modelo de democracia. Claro está que hay que relacionar aquella democracia con su tiempo. Resultaría impropio examinar las instituciones medioevales con el criterio de los principios liberales modernos. Pero dentro del marco de la época, Cataluña, cuya formación social es esencialmente democrática, en su régimen político se constituyó democráticamente.

Cupo a Jaime I la gloria de señalar el régimen municipal de Barcelona, por medio del llamado Consejo de Ciento, o sea el Consejo comunal de Barcelona, que hizo de la capital catalana una verdadera República municipal. Otras muchas ciudades catalanas adoptaron el mismo régimen, y la libertad municipal floreció lozana en nuestra vieja nación.

El régimen político del Principado de Cataluña, que luego tomaron por patrón Mallorca y Valencia, respondía también al principio democrático. La monarquía catalana era lo que se llama una monarquía paccionada. Estaba fundada sobre la base de un pacto político entre el soberano y el pueblo. No existió, pues, el absolutismo monárquico, por más que el poder real, como en los otros países, se extendía a esferas de las cuales le excluye el derecho constitucional moderno.

Las Cortes estaban constituídas por los representantes del país convocados por el rey y bajo la presidencia de éste. Tres brazos, estados o estamentos había en ellas: el eclesiástico, el militar y el real. Es-

te último era el formado por los representantes de las ciudades o villas que dependían directamente del rey, y representaba, por lo tanto, el elemento llano o popular.

Había, además, un organismo permanente de gobierno, llamado *Diputació general, General de Catalunya* o *Generalitat,* constituído por seis miembros, tres diputados y tres oidores de cuentas, uno por cada brazo, bajo la presidencia del diputado del brazo eclesiástico.

Gozaban los catalanes de amplias libertades civiles. El domicilio era inviolable. No estaban sujetos a quintas, ni debían dar alojamientos a las tropas. Sólo dentro de los límites de Cataluña estaban obligados a servir al rey con las armas en la mano. Podían viajar libremente por todos los caminos y vías sin necesidad de guías o pasaportes. Tenían derecho al uso de toda clase de armas.

El pueblo estaba orgulloso de sus libertades. Los municipios defendían enérgicamente sus privilegios, que eran sus libertades comunales. Los reyes y autoridades tenían buen cuidado de respetarlos, pues cualquier infracción motivaba la protesta de los interesados y la tenaz resistencia a soportar el ultraje. La historia catalana ofrece una multitud de episodios que revelan esta celosa guarda de las libertades. Esos episodios, que llegan algunas veces a ser serios conflictos, se hicieron más frecuentes desde el advenimiento de la dinastía castellana (1413), cuyos hábitos autoritarios y absolutistas chocaban con las

costumbres catalanas. De dichos episodios, el más conocido es el que ha hecho célebre al *conseller* Fiveller, quien exigió fieramente al rey Fernando de Antequera el pago del derecho municipal del *vectigal,* que el monarca estaba obligado a satisfacer como el último de los ciudadanos.

No será inoportuno citar aquí otro episodio interesante. En tiempos de Alfonso III, la esposa de éste, Leonor de Castilla, había obtenido la donación de algunas villas del reino de Valencia para su hijo, a lo cual se opusieron los valencianos, alegando las leyes de la tierra. Acudió al rey una diputación de éstos, y en su nombre habló Guillermo de Vinatea, quien, discutiendo el caso con Alfonso III, le dijo: "No podéis hacer nada contra nosotros, porque como hombre no estáis por encima de nosotros y como rey lo sois por nosotros y para nosotros". La reina Leonor, que estaba presente, no pudo contener su ira ante aquel libre lenguaje, y exclamó, en lengua castellana: "No oiría eso el rey de Castilla, nuestro hermano, sin mandarlos degollar a todos en seguida". A lo que el rey catalán replicó: "Reina, reina, nuestro pueblo es libre y no esclavo como el pueblo de Castilla. Ellos nos tienen a Nos como señores y Nos a ellos como buenos vasallos y compañeros".

Y así uno de nuestros monarcas pudo pronunciar ante las Cortes estas palabras: "Ved vuestras constituciones y privilegios, y decidme si no sois el pueblo más libre de la tierra".

**El gibelinismo catalán.**— A los que acusan al catalanismo de no sabemos que sentido vaticanis-

ta, hay que recordarles la vieja representación gibelina de Cataluña.

La casa real de Barcelona entró en lucha abierta con el Papado en tiempos de la heregía de Albí, sosteniendo a los Estados del sur, de los cuales Pedro I (II de Aragón) fué defensor heroico, hasta el punto de dar la vida combatiendo contra las huestes del rey de Francia, al servicio de la ortodoxia romana y a la vez—no hay que olvidarlo—de las ambiciones políticas francesas sobre el mediodía.

El rey Pedro, como si presintiera su futura discordia con el Papado, hizo un viaje a Roma. Le coronó rey el Papa, tomó el sobrenombre de Católico y, según algunos historiadores, del estandarte pontificio listado de rojo y oro hizo la bandera de la Confederación (1). Este viaje a Roma no fué, en realidad, más que un armisticio, como dice Gabriel Alomar. (2)

Cuando vino el momento decisivo, cuando Pedro I vió el Lenguadoc y la Provenza devastados por las tropas de Francia, defensoras de la ortodoxia romana, no vaciló; y con sus huestes se dirigió a sostener a los albigenses.

(1) Es incierto sin embargo, el origen de las barras catalanas. Recientes investigaciones hacen creer que las usaban ya los condes de Barcelona, antes de la unión con Aragón. Lo de las cuatro barras de sangre marcadas con los dedos por el emperador franco Carlos el Calvo en el escudo del conde Wifredo el Velloso, es una pura fábula, aún cuando la recoja el cronista medioeval Boades y la reproduzca Victor Balaguer en su *Historia de Cataluña.*

(2) *El lliberalisme català.* Trabajo publicado en *El Poble Catalá,* en 1905.

Un año antes, se había dado la batalla de las Navas de Tolosa, en la cual lucharon juntos contra los musulmanes los ejércitos de Castilla, de Navarra y de la Confederación catalano-aragonesa, dirigidos por un caudillo catalán, Dalmacio de Creixell. La victoria había sido inmensa, decisiva, y los soldados catalanes habían recogido además la gloria de haber dado el asalto que derrotó y puso en fuga al enemigo. Mas no alejó aquella brillante victoria las cuitas que por la situación del mediodía de la Galia sentía Pedro. Apenas su ejército catalano-aragonés habia regresado victorioso de las Navas, organizó un nuevo ejército para llevarlo al otro lado de los Pirineos. Y aquel monarca que nueve años atrás había escogido el sobrenombre de Católico, levantóse contra los ejércitos católicos de Francia y contra la voluntad del Papa. Y combatiendo contra éstos el rey Pedro murió.

Pero el momento culminante del gibelinismo catalán está en el corto y glorioso reinado de Pedro II, el Grande. Ya hemos visto como interviene en la cuestión de Sicilia, episodio de la formidable lucha entre el Pontificado y el Imperio. Y no fué sólo el parentesco lo que llevó a Pedro II a tomar lugar en la lucha. Su matrimonio con Constanza, hija del rey de Sicilia Manfredo, de la casa de los Hohenstauffen o de Suabia, no fué sino la circunstancia que dió ocasión a exteriorizar el sentido de la casa real catalana, cuyos antecedentes y cuya alma la llevaban derechamente al gibelinismo.

"Aragón—escribe Gabriel Alomar (1)—tan pronto como tiene la dinastía catalana se gibeliniza, porque la casa de Cataluña era gibelina.

"Pedro III (léase II) es la encarnación más alta del gibelinismo catalán. El hereda, más por derecho espiritual que en virtud de parentesco, la férrea representación de los Hohenstauffen. Desde entonces, su gibelinismo se aclara, se acentúa y le lleva al escenario legítimo de aquella gran guerra: Italia...

"Durante el cisma occidental, el güelfismo completamente absorbido por Francia, radicó en Aviñón, y no volvió propiamente a Roma hasta que fué allí reintegrada la sede episcopal. La extinción de la dinastía catalana en el trono de Aragón, y el advenimiento de la castellana, fiel a la corte pontificia de Aviñón, como su promotor Fray Vicente Ferrer, consagraron la victoria güelfa sobre el gibelinismo catalán, poniendo en pugna los nuevos intereses dinásticos con los tradicionales de nuestro Estado, e iniciando así aquellas discusiones entre rey y pueblo que completaron la decadencia de Cataluña, coincidiendo con el fin de la Edad media".

Por otra parte, jamás en la Cataluña nacional hubo tendencias hacia la teocracia. En medio de la religiosidad de la época y sin que faltaran las manifestaciones de la superstición popular y las persecuciones por motivos de fe propias de aquellos tiempos, Cataluña fué un pueblo liberal, tolerante, poco dado a los extremos del fanatismo y de la exacerbación religiosa.

(1) Trabajo citado.

La Inquisición fué aquí, sobre todo en su segunda época (a partir de 1483, en que fué introducida la Inquisición castellana) una institución importada, exótica. El pueblo catalán la miró siempre con antipatía. Los inquisidores castellanos eran malquistos y algunas veces mal acogidos. Los reyes catalanes gustaron frecuentemente de dispensar su protección a los judíos, y aún en ciertas ocasiones los defendieron contra la persecución fanática.

**Los heterodoxos catalanes.** — Podemos hacer notar aquí, de paso, la relativa abundancia de heterodoxos de alta valía que dió Cataluña, confirmándose así la inclinación del alma catalana a la libertad del espíritu.

Arnaldo de Vilanova, Anselmo Turmeda y Miguel Servet son grandes figuras catalanas de la ciencia y de la literatura que llevaron su pensamiento fuera de los carriles de la ortodoxia romana. Y el mismo Ramón Llull ha sido objeto, desde siglos pasados, de reiteradas acusaciones de heterodoxia. (1)

**El bienestar interior.** — El régimen social de Cataluña tuvo, como no podía dejar de tener, las lacras de injusticia y de desigualdad que caracterizan la Edad media. Hubo los siervos al lado de los señores, los humildes al lado de los poderosos. Mas,

(1) La Iglesia Católica se ha pronunciado contra esas acusaciones. Sin embargo, Torras y Bages reconoce que el genial autor de *Blanquerna* "llega al último extremo en el desenfreno del apetito demostrativo de la fé" y que a la forma de la doctrina luliana se le puede aplicar aquel principio de Santo Tomás: *ex verbi inordinate prolatur incurritur haeresis.* (*La Tradició Catalana,* Libro segundo, Cap. II).

esto aparte, una relativa nivelación reinaba, especialmente en las ciudades, donde la libertad municipal había hecho evolucionar con mayor rapidez la sociedad.

No se daba en la Cataluña medioeval el fenómeno de la concentración de la riqueza en unos pocos, que condena a los más a la miseria. No existían grandes fortunas. En cambio, las fortunas medianas y pequeñas eran numerosísimas. La riqueza, pues, estaba muy repartida. Con la gracia cordial de su estilo nos lo cuenta Ramón Muntaner, quien dice:

"Y nadie piense que Cataluña sea pobre provincia, antes bien quiero que todos sepan que el pueblo de Cataluña es más rico que ningún otro pueblo que yo sepa o haya visto en provincia alguna, si bien la mayor parte de las gentes del mundo lo cree pobre. Verdad es que Cataluña no tiene aquellas grandes riquezas de moneda de ciertos hombres señalados, como sucede en otras tierras, mas la comunidad del pueblo es más próspera que pueblo alguno del mundo, y aquí vive la gente mejor y más ordenadamente en sus albergues, con sus mujeres y con sus hijos, que pueblo que en el mundo haya". (1)

(1) Ramón Muntaner. *Crónica,* Cap. XXIX.

# CAPITULO V

## La decadencia de Cataluña

LAS CAUSAS DE LA DECADENCIA CATALANA.—LA EXTINCIÓN DE LA DINASTÍA CATALANA.—EL ABSOLUTISMO MONÁRQUICO.—LA ATRACCIÓN DE LA CORTE.—LA CASTELLANIZACIÓN LITERARIA.—EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

**Las causas de la decadencia catalana.** — Al entrar en el siglo XVI, la nación catalana se halla en un visible estado de decadencia. La gloria de Cataluña se marchita. Un aire de cansancio encoge a nuestro pueblo. En realidad, el mal ya venía del siglo anterior, en el cual podemos encontrar los hechos que inician la caída de Cataluña, de este pueblo que era señor del mundo en el siglo XIV, y que tres centurias más tarde se convertía en triste provincia vencida y humillada.

¿Cuáles fueron las causas de esta decadencia? He aquí lo que nos proponemos exponer, sumariamente, en el presente capítulo.

Hechos de esta naturaleza obedecen casi siempre a

un conjunto de concausas. Múltiples hechos y circunstancias conducen a una resultante histórica. Las unas son causas principales y profundas, sin las cuales la resultante no se habría producido, es decir, habría sido diferente. Las otras vienen a agravar los efectos de las causas principales, a acentuarlos, a hacerlos más rápidos y extensos. Veamos, pues, el conjunto de causas a que fué debida la decadencia de Cataluña.

**La extinción de la dinastia catalana.** — Desde el conde Wifredo el *Pilós* (llamado el Velloso con más o menos propiedad) hasta Martín I el Humano, en el principado de Cataluña primero y en la Confederación catalano-aragonesa luego, la dinastía es catalana. Cataluña estaba regida por soberanos de su raza y de su lengua, y así entre la monarquía y el pueblo se estableció una corriente de amor y de compenetración. Todo aquello que era expresión del alma nacional catalana—el derecho, la lengua, las libertades políticas, los intereses sociales—tuvo el respeto, el afecto y la protección decidida de los soberanos.

Mas ello cambió a la muerte de Martín I. Este no dejó sucesión directa ni designó sucesor. Su hijo único, Martín de Sicilia, le premurió muy joven aún, en 1409. Al cabo de un año, su padre, que había heredado la corona de Sicilia, moría a su vez. Poco antes de extinguirse la dinastía catalana reuniéronse bajo su cetro todas las tierras que los catalanes habían conquistado. Martín I murió reinando sobre Cataluña, Aragón, Rosellón y Valencia (Estados de *ça*

*mar,* de aquende el mar), y sobre Mallorca, Córcega, Cerdeña, Sicilia, Atenas y Neopatria (Estados de *lla mar,* de allende el mar).

Para designar al nuevo rey de entre los numerosos pretendientes a la corona, decidióse celebrar una junta de delegados o compromisarios de Cataluña, Valencia y Aragón, tres por cada Estado. Se celebró la junta en Caspe. La lucha estaba circunscrita entre el conde Jaime de Urgel y Fernando de Antequera. Por la influencia de uno de los compromisarios, el célebre fraile predicador San Vicente Ferrer, que servía así los planes del papa de Aviñón Benedicto XIII o sea el aragonés Pedro de Luna, fué elegido Fernándo, a pesar del mejor derecho que indudablemente tenía el conde de Urgel. De los tres compromisarios de Cataluña, dos votaron contra Fernando.

Y subió al trono Fernando de Antequera, castellano. Desde aquel momento, Cataluña perdió el apoyo poderoso de la monarquía. Un poder hostil quedaba establecido en el solio de los príncipes. Su derecho, su lengua, sus libertades, quedaron amenazadas. Y en efecto: muy pronto chocaron el rey y los catalanes. Este es el primer hecho grave que llevó a Cataluña por la pendiente de su caída.

Y no es esa una interpretación histórica debida al moderno catalanismo. Los más esclarecidos catalanes de aquel tiempo diéronse perfecta cuenta de los efectos políticos que la entronización de la dinastía castellana produciría. El historiador Gabriel Turell que vivió en el siglo XV, al consignar la muerte del

hijo único de Martín el Humano, el 25 de julio de 1409, hace el siguiente desolado comentario:

"En este día se perdió toda la prosperidad de la nación catalana".

Otro historiador, Boades, en su *Libre dels feyts d'armes de Catalunya* (1420), escribe:

"Muchos pretendían a ella (a la corona), y el papa Benedicto se había preocupado más de hacer su juego para mantenerse en su puesto, que del bien y utilidad de esta tierra, pues él codiciaba tener un rey en Aragón hecho por él, que le debiese el ser rey, a fin de que tuviese la obligación de mantenerlo en el papado. Pero si bien tuvo éxito en hacerse un rey suyo, como él quería y codiciaba, lo que él quería (seguir siendo papa) no lo pudo obtener...

"...os diré que muchísimos quedaron descontentos de la sentencia del parlamento de Caspe, tanto de Aragón y de Valencia como de Cataluña. Pero los que más se enojaron fueron los catalanes, pues todos anhelaban tener rey de la misma casa de los condes de Barcelona por línea masculina, como el sobredicho Jaime, conde de Urgel, que hoy en día está preso y desposeído de todos sus bienes... Y además los catalanes le tenían gran amor, y aún se lo tienen.

"Y de esta determinación se han seguido muchos males en Cataluña, por cuanto el sobredicho rey Fernando no conocía las leyes y privilegios de Cataluña; y a él y a sus castellanos, que no son libres como lo somos nosotros por el gran valor de los nuestros y la gran bondad de los condes de Barcelona y después de los reyes de Aragón, les parecía mal

nuestra gran libertad. Por lo cual, como todos los que hoy viven en Cataluña lo saben muy bien, se han ocasionado muchos desastres..." (1)

Pero donde el dolor por la subida al trono de Fernando de Antequera llega a un punto de expresión más emocionante, es en la dramática crónica del conde de Urgel, cuyo autor llama a Fernando "hombre extranjero, de extraña nación, dispar a nuestra lengua, y a nuestras costumbres no tan sólo desemejante, sino del todo contrario, y quien, naturalmente, odiaba a los catalanes y aborrecía a todo pueblo rico y franco y libre como el nuestro en aquel tiempo era".

**El absolutismo monárquico**.—Otra de las causas de la decadencia catalana fué la evolución de los Estados hacia la monarquía absoluta y hacia la formación de grandes unidades centralizadas.

La tendencia absolutista que triunfó con el Renacimiento e imperó en los Estados europeos al alborear la Edad moderna, había de ser fatal a aquellos pueblos que conservaban sus antiguos privilegios dentro de las nuevas unidades. Del concepto de unidad pasó la monarquía a la ambición de la uniformidad. Y entonces sucedió que uno de los pueblos del Estado, aquel que más cerca estaba del poder real, trabajó por asimilar a los otros, para absorberlos, para imponerles sus leyes, su lengua, sus hábitos, su alma.

La monarquía fué el gran agente de esta acción.

(1) Bernat Boades: *Libre dels feyts d'armes de Catalunya.* Cap. 31.

En el manifiesto *Por Cataluña y la Gran España,* dirigido por los parlamentarios de la *Lliga* al país en el mes de marzo de 1916—y a través de cuya fuerte prosa no es difícil adivinar la pluma de Prat de la Riba—se dice con gran exactitud:

"Mientras los Reyes lo fueron todo y deslumbraron a los pueblos con el esplendor de la tradición y la majestad de una significación cuasi divina, las nacionalidades preteridas y arrinconadas, las que no hablaban como hablaba el rey, ni albergaban habitualmente su corte, ni tenían ministros ni generales, no sintieron su humillación; creían doblar la rodilla ante el rey, cuando en realidad el rey y sus atributos y prestigios eran el disimulado instrumento que creaba para uno de los pueblos unidos la supremacía, para los otros la servidumbre política".

**La atracción de la corte.**— El hecho es que en España, desde la unión de la corona de Aragón con la de Castilla, la única corte fué la castellana. Desaparecida la corte de Barcelona, el brillo cortesano se fué a Castilla. Instituída por Felipe II capital de España la villa de Madrid, ésta se convirtió en el único centro cortesano.

Y el prestigio de la corte real era inmenso en aquellos tiempos. Los nobles, los artistas, los literatos catalanes sintieron pronto la atracción de Madrid. Esta atracción fué para los catalanes un agente de desnacionalización poderosísimo.

Por ahí empezó a tomar la lengua castellana el ascendiente sobre la catalana, que antes no tenía. En la nobleza y en las clases cultivadas, la frecuenta-

ción de la corte y el acatamiento al poder monárquico, fueron creando la impresión de que Castilla era superior a Cataluña, y que el lenguaje castellano valía más que el catalán. ¿No era Castilla el país donde residía el rey con su corte? ¿No era el castellano el lenguaje que hablaban el monarca, sus cortesanos y sus ministros? ¿Cómo no habían de ser tenidos en más aquel pueblo y aquella lengua que refulgían con el prestigio de la realeza? Poco a poco, en la mente de unos y de otros fué apareciendo Cataluña como una provincia, y la lengua catalana como una lengua comarcal, popular, tosca, inferior.

De cual era la situación en este punto, nos da perfecta idea el clérigo Despuig en *Los col-loquis de la insigne ciutat de Tortosa*. En el año 1557, ya se lamentaba amargamente Despuig de la moda que arrinconaba el catalán en beneficio del castellano. Lo que escribe Despuig demuestra que, en su tiempo, el mal era ya relativamente viejo y había arraigado considerablemente. He aquí algunos párrafos de dichos coloquios:

"*Libio, caballero.*—... por esto yo me escandalizo al ver que hoy tan absolutamente se adopta la lengua castellana, hasta dentro de Barcelona, por los principales señores y otros caballeros de Cataluña, recordando que en otros tiempos no daban lugar a este abuso los magnánimos reyes de Aragón. Y no digo que la castellana no sea gentil lengua, y como tal considerada; y también confieso que es necesario que la conozcan las personas principales, porque es la española, que en toda Europa se conoce; pero con-

deno y repruebo que sea ordinariamente hablada entre nosotros, porque de eso se puede derivar que poco a poco se arranque de raiz la de la Patria, y así parecería que ésta ha sido por los castellanos conquistada.

*Don Pedro, caballero valenciano.*—No me parece mal lo que decís, pues es cierto que empieza a ser excesivo este abuso, y aún más que aquí, allá en Valencia". (1)

**La castellanización literaria.** — Respondiendo a estas preocupaciones, ya desde el siglo XVI se observa en los catalanes y especialmente en los de Valencia, una tendencia pronunciada a servirse del castellano para los usos literarios.

Juan Boscá (Boscán) fué el primer poeta catalán que escribió en castellano, aún cuando escribió tambien poesías en lengua catalana.

Después de este poeta mediocre, los valencianos entran en la literatura castellana, siendo Gil Polo uno de los valencianos castellanizados que más sobresalieron. Resulta que Valencia, que empezó tarde a dar sus ingenios a la literatura catalana, abandonó pronto a ésta. Y aún en los últimos tiempos, los escritores valencianos pretendían escribir en una lengua que no era la catalana. Unos pretendían que su lenguaje era el lemosín, como Jaime Roig, el autor del *Libre de les Dònes;* otros, que era el valenciano. La verdad es que el lemosín nunca ha existido en las tierras peninsulares, y que el valenciano no

(1) CRISTOFOL DESPUIG: *Los col-loquis de la insigne ciutat de Tortosa.*

ha sido nunca otra cosa que una variedad dialectal del idioma catalán, como el mallorquín, el rosellonés, el barcelonés o el leridano. (1)

En el siglo XVII, en castellano se componían las poesías que se leían en las reuniones provincianas de la nobleza de Cataluña. (2) A mediados de la siguiente centuria, Pujadas, al empezar a publicar en catalán su *Crónica general del Principado,* creyóse en el caso de justificarse por ello; tantas y tan considerables eran las objeciones que sabía habían de hacérsele en su misma tierra.

Pero cuál no sería la fuerza de la corriente desnacionalizadora, que después de publicada en catalán una parte de su obra, la continuó en castellano, prescindiendo de las razones que él mismo había expuesto.

El año 1580, celebróse en Barcelona un certámen poético en loor de la inmortalidad del alma humana. El certámen fué trilingüe, concediéndose tres premios, uno a cada una de las mejores composiciones escritas en latín, en catalán y en castellano respectivamente. Un poeta catalán de mediano mérito, Fran-

(1) Por lo que se refiere a lo de lemosín, es aquí oportuno hacer notar al gran número de escritores, políticos y periodistas que aplican al catalán esta denominación, que no hay más lemosín que el lenguaje de la región de Limoges (Francia), el cual constituye una rama del provenzal. Hace ya medio siglo que Milá y Fontanals puso de manifiesto el *quid-pro-quo* que dió lugar, en los tiempos medioevales, a que algunos llamaran lemosín al catalán. Es hoy una equivocación tan grave llamar lemosina a la lengua catalana, que Menéndez y Pelayo, en el prólogo a las obras completas de Rubió y Ors, califica de "majaderos" a los que tal hacen.

(2) E. Prat de la Riba: *La Nacionalitat Catalana,* Cap. I.

cisco Calça, jurado del certamen aludido, fué también jurado, el año 1601, de otro certamen celebrado con motivo de las fiestas por la canonización de San Ramón de Penyafort. Y en una composición titulada *Sentencia dels versos catalans que prengueren part en les festes de Sant Ramón,* se lamenta del desvío que demostraban los poetas catalanes hacia la lengua materna, diciendo:

*Los catalans, ¿per què deixem la llengua?*
*català fonch lo Benaventurat.*
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
*La Gaia, fonch sciencia nomenada*
*pels catalans antichs de gran renom;*
*és gran dolor no entendre per què i com*
*casi per tots és greument menyspreuada.*
*En castellà tothom se dóna a escriure,*
*tenint per cert que els serà més profit*
*y donaràn així major delit.*
*emperò mols no han donat més que riure.* (1)

La Iglesia había también sufrido la invasión de la lengua castellana. En el prólogo de Pujadas a que

(1) Los catalanes, ¿por qué dejamos la lengua?
catalán fué el Bienaventurado.
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
La Gaya, fué ciencia renombrada
por los catalanes antiguos de gran fama;
es un gran dolor no saber porqué ni cómo
casi por todos es gravemente despreciada.
En castellano se dan a escribir todos,
creyendo que les será de más provecho
y darán así mayor deleite:
pero muchos no han dado más que risa.

hemos hecho antes referencia, hallamos el párrafo siguiente:

"...y no debe hacerse como algunos de nuestros días, que siendo hijos de la tierra, buscando quizás más la honra y la estimación propia que la gloria de Dios Nuestro Señor y salvación de las almas, predican en lengua castellana..."

Al principio del siglo XVIII, en plena guerra de los catalanes contra Felipe V, el cronista Feliu de la Penya escribe en castellano sus Anales. Y en castellano fueron redactados algunos de los documentos y proclamas aparecidos durante aquella guerra.

**El descubrimiento de América.** — Aquel gran azar que puso un nuevo mundo en manos de España, fué para Cataluña un hecho fatal. Cataluña era un pueblo mediterráneo. En el comercio de este mar tenía su principal fuente de riqueza. Abiertas las rutas del Océano, perdió el Mediterráneo su importancia mercantil. El mismo hecho que levantó a Portugal y a Castilla, hundió a Cataluña.

Siguieron las naves de los pueblos otros caminos, y el viejo mar interior quedó convertido en un gran lago casi desierto, donde los recuerdos y las glorias de otros días flotaban como vestigios de naufragio.

Mas este capital acontecimiento histórico no habría tenido una tan funesta influencia para nuestra patria, si Castilla no hubiese cometido una iniquidad. Por el famoso codicilo al testamento de Isabel la Católica, los ciudadanos de la corona catalano-aragonesa fueron excluídos, bajo pena de la vida, del

comercio con las Indias, a pesar de que la corona de Aragón había contribuído eficazmente con sus auxilios al viaje de Colón.

No perjudicó esto mucho a los aragoneses, alejados del mar. Pero constituyó un golpe terrible contra los catalanes. Estos perdieron el comercio del viejo mar, y no pudieron llevar sus naves mercantes a los mares nuevos. Viéronse reducidos al comercio mezquino del Mediterráneo, que había quedado fuera de las grandes rutas marítimas y que además se había hecho en extremo peligroso, por ser los turcos señores de su parte oriental y estar infestado de piratas. Los puertos de Andalucía monopolizaron el comercio con las Indias.

De aquí vino la ruina económica de Cataluña, ruina que aceleró el proceso de su decadencia. De aquí vino también la reclusión definitiva de la raza catalana en un territorio relativamente pequeño. De aquí vino asimismo el estancamiento de la expansión de la lengua catalana. Sin aquella prohibición, Cataluña habría llevado sus naves, sus hijos, su genio de trabajo y de creación, a las tierras ultramarinas; habría llegado probablemente a ser, como Inglaterra, una gran potencia marítima en la Edad moderna, como lo había sido ya en la Edad media. La lengua catalana habríase extendido por América, y hoy existirían en el nuevo continente, al lado de las naciones de lengua inglesa, castellana y portuguesa, naciones de lengua catalana. Esta sería una gran lengua mundial. El egoismo de Castilla, que tuvo su expresión en el codicilo de Isabel, destruyó en aquel momento

histórico decisivo el espléndido porvenir que esperaba a Cataluña.

Mas, al arruinar a Cataluña, Castilla arruinóse a sí misma. Si los catalanes hubiesen podido establecerse en América, habrían adoptado, sin duda, un sistema de colonización completamente opuesto al que adoptaron los castellanos; hubieran creado un comercio floreciente con las tierras nuevas; hubieran dotado al Estado de una formidable marina mercante y de una poderosa marina militar.

Castilla estaba destinada a fracasar en su empresa colonizadora. No podía hacer otra cosa que llevar a América la fe católica y el despotismo, y sacar de ella el oro con que venían cargados los galeones. Castilla no ha sido nunca un pueblo colonizador, ni un pueblo marítimo, como lo es Portugal, como lo es Vasconia, como lo es Cataluña. Sus esfuerzos para tener una gran marina han sido siempre inútiles. "Cataluña tuvo que sucumbir— escribe Guillermo Graell (1).—Viviendo del mar, al faltarle el comercio marítimo, no halló salida, y horroriza recordar el hambre que padeció, incluso en el siglo XVIII y hasta a principios del XIX, exceptuando la provincia de Barcelona. Pero con ella sucumbió la marina mercante y con ésta la militar. Cuantos esfuerzos ha hecho Castilla para tener marina, que no han sido pocos, han sido baldíos. Requiere, indudablemente, aptitudes especiales, larga historia, y diríase, a juzgar por los hechos, que es propia de determinadas

(1) *La Cuestión Catalana*, Barcelona, 1902. Pág. 14.

costas o gentes, y que hay paises refractarios a esta industria. Roma ya fué un ejemplo palmario. Así es que, no pudiendo tener Castilla verdadera marina, su dominación en Ultramar resultaba más nominal que efectiva. Dos naciones que no juzgaron que la unidad constituyera las grandes nacionalidades, Inglaterra y Holanda, llenas de vida por sus instituciones libres, se interpusieron entre la metrópoli impotente y sus colonias abandonadas".

---

# CAPITULO VI

## El fin de la nación catalana

LA CASTELLANIZACIÓN ESPIRITUAL Y POLÍTICA.—EL CORPUS DE SANGRE.—SIGNIFICACIÓN DE LOS ACONTECIMIENTOS DE 1640.—EL CORPUS COMO FIESTA NACIONAL CATALANA; EL HIMNO "ELS SEGADORS".—LA GUERRA DE SUCESIÓN.—LA ABYECCIÓN SETECENTISTA.

**La castellanización espiritual y política.** — Mientras la influencia castellana adentraba sus raíces en el espíritu catalán; mientras la literatura catalana cedía el lugar, dentro de Cataluña, a la la literatura castellana, los reyes y los ministros de España trabajaban con ahinco en la obra de minar las libertades de los pueblos peninsulares.

El Estado español se encaminaba, ya en tiempo de los Austrias, al unitarismo. Los pueblos sacrificados iban aceptando resignadamente o bien con protestas ineficaces la fuerza cada día mayor del centro. Dos obstáculos principales se oponían a la

obra unitaria: Portugal y Cataluña, pueblos vivos, porque llevaban dentro de ellos la substancia vital de la nacionalidad.

Son conocidos los propósitos del conde duque de Olivares, quien los exponía a Felipe IV en esta forma: "Hay que reducir todos los reinos de la corona al estilo y leyes de Castilla". Entonces como ahora, cuando los unitaristas castellanos han concebido un plan de unidad española, no han pensado en crear un tipo político mixto, en el cual se tuviera en cuenta las diferentes instituciones y los diversos caracteres ibéricos. No han querido hacer una especie de fusión de las variedades peninsulares, creando una unidad común que, teniendo algo de cada una de aquellas, las enlazara mejor. Tampoco se han esforzado en buscar, ahondando en la tierra peninsular, un fondo común ibérico, que hiciese uno el país vario. Su pensamiento se ha limitado a unificar la península sometiéndola a la manera de ser de Castilla. Al hablar del alma española, no piensan más que en el alma castellana. Su España, en realidad, no es más que Castilla.

Ni el caracter portugués, ni el caracter catalán, podían plegarse a esta concepción, ferozmente unitaria, a esta tendencia asimilista, según la justa palabra del señor Cambó, tendencia que está en la médula de la política castellana y en toda la triste y a espacios espléndida historia del Estado castellano, al cual se ha dado el nombre de español.

La monarquía, las tendencias del Renacimiento, las direcciones de la filosofía política en los prime-

ros siglos de la Edad moderna, favorecieron el desarrollo del unitarismo en la península. Pero, aún sin estas influencias, el carácter absorbente y las aspiraciones hegemónicas de la raza castellana habrían marcado una acción en sentido unitarista, desde el instante en que tuvo en su poder el instrumento poderoso de un Estado, por poco fuertes que en un principio fueran sus resortes. Así como la dinastía castellana, llegada al trono de la Confederación catalano-aragonesa con Fernando de Antequera, inició la castellanización espiritual de Cataluña, la unión personal de las dos grandes coronas peninsulares, que se debió al casamiento de Fernando e Isabel, inició el período de la centralización política. Castilla, por desgracia de los que con ella han convivido en una u otra forma, y aún por su propia desgracia, no concibe la unión con otros, si no es dominando ella sobre el conjunto. Allí donde está Castilla, allí quiere mandar. La igualdad entre los componentes de un Estado, la libertad de cada uno de ellos, le parecen cosas absurdas, utópicas, nocivas. Este concepto jerárquico y dominador de la política se halla anclado firmemente en el alma castellana.

Desde el momento en que Cataluña se encontró dentro de la unidad española, Castilla, poseyendo la monarquía y la corte, que eran entonces el supremo poder político, empezó su labor de asimilación, labor realizada encubiertamente a veces, descubiertamente otras.

Por efecto de esta política, las relaciones entre Cataluña y la corte de Felipe IV fueron poco cordia-

les, ya desde mucho antes de producirse la tragedia del Corpus de Sangre. Así en 1626, el rey fué a Barcelona, para recabar un auxilio de los catalanes. Le pareció que éstos no se mostraban muy bien dispuestos. Enojóse, y se marchó de la capital del Principado sin esperar siquiera que las Cortes deliberasen sobre la petición, con desconsideración notoria y serio agravio para Cataluña.

**El Corpus de Sangre.** — Este episodio dramático es un punto culminante de la historia de Cataluña. Su importancia no está en el drama mismo, sino en sus antecedentes y en sus consecuencias. Durante la historia de la nación catalana, nunca el divorcio entre Cataluña y Castilla llegó a tales extremos de gravedad. Sin duda por esta significación transcendental, los nacionalistas catalanes acostumbran a conmemorar esta fecha, cuyo recuerdo de sangre florece, cada año, entre la retama de nuestras montañas.

Fueron aquellos unos hechos trágicos, en los cuales la protesta del pueblo llegó a la sedición y a la violencia. Pero del horror de aquella jornada roja fueron responsables los opresores, los injuriadores de nuestra tierra. Catorce años de alojamientos ilegales de las tropas del rey de España, que habían venido con motivo de la guerra con Francia; catorce años de vejaciones, de agravios vilísimos, de crímenes de la soldadesca, amparada por las autoridades reales, hicieron inevitable el día de la venganza, el día de las hoces homicidas.

De aquellos hechos vino, después, la separación de

Cataluña del reino de España y la anexión voluntaria a Francia. Catalanes y franceses vencieron a los ejércitos de Felipe IV, hasta que las disensiones entre aquéllos hicieron cambiar el aspecto de la lucha. No obstante, los catalanes, al pactar con Felipe IV en 1652, lograron conservar sus instituciones autónomas. Perdió Cataluña, con todo, el territorio del Rosellón, Vallespir, Conflent y Capcir y la mitad de la Cerdaña, cuya división entre las dos coronas recuerda el canto popular:

*Meitat de França, meitat d'Espanya,*
*no hi ha altra terra com la Cerdanya.*

El tratado de los Pirineos, que dió a Luis XIV aquella hermosa porción de Cataluña, ha sido acerbamente criticado por los historiadores catalanes, quienes hacen resaltar que los representantes españoles que lo negociaron, no se resistieron como era debido a la pretensión francesa de anexionarse dicho territorio, como si, por tratarse de un pedazo de tierra catalana, no les doliera su pérdida.

Hasta cierto punto, la guerra separatista de mediados del siglo XVII acabó con una reconciliación catalano-castellana. Catalanes eminentes hubo, sin embargo, que no quisieron volver a ser súbditos del rey de España: uno de ellos fué Margarit, quien, hecha la paz entre los catalanes y Felipe IV, todavía intentó penetrar por los Pirineos en son de guerra, al frente de una reducida tropa.

**Significación de los acontecimientos de 1640.** — En el apasionamiento de las polémicas políticas,

hoy se censura a los nacionalistas catalanes que conmemoran aquellos acontecimientos, echándoles en cara que se trata de un episodio criminal, repugnante, odioso, sanguinario, de algo así como una Saint-Barthélemy del fanatismo rural catalán.

Esta es una desfiguración de los hechos. Por lamentable que sea siempre el derramamiento de sangre, los catalanes no tienen por qué avergonzarse de este episodio de su historia. No es más que una de esas explosiones violentas de la ira popular, explosiones que vemos en la historia de todos los pueblos. No se trata de un caso de fanatismo, ni de crueldad, ni de ferocidad, sino del coraje del pueblo ante gravísimos atropellos que llevaban muchos años de duración. Si el Corpus de Sangre fuese un crimen vergonzoso, ¿qué serían las Vísperas sicilianas? ¿Qué sería el alzamiento madrileño del Dos de Mayo?

Otros presentan la revuelta de 1640 como un momento de la lucha de una Cataluña esquiva, recluída, reaccionaria, contra las nacientes ideas de libertad política. Pero se hace muy difícil creer que la casa de Austria representase estas ideas; la casa de Austria, precisamente, que aparece en la historia envuelta en negras sombras de fanatismo. Lo cierto es que la libertad política estaba representada mejor en aquellos días por Pablo Clarís, el caudillo catalán, que por el conde-duque de Olivares.

Los pocos que, en Cataluña mismo, dan esta errónea interpretación al Corpus de Sangre y a la guerra que lo siguió, lo equiparan con la guerra de Sucesión, sobrevenida setenta años después. La comparación,

en este sentido, es arbitraria. Sin que pueda interpretarse la intervención de Cataluña en la guerra de Sucesión como un movimiento de resistencia a las ideas nuevas, debe reconocerse que da más motivos para esta acusación la actitud de los catalanes de 1714 que la de los de 1640. En el siglo XVII, la guerra contra el rey de España fué, por parte de Cataluña, una guerra esencialmente nacional. En el siglo XVIII, fué, en parte, una guerra dinástica. El factor de la resistencia religiosa, del miedo y la hostilidad a las ideas nuevas, no fué, a buen seguro, el esencial determinante de la enemistad de Cataluña hacia Felipe V; pero entró en mucha más fuerte proporción que en la enemistad hacia Felipe IV.

Basta leer los relatos de los hechos de 1640 y de la guerra con España, así los favorables como los adversos a Cataluña, desde la historia de Melo a los escritos de Quevedo y Rioja, para convencerse de que aquello fué, principalmente, un choque de dos pueblos, de dos razas, un pleito político entre dos naciones, a propósito de la defensa de la personalidad y de los derechos de Cataluña. Como escribe Melo, "todo el escándalo y descontento de los nobles y plebeyos tenía por objeto la opresión de su patria". (1) La revuelta de los Segadores tuvo por causa verdadera el atropello consciente y brutal de los derechos de los catalanes; y, más aún que de los derechos, de la dignidad. Que una de las más vivas características de los catalanes es, en efecto, tener

(1) F. DE MELO: *Historia de los movimientos, guerra y separación de Cataluña en tiempo de Felipe IV*. Libro I.

muy tenso y fuerte el resorte de la dignidad, así individual como colectiva. El mismo conde de Santa Coloma, víctima de su cobardía el día del Corpus de Sangre, solía decir despectivamente que los privilegios y derechos de Cataluña "eran cosa del tiempo de las ballestas." (1)

Vino el desbordamiento del pueblo catalán a consecuencia de los crímenes y las afrentas de la soldadesca, que hicieron estallar la rabia en los corazones. Los sacrilegios que cometieron los soldados del rey, provocaron la furia de los catalanes, como habrían provocado la de cualquiera otro pueblo, fuese cual fuese el grado de su fervor religioso. Porque aquellos sacrilegios no eran sólo una ofensa a las creencias religiosas, sino un agravio y una provocación a todo el pueblo de Cataluña. Por otra parte, los catalanes al rebelarse, vengaron, además de los sacrilegios, los asesinatos, las violaciones, los incendios y las injurias más viles. No precisa ser católico, ni fanático, ni siquiera religioso, para sentir el pecho encendido de indignación ante aquellos espectáculos de horror.

**El Corpus, como fiesta nacional catalana. El himno «Els Segadors».** — Creemos oportuno hablar aquí del sentido que los nacionalistas catalanes dan a la conmemoración del Corpus de Sangre, que viene a ser algo así como la fiesta nacional del catalanismo, y al himno "Els Segadors", que recuerda el día trágico de 1640.

Los enemigos del catalanismo han querido ver una

(1) F. de Melo: *Ibidem.*

provocación intolerable en el hecho de que se celebre anualmente la fecha del Corpus de Sangre, y una manifestación de ferocidad en el hecho de haber escogido como himno la canción "Els Segadors".

Se pretende que los catalanistas se regocijan cada año rememorando la degollina de castellanos (en realidad fué degollìna de funcionarios y partidarios del Gobierno), y que sueñan con reproducir la escena, al són del estribillo siniestro: *Bon cop de falç!*

Estas acusaciones resultan completamente pueriles. Y, no obstante, las toman a veces por su cuenta hombres de cierta valía, políticos y escritores de pretensiones intelectuales.

Los catalanes de hoy, que viven en una época de mayor civilización y de mayor respecto a las personas y a las cosas, no han de vengar los asesinatos, las violaciones, los sacrilegios y los pillajes que vengaron nuestros antepasados el día del Corpus de 1640. En vez de hacer esto, están en el caso de imponer el respecto a la dignidad de su pueblo; de conquistar para nuestra lengua los derechos que le corresponden; de restaurar el carácter nacional que la dominación unitaria ha corroído; de obtener, en fin, la autonomía necesaria para vivir libremente a la sombra de las propias instituciones.

El rumor de las hoces rebeldes que el día del Corpus nos trae, es una voz de la historia que nos llama a la lucha por nuestras reivindicaciones. Los acontecimientos del período tempestuoso de mediados del siglo XVII, nos dan aún, después de pasadas

tres centurias, viva idea del vendaval de odios desencadenado sobre Cataluña. La viril dignidad catalana, poco amiga de encogerse ante la soberbia de los extraños, había encendido la fiebre quemante del despecho en el corazón de los ministros y de los soldados del rey de España. De ese viento de odio, muchas otras ráfagas nos han llegado desde entonces acá. Es un mal viento que, ora más fuerte, ora más débil, todavía sopla. Y en nuestra alma sentimos el soplo de la hostilidad persistente.

Los catalanes, no tenemos hoy la vieja libertad. Pero tenemos memoria para recordarla, corazón para quererla, voluntad para reconquistarla. Recuerdos, amores, esperanzas, que nos inspiran cuando celebramos el Corpus de Sangre y cuando entonamos *Els Segadors*. No tiene esta celebración diferente carácter del que tienen las fiestas nacionales en los otros pueblos, donde una revolución o una batalla son a menudo el motivo de la fiesta patriótica.

Así, cada año, cuando levantamos, bajo el sol de primavera, las hoces simbólicas, las alzamos en una pura salutación a nuestros ideales, a nuestra patria. Las alzamos en honor a nuestra lengua, alma de nuestra nacionalidad. Las alzamos en honor a los catalanes preclaros que con su sangre, su genio o su trabajo han honrado a Cataluña. Las alzamos en honor a nuestra bandera gloriosa, llena de la gloria de los siglos. Las alzamos en honor a la Cataluña futura, a la patria nueva que los catalanes queremos crear con nuestro esfuerzo.

¿Y qué diremos de la afirmación grotesca según

la cual el himno *Els Segadors* es una excitación al asesinato y tiene una letra sanguinaria? La letra de la vieja canción que dió origen al himno, nació en las azarosas circunstancias de una guerra entre Cataluña y Castilla. Tiene una significación meramente histórica. Se canta hoy con preferencia una letra nueva, debida a Emilio Guanyabens; y esta letra no es dramática ni sombría, y el "golpe de hoz" toma en ella un sentido explícitamente simbólico.

Por aversión a todas las cosas del catalanismo, sus enemigos han motejado de triste y fúnebre la música de *Els Segadors*. Y para quien no ponga una ridícula pasión política o de raza en su oído, no es ni triste ni fúnebre. Tiene una solemnidad imponente en la armonización musical del maestro Millet. Tiene una bella vibración de combate en la armonización del maestro Morera. No vamos a caer en infantiles competencias; pero bien puede decirse que, musicalmente, están muy por debajo de *Els Segadors* los himnos españoles más conocidos, desde el *Himno de Riego* a la *Marcha Real,* pasando por la marcha de *Cádiz.*

**La guerra de Sucesión.** — A principios del siglo XVIII, la guerra por la sucesión a la corona de España, que se disputaban Felipe de Anjou y Carlos de Austria, ocasionó la caída total de Cataluña, el hundimiento de la autonomía política. La autonomía espiritual, esta egregia prerrogativa de la nación, había desaparecido, tiempo há. A los ojos de los nacionalistas de hoy, los catalanes de 1714 aparecen ya con graves lacras de provincianismo y

de castellanismo. Aparecen como pálidos regionalistas, más que como nacionalistas vigorosos.

Convienen los nacionalistas catalanes, desde Prat de la Riba a Ildefonso Suñol (1) que aquellos patriotas cometieron un error funesto al unir su causa a la del archiduque de Austria, mezclándose así en las querellas dinásticas. Esto no quiere decir, sin embargo, que no fuese justificada su aversión hacia Felipe V, cuyas tendencias unitaristas eran notorias. Es probable que, a no haberse declarado los países de la antigua corona de Aragón por el Archiduque, las libertades catalanas, con las aragonesas y las valencianas, hubiesen subsistido algunos decenios más. Pero su desaparición, más o menos violenta, más o menos cercana, era cosa poco menos que inevitable bajo la dinastía de Borbón, y quizá también bajo la de Austria. Sólo la existencia en Cataluña de una conciencia nacional robusta, hubiera podido garantizar la subsistencia duradera de la autonomía, en medio de las fuerzas contrarias que la socavaban. Y esa robustez de la conciencia nacional es precisamente lo que faltaba a los heroicos defensores de Barcelona.

La hostilidad de Felipe V a las libertades catalanas no fué debida, como algunos han supuesto, a la defección de los catalanes después de haberle prestado juramento de fidelidad. Sea porque los privilegios autonómicos le irritaran, sea porque se daba cuenta

(1) Véase lo que dicen a propósito de esto Prat en *La Nacionalitat Catalana,* Cap. I, e Ildefonso Suñol en un artículo publicado en *El Poble Catalá,* el mes de septiembre de 1905.

del poco afecto que por él sentían los catalanes, sea por el mutuo recelo y desconfianza, lo cierto es que, una vez en el trono el primer Borbón, Cataluña, que en un principio lo había reconocido como soberano, empezó a elevar graves quejas contra su conducta y la de sus ministros. Uno de los cargos que hacía la Diputación al Gobierno de Felipe V era el de mandar desde Madrid órdenes con la cláusula siguiente: *Obedeceréis, aunque sea contra constitución.* (1)

Tampoco tenemos por exacta la interpretación que a aquella lucha han dado algunos hombres de izquierda, que creen hallar en la guerra contra la dinastía de Borbón la protesta de una Cataluña reaccionaria, misoneista, fanática, contra las ideas modernas. En primer lugar, es harto discutible que los Borbones representaran las ideas modernas. Podian representarlas, por el regalismo, frente a la Iglesia, en cuanto mantenían la supremacía del poder civil sobre el eclesiástico. Pero no así frente al pueblo, respecto al cual sostenían el régimen absoluto.

Por otra parte, ¿por dónde cabe suponer que los catalanes del siglo XVIII hubiesen recibido la representación genuina del reaccionarismo y del clericalismo español? Si eran fanáticos y misoneistas, ¿lo serían más que los castellanos? ¿Cómo explicar entonces que Cataluña luchase en los primeros años del siglo XVIII por los Austrias contra los Borbones, y que, medio siglo antes, combatiese

(1) Véase el *Despertador de Cathalunya, per desterro de la ignorancia,* etc., especie de manifiesto publicado en 1713 por mandamiento de la Diputación de Cataluña.

por los Borbones contra los Austrias? Si prefirieron los catalanes en 1707, por razón de fanatismo religioso, Carlos de Austria a Felipe de Anjou, ¿por qué los abuelos de esos catalanes habían preferido, en 1641, Luis XIII a Felipe IV?

Entre ciertos catalanes de la guerra de Sucesión, el odio al regalismo borbónico existió realmente y contribuyó a su hostilidad hacia Felipe V. Pero nos parece indudable que la causa fundamental de la hostilidad estuvo en la creencia de que la nueva dinastía era enemiga de las libertades políticas que todavía disfrutaban los antiguos Estados de la Confederación catalano-aragonesa.

**La abyección setecentista.**—Vencidos y dominados los catalanes después de la rendición de Barcelona en 1714, sometida Cataluña a un régimen de opresión y de feroz venganza, el decreto llamado de Nueva Planta, en 1716, vino a destruir sus instituciones políticas autónomas, a reducirla a la categoría de provincia, a realizar en gran parte el anhelo que inspiró al conde duque de Olivares: reducir Cataluña al mismo estilo y leyes de Castilla, sin ninguna diferencia.

Los catalanes, preciso es confesarlo, pasaron rápidamente de la heroica resistencia de 1714 a un conformismo abyecto. Y es porque la conciencia nacional ya estaba en ellos debilitada y corroída desde muchas generaciones antes.

Al avanzar el siglo XVIII, los catalanes olvidaron fácilmente la noble dignidad del caído y se entre-

garon, inconscientes, a un dinastismo bajo y servil. Después de Felipe V, los Borbones que vinieron a Barcelona fueron recibidos triunfalmente por un pueblo olvidado de su historia y de su honor. El elemento popular y las llamadas clases altas rivalizaban en servilismo dinástico. La lengua catalana había dejado de ser oficial, y ello no causó gran pena a un pueblo que ya se había castellanizado lingüísticamente, en parte, desde el siglo XVI.

En el último tercio del siglo XVIII, los más esclarecidos catalanes, no sólo se muestran resignados a la sujeción, sino que bendicen el yugo. A esto contribuyó—oportuno es decirlo—el relativo bienestar material que las disposiciones de Carlos III, entre ellas la libertad de comercio con las Indias, habían producido en Cataluña. El jurisconsulto Finestres exalta ditirámbicamente a Felipe V. El doctor Dou le proclama el "Solón de Cataluña", precisamente a causa del decreto de Nueva Planta, como si las novedades plausibles que en el terreno jurídico introdujo pudieran hacer perdonar su brutal significación anticatalana. Hablando del gran incremento de la población de Barcelona, Capmany—a quien se tiene, con no mucha razón, como un precursor del renacimiento catalanista—escribe: "Tal ha sido el impulso que recibió en el benéfico reinado del señor Felipe V, época de feliz recordación para la prosperidad de estos reinos". Como hace notar el señor Miguel S. Oliver (1), aquellos contradictorios cata-

(1) *Catalunya en temps de la Revolució francesa.* Primera parte. Anuario del "Institut de Estudis Catalans" de 1911-12. Pág. 189.

lanes, algunos de ellos entusiastas de las glorias muertas de Cataluña, estaban lejos del aborrecimiento a Felipe V que se manifestó durante la segunda mitad del siglo siguiente en los cenáculos literarios del período renacentista y en los poetas de los Juegos Florales, uno de los cuales, Francisco Matheu, llama a Felipe de Anjou "rei i lladre quinze voltes" (rey y ladrón quince veces) en una poesía cuyo estribillo dice así:

*Alcem les copes,*
*tot maleint,*
*a la memoria*
*de Felip V.* (1)

(1) Levantemos las copas—mientras maldecimos—a la memoria—de Felipe V.

# CAPITULO VII

## Cataluña y la Francia revolucionaria

LA GUERRA ENTRE ESPAÑA Y LA REPÚBLICA FRANCESA (1793-95).—LA VIEJA EUROPA CONTRA LA NUEVA FRANCIA.—UNA CATALUÑA DESNACIONALIZADA, MONÁRQUICA Y FANÁTICA.—TRABAJOS DE LOS CONSTITUCIONALES Y REVOLUCIONARIOS FRANCESES PARA ATRAER A LOS CATALANES.—DE CÓMO PAGÓ EL GOBIERNO ESPAÑOL LA ADHESIÓN DE CATALUÑA.

**La guerra entre España y la República francesa (1793-95).** — Para el estudio de la evolución de los sentimientos catalanes, es muy interesante examinar la actitud de Cataluña en las postrimerías del siglo XVIII, cuando la monarquía borbónica española entró en guerra con la República francesa, que poco antes había sido proclamada. Algunos escritores catalanes y, en parte, los señores Ossorio y Gallardo (1) y Miguel de los Santos Oliver (2), emiten el

(1) *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra de España con la República francesa (1793-1795).*

(2) *Catalunya en temps de la Revolució francesa.* Trabajo publicado en el Anuario del "Institut d'Estudis Catalans". Años 1911-12.

parecer de que allí empieza, en cierta manera, el moderno movimiento catalán. Nosotros no compartimos, ni en todo ni en parte, esta opinión. Creemos, al contrario, que la conducta de los catalanes de entonces es una de las más claras manifestaciones de la decadencia de nuestra patria y del olvido del sentimiento nacional catalán. Aquella conducta entra de lleno en el cuadro de la abyección setecentista que en el capítulo anterior hemos descrito.

Examinemos, en efecto, desde nuestro punto de vista, aquellos acontecimientos.

**La vieja Europa contra la nueva Francia.**—La Francia constitucional y democrática que surgió de los hechos de 1789, hallóse rápidamente rodeada por odios violentos y agresivas enemistades. Los reyes de la vieja Europa vieron en los Derechos del Hombre el fin de su dominación absoluta; las clases altas y la Iglesia vieron en ellos el fin de sus privilegios. Y fué creándose la coalición de todos los miedos y de todos los intereses tradicionales.

Es una mentira histórica la afirmación según la cual Europa se revolvió contra Francia para castigar los crímenes revolucionarios y especialmente la muerte de Luis XVI. Muchos meses antes de empezar la horrible orgía de las violencias revolucionarias, las testas coronadas iniciaron la serie de las conspiraciones contra el nuevo régimen francés. Y éste, entonces, no era otro que la monarquía constitucional. En el seno de la Asamblea nacional, el partido monárquico, partidario de una Constitución a la inglesa, predominaba. No habían despertado aún

los instintos demagógicos, ni había sobrevenido el gran naufragio de las vidas entre la sangre. La tragedia de 1793, monstruosa y grandiosa, no se había producido todavía. Y quizá no se hubiera producido jamás sin las conspiraciones europeas contra Francia, conspiraciones en las cuales entraron la nobleza, el clero y las personas reales francesas, provocando así la furiosa riada de las iras populares y lanzando a la siniestra vesania de las venganzas a los hombres de la revolución y al pueblo que los seguía.

España, solicitada desde un principio por los monarcas extranjeros, no se adhirió a la liga antifrancesa, a pesar del ardiente deseo de hacerlo que sentía el conde de Floridablanca, a la sazón primer ministro. La Asamblea nacional francesa esforzábase en conservar las buenas relaciones con España, hasta el punto de haber respetado los compromisos creados por el Pacto de familia, cuando el gobierno de Madrid reclamó el auxilio del gobierno de París para hacer la guerra a la Gran Bretaña, guerra que pudo ser evitada. Caído en desgracia Floridablanca, ocupó su puesto el viejo conde de Aranda, partidario de la neutralidad española ante las guerras de las monarquías continentales contra Francia. Poco después subía al poder Godoy, no muy inclinado personalmente a intervenir en la guerra, pero de menos firmes convicciones que Aranda. Arrastrado por la formidable corriente de la opinión española, que quería la guerra, tomó al fin una actitud que provocó la ruptura con la República, la cual acababa de ser proclamada.

**Una Cataluña desnacionalizada, monárquica y fanática.** — En todo el ámbito de la península, el odio a los franceses era inmenso. Los españoles sentían un verdadero fanatismo monárquico y religioso. En nombre de la religión y de la monarquía pedían la invasión de las tierras francesas y el exterminio de los revolucionarios sacrílegos y regicidas.

Y los catalanes ¿qué hicieron? Los catalanes, degradados por una centuria de sumisión, en aquella hora de prueba no se sintieron catalanes, hombres de la nación catalana, sino españoles castellanizados, monárquicos, dinásticos de la dinastía liberticida, religiosos fanáticos... Gran mérito ve en esto el señor Ossorio y Gallardo. Nosotros vemos en tal actitud un triste signo de degeneración, un pecado contra la causa catalana, olvidada ya por aquel pueblo que llevaba en su alma la marca de hierro del decreto de Nueva Planta.

Los catalanes de aquel decenio finisecular habían olvidado la causa catalana. Y sin embargo, los extranjeros tenían aún memoria de ella. Tenían memoria de ella los hombres de la Francia constitucional y los convencionales de la Francia revolucionaria, del mismo modo que, quince años más tarde, tuvo memoria de ella Napoleón.

Consigna el señor Ossorio y Gallardo en su libro que, en el año 1793, la colaboración activa o pasiva de Cataluña era tenazmente buscada por Francia. En realidad, esta colaboración fué buscada ya antes, tan pronto como los monarcas de Europa amenazaron a la Francia nueva. Y precisa decir que aquella

acción fracasada respecto de nuestra tierra, era mucho más noble y desinteresada que el auxilio dado a los catalanes por Luis XIII en la guerra de los Segadores y que la protección ofrecida a los catalanes por el emperador Bonaparte en 1808.

En sus notables estudios sobre aquel período histórico, Cánovas del Castillo escribe que la conducta de Francia con ocasión del intento separatista de Cataluña, a mediados del siglo XVII, tuvo la virtud de ahogar para siempre las tendencias de los catalanes a buscar una inteligencia con los franceses. Doménech y Montaner cree, no obstante, que el recuerdo de aquellos acontecimientos no sería de mucha eficacia en casos desesperados para Cataluña. Lo que, más tarde, abrió un abismo entre Cataluña y Francia, no fué, no, la conducta de los franceses a mediados del siglo XVII, ni tampoco la guerra de Sucesión en los comienzos del XVIII. Fué el triple fanatismo españolista, monárquico y religioso de una Cataluña sin conciencia nacional, de una Cataluña que tenía muerta el alma.

**Trabajos de los constitucionales y revolucionarios franceses para atraer a los catalanes.** — Desde 1791, los constitucionales franceses emprendieron activas gestiones para atraer a Cataluña hacia su causa y separarla del resto del Estado español.

Entonces los franceses no querían invadir las tierras peninsulares ni llevar sus fronteras más allá de los Pirineos. Para asegurar la vida del nuevo régimen frente a sus tenaces y fuertes enemigos, intentaron promover la instauración de este mismo

régimen en los demás pueblos de Europa. "Si se suscita una guerra de reyes contra Francia—decía un constitucional—nosotros suscitaremos una guerra de pueblos contra los reyes." La Asamblea nacional, al protestar de los trabajos de los monarcas, invitaba a Luis XVI a declarar ante las potencias que "si los príncipes de Alemania continúan favoreciendo los preparativos dirigidos contra los franceses, estos llevarán a su país, no el fuego y el hierro, sino la libertad."

Los hombres de la Francia nueva quisieron contrarrestar la probable hostilidad de la monarquía española, promoviendo en el norte de la península, que era la parte de ésta más accesible a su acción, un movimiento liberal que proclamara, frente a la España unitaria y absolutista, la libertad, doble y una, de los pueblos y de los hombres. Con este objeto designaron diversos agentes encargados de sembrar aquí la simiente de las ideas de 1789.

Uno de estos comisionados fué nada menos que Robespierre, pues tal era el personaje a quien ciertos documentos de la época citan con el nombre de M. Robert Pierre (1). En aquel tiempo, Robespierre no había adquirido aún la celebridad que alcanzó más tarde, pero gozaba ya de gran prestigio entre las masas populares y entre los hombres del nuevo régimen.

Con fecha del 14 de diciembre de 1791, don Fran-

(1) M. S. Oliver: *Catalunya en temps de la Revolució francesa.* Anuario del "Institut d'Estudis Catalans". Años 1911-1912. Pág. 210 y siguientes.

cisco de Zamora, quien por cuenta del gobierno español dirigía un servicio de espionaje cerca de los agentes franceses, escribía a Floridablanca, hablándole de las noticias que un confidente suyo le transmitía sobre el comisionado aludido.

...ha visto en su equipaje, decía la carta, los Fueros de Vizcaya, de Navarra, de Aragón, y las Constituciones de Cataluña.

"A este fin ha dispuesto, en cuanto ha llegado a Perpiñán, que se traduzca la Constitución francesa al catalán, obra que han empezado M. M. Verdier y Gispert, de la cual ha visto mi corresponsal un fragmento".

No puede ser más clara la intención de los constitucionales franceses. Proponíanse espolear a la vez el sentimiento nacional y el sentimiento liberal de los catalanes. Ofrecían a éstos una especie de alianza. No codiciaban territorios. Sólo aspiraban a resguardar el suyo de las agresiones exteriores. Lanzaban por encima de las fronteras, no ejércitos, sino ideas. He aquí el buen imperialismo, el mejor, el más digno de Francia.

No sabían los franceses que aquellas Constituciones que Robespierre llevaba en su equipaje nada decían ya a los catalanes de aquel tiempo. No sabían que era trabajo perdido el de vertir al catalán el código de ciudadanía que la Francia se había dado. Nuestros antepasados de aquel fin de siglo habrían sentido quizá algún mayor interés por la Constitución francesa, si se la hubiese dado a conocer traducida al castellano.

Algunos prohombres franceses, como el general Dugommier, codiciaban la anexión de Cataluña, pero el Comité de Salvación pública se oponía a ello, por considerar que hubiera sido una violación del principio de las fronteras naturales. Sobre la cuestión de Cataluña escribió el convencional Couthon una interesante Memoria, en la cual proponía que se hiciese de Cataluña una República independiente, infiltrando a nuestro pueblo "el genio de la libertad, el desprecio a las *môméries* españolas y la dignidad republicana".

Los trabajos de los comisionados franceses fracasaron completamente. Para los catalanes, como para los castellanos—con la excepción de una gloriosa minoría selecta—todo cuanto procedía de Francia era abominable y maldito. Una canción de aquel período decía que

*es peor ser francés que ser judío*

Y así, en 1793, Cataluña, lejos de escuchar las proposiciones de los convencionales, sobresalió por su antifrancesismo y siguió con entusiasmo loco el victorioso avance del general Ricardos a través del Rosellón.

Los catalanes del Rosellón, al contrario, identificados con Francia, sostenían con firmeza la causa revolucionaria y luchaban bravamente al lado de los ejércitos de la República. Con razón se ha dicho que aquella guerra fué una vergonzosa lucha civil entre los catalanes de la Cataluña española y los de la Cataluña francesa.

"Guerra a los tiranos; paz a los pueblos", decían las huestes revolucionarias. Aquellos catalanes de la decadencia respondieron con un grito de rabia y de muerte a las palabras libertadoras, mientras los vascos, que conservaban viva la conciencia nacional, aceptaban el concurso de los convencionales para instaurar la República éuskara.

**De cómo pagó el Gobierno español la adhesión de Cataluña.** — Escribe el señor Ossorio en su obra, que Cataluña habría podido desligarse de la dinastía española y obrar por su cuenta. Francia habría tasado en alto precio una actitud de Cataluña que le hubiese sido favorable. Pero he aquí que aquellos catalanes "fundieron su interés con el general de España". Más exacto sería decir que lo fundieron con el interés de la monarquía abyecta de Carlos IV y con el del bajo clericalismo español.

Si hubiesen permanecido vivos los sentimientos de libertad y dignidad en la Cataluña del siglo XVIII, ¿habría sido aquélla la conducta de los catalanes? Pongamos un instante, con la imaginación, a Pablo Clarís en la última década de aquel siglo. ¿Podemos tan sólo concebir al gran patricio conduciendo las huestes catalanas detrás del general Ricardos, luchando por la dinastía liberticida y anticatalana, convertido en defensor fanático de las más innobles tiranías y de los más degradados tiranos? Quizá se diga que la fuerza de las creencias religiosas ahogó entonces el sentido nacional, y que lo mismo lo habrían ahogado en el siglo XVII. La verdad, que ya hemos puesto de relieve, es que el odio a

los franceses nació muchos meses antes de los excesos revolucionarios. Este odio nació del 89, sin esperar el 93. Nació cuando aún no podía hablarse de sacrilegios y de irreligión en Francia. Odiábase, no ya las demasías de la libertad, sino la libertad misma. La tradición catalana es constitucional, liberal, y no absolutista. Los catalanes de las postrimerías del Setecientos habían olvidado la tradición política de su patria.

¿Por ventura sintieron determinados escrúpulos religiosos los catalanes del tiempo de la guerra de los albigenses? ¿Los sintieron los súbditos de Pedro II el Grande, nuestro rey gibelino, en lucha abierta con el Papado? ¿Los sintieron los catalanes de mediados del siglo XVII, al aceptar el auxilio de las huestes del rey de Francia, entre las cuales, según les echaban en cara los castellanos, Quevedo entre ellos, abundaban los hugonotes y otros herejes?

No. No era el verdadero sentimiento religioso el de los catalanes en aquella ocasión. Era la pasión del fanatismo. Y era—cosa peor aún—el servilismo dinástico. Lo declara con franqueza el señor Ossorio. "Cataluña—dice—vió que por encima de ella estaban la religión y la dinastía". ¿Puede darse un principio más esencialmente antinacionalista que el contenido en esta frase? ¿Encontraríamos hoy un solo catalanista, por derechista y atenuado que fuese, capaz de proclamar que coloca la religión y la monarquía por encima de Cataluña? Pues este principio es el que exalta el señor Ossorio. Este es el principio que nos presenta como regla y guía de la política

catalana. ¡Poco ha adentrado el político maurista en el alma nacional de Cataluña!

Es verdad que el señor Ossorio y Gallardo habría visto con gusto, según nos hace saber, que Cataluña "a aquellos dos altos ideales hubiese sumado el regional, más cálido, más vibrante que otro alguno". ¿Pero era esto posible después de haber puesto la religión y la monarquía por encima de Cataluña? Los sentimientos de aquellos catalanes desnacionalizados eran incompatibles con la causa catalana.

No obstante, al señor Ossorio le parece adivinar en aquel momento "el alborear del sentimiento regional", y encuentra que allí "empieza lo que más nos interesa hoy: el germen directo de lo que ahora presenciamos, las causas próximas de los efectos que pesan sobre la generación en que nos movemos".

¿Dónde ve el señor Ossorio el alborear del renamiento catalán en la guerra contra la República francesa? Lo ve en el proyecto catalán de reconquistar el Rosellón y la Cerdaña. El señor Ossorio no advierte que ese proyecto no implicaba necesariamente un sentimiento de catalanidad. Cabía muy bien dentro del marco de los sentimientos españolistas de aquella hora.

Y aquí debemos notar que el señor Oliver ve asimismo un renacimiento del espíritu catalán en los días que precedieron a la guerra con Francia y durante la misma. Pero ve el supuesto renacimiento, no como un movimiento colectivo de nuestro pueblo, sino en forma de chispazos aislados, de casos individuales, y no le concede la transcendencia que ha

querido concederle Ossorio en su libro. Nosotros creemos que ha de bastarle a don Miguel S. Oliver, escritor de sutil inteligencia, el hacer la distinción debida entre el espíritu regionalista y el espíritu nacionalista (que es el único que, en Cataluña, merece el nombre de espíritu catalán), para convencerse de que todos los pequeños hechos que cita no son otra cosa que manifestaciones, casi siempre inconscientes, de un pobre regionalismo de patria chica. No hay que olvidar la existencia de una especie de regionalismo domesticado que encaja sin gran esfuerzo dentro del unitarismo, del centralismo político y espiritual. Todos hemos oido algún día a políticos españoles, unitarios de los pies a la cabeza, hablar, en líricas frases, del terruño, de las glorias regionales, de las viejas costumbres, de los cantos y las danzas populares, y aún de los lenguajes de las regiones. Y no vamos a creer en su conversión. Difícilmente podemos imaginar un caso de españolismo más característico que el de los famosos voluntarios catalanes de la guerra de Africa. Y sin embargo, ¿cuántos no han visto en ellos una manifestación de regionalismo?

El sentido catalán estaba ausente del pensamiento de los catalanes de fines del siglo XVIII. Y, no obstante, en Madrid lo temían. Cataluña se humillaba hasta llegar al servilismo, pero los hombres del centro la seguían mirando con antipatía y recelo. No le agradecieron su dinastismo ni su españolismo. La solicitud de los catalanes era pagada con gestos de menosprecio. Fué el mismo gobierno de Godoy el

que se opuso a los proyectos de los catalanes para reconquistar el Rosellón. Y todo por miedo a un despertar nacionalista. Ossorio considera que aquel miedo no estaba justificado. Tiene por seguro que, en todo caso, el movimiento habría españolizado el mediodía francés, pero no afrancesado la parte española de Cataluña. "Esta desconfianza del gobierno español hacia Cataluña—agrega—frustró en aquella guerra una gran obra de asimilación. En el curso del tiempo veremos esa misma desconfianza causando daños más grandes, fomentando una verdadera disgregación dentro de España".

¡Contraste doloroso y aleccionador! Para servir a España y a su dinastía, Cataluña sacrificábase a sí misma gustosamente. Y para no favorecer a Cataluña, por recelo a Cataluña, España renunciaba a reconquistar anchos territorios. Tal es la síntesis de los hechos expuestos por don Angel Ossorio. El claro sentido de estos hechos, que no es el sentido forzado que pretende darles el señor Ossorio, nos demuestra que, en 1793, el renacimiento catalán no había aún comenzado. Seguía hundida Cataluña en la más triste abyección.

---

## PARTE SEGUNDA

# EL RENACIMIENTO CATALÁN

# CAPITULO PRIMERO

## El movimiento catalanista durante el siglo XIX

LA ESCUELA ROMÁNTICA CATALANA.—EL MOVIMIENTO LITERARIO.—EL MOVIMIENTO POLÍTICO.—EL MALESTAR DE CATALUÑA.—EL PROGRAMA DEL GENERAL POLAVIEJA.—PROGRESOS DEL CATALANISMO Y PERÍODO DE AGITACIÓN INTENSA.

**La escuela romántica catalana**. — Don Antonio Rubió y Lluch, en unos notabilísimos estudios literarios (1), nos muestra con claridad los orígenes del movimiento catalán. Este se inició en Cataluña, como en tantos otros pueblos, con un renacimiento

(1) *Prólogo* al último volumen de las obras completas de don Joaquín Rubió y Ors, y *Discurso* leído en la Real Academia de Buenas Letras, de Barcelona, el día 25 de febrero de 1912.

poético. En dichos estudios examina el señor Rubió y Lluch el período anterior al renacimiento literario. Y ese período, que tan poco conocido es, y sobre el cual el erudito escritor proyecta una viva luz, explica perfectamente la formación de nuestro movimiento.

Dedúcese de los trabajos del señor Rubió y Lluch que el germen del catalanismo estuvo en la escuela romántica catalana. Téngase en cuenta, empero, que el romanticismo catalán no venía de Francia. Tenía más bien carácter anglo-sajón y se inspiraba en las obras de Walter Scott, Schlegel, Schiller y el lombardo Manzoni. Era aquel movimiento un caso de europeismo, una verdadera integración espiritual de Cataluña en Europa. *El Europeo,* se titulaba la primera revista que sirvió de órgano a los literatos de aquella escuela. Dicha revista, escribe Rubió, fué el primer ensayo de europeización de las letras españolas. Sus redactores escribían en castellano, pero llevaban el germen del renacimiento patriótico. Ellos eran los que representaban el sentido catalán, y no los ínfimos versificadores de la escuela de Vicente García, que seguían escribiendo aún en catalán, en un catalán sin llama espiritual, por un efecto de inercia, herederos sombríos de la literatura catalana de los siglos XVII y XVIII, que tenía ya el alma muerta.

Uno de aquellos románticos, Buenaventura Carlos Aribau, dió el primer grito, instintivo aún, de la resurrección, con su llamada *Oda a la Patria,* publicada en 1833, que se ha hecho famosa, cosa que de se-

guro jamás pensó su autor. (1) En general, la *Oda* de Aribau es espléndida, y demuestra cuanto favorecen la inspiración poética el uso de la lengua nativa y la evocación de los recuerdos de la tierra patria. Aribau, que fué gran poeta con una sola poesía catalana que publicó, no fué más que poeta mediocre, y pronto olvidado, con sus numerosas poesías castellanas.

Dos períodos presentó el romanticismo catalán. El primero coincidió con el período constitucional español de 1820-23, y estuvo representado por la revista *El Europeo*. Con esto se echa de ver que la escuela romántica catalana precedió a la castellana, a parte de que esta última tuvo otra fuente, o sea el romanticismo francés. Los románticos catalanes eran, en política, hombres de tendencia relativamente liberal. La reacción de 1824 los persiguió. Al reinstaurarse el régimen constitucional en 1833, el movimiento romántico comenzó de nuevo, iniciándose un segundo período, durante el cual el órgano del romanticismo catalán fué *El Vapor*. Ya hemos consignado que en este periódico publicóse la *Oda* de Aribau. En el mismo colaboraban, además, Pablo Piferrer, Milá y Fontanals, Rubió y Ors, etc., es decir, los verdaderos precursores del catalanismo literario.

(1) El título primitivo de la oda, publicada en el periódico de Barcelona *El Vapor*, era *La Patria.—Trobas*. Y aún es probable que su título verdadero, en el original fuese otro, pues se trataba de unos versos que Aribau compuso viviendo en Madrid, con motivo de celebrar el natalicio de su patrono, don Gaspar Remissa, catalán, en cuya casa de banca estaba el poeta como empleado.

Aquellos hombres amaban a Cataluña y a la lengua catalana, pero su lenguaje literario era el castellano. En castellano se lamentaba Milá y Fontanals—¡oh paradoja!—del olvido en que había caído el idioma de Cataluña:

*Del saber el alto cetro*
*que el catalán empuñaba,*
*cayó también de su diestra*
*al olvidarse su habla.* (1)

Y es que aquella generación creía entonces que el catalán era una lengua muerta para la literatura y para la ciencia. "Nadie tenía confianza en la eficacia estética del idioma regional", declara Rubió y Lluch (2), y añade: "...el idioma (el catalán) tenía que luchar con su aplebeyamiento o funestas tradiciones de escuela. Capmany consideraba perdido el pleito de la nacionalidad literaria de Cataluña (3), y lo mismo pensaban Milá, Aribau, Piferrer y Quadrado, en cuya *Palma* se daban como inhábiles e inadecuadas para la literatura todas las lenguas regionales de la península".

Contemplando hoy, al cabo de tres cuartos de siglo, el rico vergel de la literatura catalana del re-

(1) Estos versos forman parte, por cierto, de una composición dedicada por Milá a Isabel II, con motivo de un viaje de ésta a Barcelona.

(2) Discurso citado. Pág. 92.

(3) Decía Capmany de la lengua catalana que era un "antiguo idioma provincial, muerto para la república de las letras y desconocido del resto de Europa".

nacimiento, podemos comprobar cuán expuestos son los juicios pesimistas a propósito del porvenir de los movimientos nacionales, ya en su aspecto literario, ya en su aspecto político. En la historia de los pueblos llega una hora en que todo parece perdido. Pero la verdad es que en el alma nacional y en la tierra patria hay maravillosas reservas de energía, las cuales realizan con frecuencia sorprendentes prodigios.

A pesar del error en que cayeron en la cuestión de la lengua, los hombres de la escuela romántica catalana fueron los iniciadores verdaderos del movimiento catalán. De ellos proviene directamente el renacimiento poético que empezó a mediados del siglo XIX.

**El movimiento literario.** — Entre aquellos hombres hubo uno, uno solo, que tuvo fe plena en la vitalidad y en el porvenir de la lengua catalana. Este hombre fué Rubió y Ors, fundador del catalanismo literario, que más tarde debía producir el catalanismo político y luego el nacionalismo actual.

Describiendo el esfuerzo de su ilustre padre, dice Rubió y Lluch que aquel, "solo, con sus débiles fuerzas, luchando con inveteradas preocupaciones y quizá con el ridículo, atrevióse a acometer empresa tan arriesgada. Mi padre fué el único de aquella generación que levantó con valentía la bandera de la independencia literaria de Cataluña, en el prólogo de su *Gaiter*, que es todo un manifiesto de nuevas orientaciones y una de las páginas más curiosas y vibrantes de la historia de nuestro Renacimiento."

Por nuestra cuenta queremos añadir que el mentado prólogo tiene un fortísimo sentido catalanista, sin mezcla de sentimiento españolista, es decir, sin convencional identificación del amor a Cataluña y el amor a España. A Cataluña le llama Rubió y Ors repetidamente, nación.

Durante algunos años, quedóse solo Rubió y Ors. Todos sus compañeros escribían en castellano. Mas, aunque un poco tardíos, dió frutos espléndidos el esfuerzo de Rubió. "El fué—dice Pí y Margall (1) —quien inició el renacimiento de la poesía catalana." Y agrega: "De él deriva ese catalanismo que tanto hoy acongoja y asusta a nuestros hombres de Estado." No previó Rubió y Ors, probablemente, todas las consecuencias de su obra literaria. Y como si se hubiese azorado de esas consecuencias, apenas intervino luego en el movimiento.

Los eruditos, como Milá y el clérigo Torres Amat, rebuscaban los tesoros de la vieja literatura catalana. Los arqueólogos, como Piferrer, estudiaban los monumentos olvidados. En el decenio de 1850 a 1860, el ejemplo de Rubió y Ors tuvo sus primeros imitadores. En el prólogo de la segunda edición de *Lo Gayter del Llobregat* (1860), lejos de quejarse Rubió, como en el prólogo de la primera, de encontrarse solo en el cultivo poético del catalán, consignaba satisfecho que eran ya legión los que se habían dedicado a este cultivo. Así, en 1858, Antonio de Bofa-

(1) Artículo *Rubió y Ors*, contenido en la colección *La qüestió de Catalunya*, Barcelona, 1913. Págs. 50 y 51.

rull pudo ya publicar una especie de antología de poetas de su tiempo, titulada *Los Trobadors nous.*

Entre los cenáculos literarios de aquel decenio se había abierto paso la idea de reinstaurar los Juegos Florales que, al estilo de Provenza, se celebraron en Cataluña durante algunos períodos de la Edad Media. Presentóse al Ayuntamiento de Barcelona una petición para que se encargara de restablecer la gaya fiesta y la celebrara cada año en el primer domingo de mayo. Subscribieron la petición Antonio de Bofarull, (que fué el iniciador y el tenaz laborante de la idea), Cortada, Pons y Gallarza, Milá y Fontanals, Rubió y Ors, Víctor Balaguer y Victoriano Amer. Acogió la petición el Ayuntamiento, y en el año 1859 se celebraron los primeros Juegos Florales restaurados.

Por cierto que entre aquellos hombres discutióse largamente un punto capital: ¿serían los Juegos, bilingües de castellano y catalán, o serían catalanes únicamente? Los pareceres estaban divididos. Fué Milá y Fontanals quien, a pesar de su catalanismo atenuado, impuso con su autoridad que la fiesta de la poesía en Barcelona fuese sólo catalana. Es curioso consignar el detalle de que algunos años después, un señor gobernador civil de olvidada memoria, al pronunciar el discursillo de costumbre en la fiesta, propuso que en adelante fuera ésta bilingüe. La propuesta no fué tomada en consideración. Milá había tenido la noción clara de que los Juegos Florales, para responder a su sentido de reconstrucción patriótica, en Cataluña no podían ser más que catala-

nes. En casos como éste, el bilingüismo es una abdicación. Y es, además, una solución híbrida y de mal gusto.

Con la restauración de los Juegos Florales quedó definitivamente constituído el catalanismo literario. En los versos de los poetas y en los discursos de los primeros presidentes hallamos ya los rudimentos de las reivindicaciones políticas. Pero el movimiento era esencialmente literario y tenía por única manifestación el uso de la lengua. Usar el catalán escrito equivalía a hacer profesión de catalanismo. "Ser buen patricio—dice Moliné y Brasés (1)—consistió entonces en escribir versos."

En la década siguiente, apareció el periodismo catalán. El primer periódico redactado en nuestra lengua fué *Un troç de paper*. Poco después, Francisco P. Briz fundó la primera revista catalana, *Lo Gay Saber*. Por otra parte, José Anselmo Clavé, con sus coros, promovió la dignificación de la música popular catalana. Al mismo tiempo se realizaron los primeros intentos de teatro catalán, del cual hizo pronto Federico Soler (*Serafí Pitarra*) una institución duradera.

Con el tiempo, entre los literatos se iba acentuando la tendencia a convertir el renacimiento literario en un movimiento de reivindicación patriótica. Bofarull y Balaguer, especialmente el último, eran los principales sostenedores de esta tendencia. Otros,

(1) *Resum sintètic de la historia del catalanisme*. Trabajo contenido en el folleto *Catalunya a Valencia*. Barcelona, 1908. Pág. 27.

como Milá y el catalán de Mallorca Mariano Aguiló, no se decidían a salir del círculo de la literatura y de la investigación científica. En aquel momento Víctor Balaguer ejercía una influencia preponderante. Pero no tardó en sumarse a la política centralista y en trasladarse a Madrid.

**El movimiento político.** — Al iniciarse el resurgir literario de Cataluña, las circunstancias eran poco favorables a la derivación política del movimiento. Los catalanes habían entrado de lleno en el juego de la política española; las luchas de aquellos tiempos entre carlistas y liberales, moderados y progresistas, monárquicos y republicanos, tenían absorbida la actividad de nuestro pueblo. Y, con todo, iban cayendo los últimos vestigios de las instituciones de Cataluña, despedazada en provincias por un decreto del año 1833, que estableció la actual división provincial de España.

El gran movimiento republicano español de la segunda mitad del pasado siglo, tuvo su origen en Cataluña. En aquellos días el partido republicano era federalista. Por ahí podían haber ido a una fecunda confluencia el sentimiento catalanista y el sentimiento republicano. Mas la verdad es que aquellos dos sentimientos no llegaron a entrar en contacto, mucho menos a confluir. Solamente una parte de la juventud federal, la más ilustrada, tenía un espíritu, todavía muy incompleto, de catalanidad. (1)

(1) Como nota curiosa, merece citarse un manifiesto electoral de Romaní y Puigdengolas, dirigido al Comité democrático federal de Igualada, al presentar su candidatura para di-

El primero que trató desde el punto de vista político la cuestión de Cataluña, fué Cortada, quien en 1860 publicó un notable trabajo, titulado *Cataluña y los catalanes*. También había escrito en pro del federalismo Romaní y Puigdengolas, pero separando el principio federal de las doctrinas republicanas avanzadas.

Fué Valentín Almirall el fundador del federalismo verdaderamente catalán. Almirall, que había empezado a publicar en 1869 un diario, *El Estado Catalán*, sentía plenamente el problema de Cataluña. En el mismo año fundó la sociedad *La Jove Catalunya*, primera entidad catalanizante de tendencias políticas. Poco a poco, su federalismo evolucionó, sin contradecirse por esto, hacia el catalanismo. En 1873, intervino en los trabajos que se hicieron para proclamar el Estado catalán, proclamación que hicieron fracasar Figueras y Pí y Margall, por creer de buena

putado a las Cortes Constituyentes. Véanse los siguientes párrafos, no muy recomendables ciertamente por su forma literaria, pero que demuestran en su autor un sentido catalanista del federalismo:

"...en mi Memoria sobre el crédito territorial publicada por el Ateneo Catalán, aspiraba a un ideal superior a la descentralización administrativa.

"Esta no es más que una forma de distribuir las funciones administrativas por el país, agrupando personas que las desempeñen, sin que lleve de necesidad la vida conjuntiva económica, que hace pensar, sentir y querer a todo un pueblo como otro ser viviente. Y como es fácil que quien dá la descentralización la retire, por esto no me satisface, y prefiero que se robustezcan las nacionalidades contenidas en el seno de la Soberanía Española por la federación".

Respecto a la cuestión de la lengua, dice:

"Se tuvo la insolente audacia de prohibir la representación de obras dramáticas, escritas en nuestro idioma, aparte del perjuicio y bochorno de escribir en castellano autos y protocolos".

fe que el intento constituía una precipitación peligrosísima.

A medida que el sentimiento catalán de Almirall se fortalecía y se precisaba, iba marcándose la separación entre él y la mayoría de sus correligionarios en federalismo. En el año 1879 empezó a publicar el *Diari Català;* en 1881, después del viaje de propaganda por Cataluña que realizó Pí y Margall, separóse del partido federal español, declarando hallarse en disconformidad con las doctrinas de éste.

Al siguiente año, Almirall fundó el *Centre Català,* entidad que llegó a ser prestigiosa y fuerte, y a la cual dió un carácter netamente catalanista. Decidido a trabajar por Cataluña en primer término, relegó a lugar secundario sus ideas republicanas. No obstante, el *Centre Català* era una fuerza liberal. En 1885 vemos a Almirall redactando el famoso *Memorial de agravios* (1), dirigido a don Alfonso XII, y yendo a Madrid para presentarlo al monarca, con una comisión presidida por Mariano Maspons y de la cual formaban parte, además de Almirall, mosén Jacinto Verdaguer, Federico Soler, Angel Guimerá, Pella y Forgas, Juan J. Permanyer y mosén Jaime Collell. El rey recibió amablemente a los comisionados. En cambio, los políticos y la prensa de Madrid los acogieron con marcada indiferencia y les hicieron el vacío. Por el solo pecado de presentarse como catalanistas, los ilustres literatos que constituían la

(1) El título del documento es *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña.* Fué motivado por los proyectos de tratado comercial con Inglaterra y Francia y por los intentos de unificación del derecho civil.

comisión no fueron objeto de demostración alguna de amistad, ni siquiera de cortesía, por parte de los literatos madrileños. Nadie los acompañó en sus visitas a los Museos y monumentos de Madrid. (1) Los resultados de aquel acto, que en Cataluña tuvo gran resonancia, fueron absolutamente nulos. En 1886, Almirall, que aquel año presidió los Juegos Florales de Barcelona, compuso con este motivo su libro *El Catalanisme*.

Habíase hecho Almirall la ilusión de que podría reunir y mantener acordes en su *Centre Català* a los hombres de ideas diversas que coincidían en el catalanismo, y aún soñó con obtener un acuerdo entre ellos sobre todas las otras cuestiones políticas. La realidad le enseñó pronto que sus ilusiones eran vanas. No sólo no llegaron a fundirse las diferentes tendencias de los hombres del *Centre*, sino que con el tiempo se acentuaron. Los que mantenían un criterio principalmente historicista, alejáronse cada vez más del carácter doctrinal, filosófico y poco afecto a la tradición que ofrecía el catalanismo de Almirall. En 1887 produjose la escisión. Una gran parte de los elementos del *Centre Català*, entre ellos Guimerá y Permanyer, abandonaron a Almirall, y fundaron una nueva entidad, la *Lliga de Catalunya*, la cual tuvo por órgano el diario *La Renaixença*. La juventud intelectual congregada en el *Centre Escolar Catalanista*, se fué con la *Lliga de Catalunya*, a la que

(1) VALENTIN ALMIRALL: *Contestación al discurso pronunciado por Núñez de Arce en el Ateneo de Madrid.*

siguieron asimismo numerosos e influyentes centros y periódicos de las comarcas catalanas. Herido de muerte el *Centre Català*, los hombres de la *Lliga* tomaron la dirección del movimiento catalanista. Uno de sus primeros actos fué dirigir, en 1888, un mensaje a la Reina Regente, que había visitado Barcelona con motivo de la Exposición Universal.

La nueva entidad inauguró brillantemente sus tareas con ocasión de la campaña contra la unificación de las leyes civiles intentada por el ministro Alonso Martínez, con su Código civil de 1888, que pretendía borrar las diversas legislaciones llamadas *forales*, entre las cuales se incluye, indebidamente, el derecho completo y nacional de Cataluña.

Aquella campaña en defensa del derecho catalán, último vestigio de nuestras instituciones nacionales, se hizo a base de los principios catalanistas. El movimiento político adquirió gran desarrollo. Cada día aparecían sociedades y periódicos catalanistas, y nuevos patriotas ingresaban en la hueste de los luchadores. Se quiso agrupar en una organización de conjunto todas las entidades, y entonces se constituyó la *Unió Catalanista*, cuya primera Asamblea celebróse en Manresa el año 1892, presidida por Doménech y Montaner. Allí fueron aprobadas las famosas Bases de Manresa, que durante muchos años han sido el programa político del catalanismo. Sucesivamente la *Unió* celebró la Asamblea de Reus (1893), que fijó los medios para llevar a la práctica las Bases votadas en Manresa; la de Balaguer (1894), que aprobó un proyecto de sistema tri-

butario para la Cataluña autónoma; la de Olot (1895), que se ocupó de las obras públicas regionales, etc.

En 1896, el catalanismo conquistó el Ateneo Barcelonés, el viejo centro de la intelectualidad de la capital catalana; Angel Guimerá, nombrado presidente, pronunció en catalán el discurso presidencial, que versó sobre nuestra lengua. El discurso de Guimerá, magníficamente lírico, marca bien los viriles entusiasmos de aquella hora.

**El malestar de Cataluña.** — Entretanto, el catalanismo iba ganando adeptos entre las clases ilustradas y se extendía rápidamente por Cataluña, dejando de ser, como fué en su comienzo, un movimiento casi exclusivamente barcelonés. Pero su propaganda había llegado muy poco al pueblo, a las clases "menestral" y obrera, las cuales ignoraban, o poco menos, el catalanismo.

Los partidos democráticos, por su parte, habían caído en un estado de marasmo; el mismo partido republicano, a pesar de algunos fugaces relámpagos, había entrado en un período de descomposición. Aprovechándose de estas circunstancias, los partidos dinásticos, sin ningún arraigo en la opinión, sin verdaderos partidarios, pudieron instalar la máquina del caciquismo, gracias a la cual dominaban en absoluto la vida política catalana, triunfaban en las elecciones por arte de prestidigitación, e imperaban en las corporaciones públicas. Por obra del caciquismo, la política catalana estaba repugnantemente

degradada. Los ciudadanos decentes apartábanse con asco de aquel espectáculo.

Al mismo tiempo, el terrorismo había hecho su aparición en Barcelona. Desde la bomba de Pallás contra el general Martínez Campos (1892), los atentados por la dinamita se sucedieron. Hizo explosión la bomba del Liceo (1893); luego la de la calle de Cambios Nuevos (1896), a la cual siguió la tragedia de Montjuich. Los anarquistas se habían apoderado de la dirección del movimiento obrero barcelonés. Intensa y amenazadora era la agitación. Cada año, en el día primero de mayo, producíanse manifestaciones formidables que frecuentemente degeneraban en tumultos y llenaban de violencia y alarma las calles de la ciudad.

El malestar era profundo en todas las clases sociales. Hacían más hondo el descontento las guerras coloniales españolas, que arruinaban al país y sacrificaban a la joven generación. Y cuando las imprevisiones criminales y la ineptitud escandalosa de los políticos españoles condujeron a España a la guerra con los Estados Unidos y al subsiguiente desastre de 1898, el malestar de Cataluña hízose más intenso y general.

La opinión, en nuestra tierra, abominaba de la política centralista, que había hecho bancarrota en medio de una orgía de sangre y oro, que venía a poner un final tristísimo a la dominación ultramarina, que había dejado sin mercados a la producción catalana, que no sabía evitar los atentados terroristas. En aquel momento el fracaso de la política madrileña

apareció con perfecta claridad a los ojos de los catalanes.

Fué en aquellas circunstancias cuando el catalanismo creció enormemente, por lo menos en cuanto a la masa de sus huestes. En el catalanismo intelectual influyó muy poco todo este conjunto de circunstancias que hemos expuesto, pues son más hondas sus raíces. Pero influyó en el pueblo, y sobre todo en la clase media barcelonesa, la cual, al ver como la España unitaria se hundía en el desastre y en la vergüenza, y al ver que la seguían gobernando los mismos hombres, volvió los ojos hacia el catalanismo, entendido un poco vagamente, por considerar que la autonomía de Cataluña significaba la política nueva que debía salvar al pueblo catalán de la catástrofe provocada por el centralismo castellano y por los políticos de Madrid.

Aquel movimiento general de protesta llevó hacia las soluciones descentralizadoras o regionalistas, un gran número de elementos, especialmente industriales y comerciantes, que en realidad carecían de espíritu catalanista. Esta fué la causa de la gran fuerza que adquirió súbitamente el catalanismo en los últimos años del pasado siglo, y ésta fué también la causa de la debilidad interna de aquel movimiento.

**El programa del general Polavieja**. — Pronto el hecho que acabamos de notar produjo consecuencias perturbadoras. El general Polavieja, que había vuelto de las islas Filipinas con un inmerecido prestigio militar y político, dirigió un manifiesto al país, en el cual se declaraba partidario de una serie

de reformas, entre ellas algunas de tendencia regionalista y descentralizadora. Y el mismo hombre que acababa de regresar de las Filipinas presumiendo de haber aplastado la insurrección de los indígenas oprimidos y vejados cruelmente, el mismo hombre que había mandado fusilar al gran patriota Rizal, presentábase aquí como defensor de las libertades locales y de las aspiraciones autonomistas.

En Barcelona, los elementos económicos constituyeron una *Junta Regional de adhesiones al programa del general Polavieja,* cuyo secretario fué don Fernando Agulló. En general, los catalanistas acogieron con hostilidad la tentativa del "general cristiano". Pero algunos hombres de la *Unió Catalanista*, poco avenidos con la vida contemplativa que ésta llevaba, entraron en relaciones con los polaviejistas. En el mes de septiembre de 1898, el general Polavieja dirigió a Doménech y Montaner una carta en la que prometía la concesión, una vez llegara al gobierno, de las reformas siguientes: 1.ª Concierto económico de Cataluña con el Estado español, para las contribuciones directas; 2.ª Reorganización de la vida municipal sobre bases que dieran representación a las fuerzas sociales y a los intereses corporativos; 3.ª Refundición de las cuatro provincias catalanas en una Diputación única; 4.ª Autonomía universitaria; 5.ª Respeto a las instituciones del derecho civil catalán.

Estas prometidas concesiones no representaban sino una pequeña porción de las reivindicaciones catalanas. Pero una parte de los catalanistas las aceptó e hizo de ellas su programa, disponiéndose a se-

guir al general Polavieja. Con ello se produjo la división en el seno de la *Unió Catalanista*. La mayoría de los que la formaban, con *La Renaixença*, adoptaron una actitud de oposición a los pactos con Polavieja.

Las entidades económicas barcelonesas, con el Ateneo, acordaron constituir una comisión formada por sus presidentes, con el objeto de trabajar por un conjunto de reformas administrativas en sentido descentralizador. En el mes de noviembre de 1898, fueron a Madrid, para exponer sus pretensiones ante la Regente, los cinco presidentes, o sea los del Ateneo Barcelonés, Fomento del Trabajo Nacional, Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, Instituto Agrícola Catalán de San Isidro y Liga de Defensa Industrial y Comercial.

En el mes de marzo de 1899, ocupó el poder el ministerio Silvela-Polavieja. Los elementos que en Cataluña habían seguido a éste, creyeron que había llegado la hora de obtener resultados positivos.

Había entrado en el ministerio un catalán ilustre, Durán y Bas, de tendencias regionalistas moderadas. Varios conocidos catalanistas fueron nombrados alcaldes: Robert, de Barcelona; Font de Rubinat, de Reus; Ixart, de Tarragona, etc. Poco después fué nombrado obispo de Barcelona Morgades, antipático a una parte de la opinión, por acusársele de haber intervenido en la persecución de mosén Jacinto Verdaguer, pero que era un ferviente catalanista, como lo probó con su pastoral recomendando al clero de su diócesis el uso de la lengua del país.

La personalidad del doctor Robert, aportó al catalanismo un buen contingente de la masa neutra barcelonesa. Era aquél un hombre de gran prestigio social y político, un patriota de noble corazón y de ejemplar honradez. No militaba en política desde hacía mucho tiempo; pero ante el desastre español y el fracaso de la política madrileña, abrazó con entusiasmo la causa de Cataluña.

Rápido fué el paso de Robert por la alcaldía de Barcelona. La labor que pudo realizar fué muy pequeña. Por una parte, encontróse con un Ayuntamiento formado por concejales liberales y conservadores, hijos de las bajas artes del caciquismo, Ayuntamiento que naturalmente debía serle desafecto. Por otra parte, el Gobierno tampoco le ayudaba.

Pronto se vió que los que habían puesto sus esperanzas en el ministerio Silvela-Polavieja se habían equivocado. Es posible que el general Polavieja tuviese la intención de cumplir las promesas contenidas en su programa. Pero halló una oposición tenaz en el seno del gabinete, y no pudo imponerse.

Al mismo tiempo, Villaverde, desde el ministerio de Hacienda presentó sus célebres presupuestos, contra los cuales protestaron los contribuyentes. El movimiento protestatario adquirió en Barcelona especial gravedad. Los gremios acordaron la resistencia pasiva al pago de los impuestos, el "cierre de cajas". Severas medidas de represión fueron adoptadas por el Gobierno. Numerosos comerciantes fueron encarcelados. Al procederse ejecutivamente contra los contribuyentes, Robert debía decretar,

como alcalde, los embargos; después de decretar con su firma los cuatro primeros, para eludir responsabilidades, presentó la dimisión de su cargo, y esto aumentó su popularidad. Poco tiempo después, Durán y Bas, que en el gabinete se sentía rodeado por una atmósfera de recelos y desafectos, dejó el ministerio de Gracia y Justicia. El general Polavieja dimitió más tarde. El ministerio Silvela adoptó frente al catalanismo una actitud franca y acentuadamente hostil. Había fracasado, rápidamente, el primer intento de colaboración entre el Gobierno de Madrid y los elementos autonomistas catalanes.

**Progresos del catalanismo y periodo de agitación intensa.**—El movimiento catalanista, fomentado por el creciente descontento de todas las clases sociales, hízose amenazador. Con ocasión de la visita de la flota francesa del Mediterráneo a Barcelona, produjéronse graves incidentes. El almirante Fournier, que mandaba la escuadra, asistió a una fiesta dada en honor de los marinos de la República en el Palacio de Bellas Artes. Durante la fiesta, *La Marsellesa* fué aclamada. El himno *Els Segadors* fué acogido asimismo con entusiasmo, sobre todo al advertir el público que el almirante francés se ponía en pie al iniciarse el canto. Luego tocóse, a petición del almirante, la *Marcha Real* española. Una tempestad de silbidos y de gritos hostiles apagó los acordes del himno. A la salida de la fiesta, el almirante Fournier fué acogido con gritos de "¡Viva Cataluña!", "¡Viva Francia!", "¡Viva Cataluña francesa!"

El conflicto tomaba mal cariz. Los elementos eco-

nómicos persistieron, empero, en hacer campaña a favor de dos reformas, vestigios del naufragado programa del "general cristiano". Esas reformas eran el concierto económico y la zona neutral. Había prometido Silvela acceder a estas peticiones. Pero ante la protesta de una gran parte de la opinión española, azuzada por la prensa de Madrid, y la terca oposición de Villaverde, quien veía en el concierto económico un obstáculo a sus planes financieros, el Gobierno faltó a sus promesas. Esta falta de formalidad fué la causa principal de la mala acogida que al visitar Cataluña, en la primavera de 1900, tuvo el entonces ministro de la Gobernación señor Dato, quien fué objeto de repetidas silbas.

---

# CAPITULO II

## La intervención política del catalanismo

LA "LLIGA REGIONALISTA".—LERROUX.—EL RESURGIMIENTO REPUBLICANO.—LA ESCISIÓN IZQUIERDISTA. —LA CRISIS DE LA "UNIÓ CATALANISTA".

**La «Lliga Regionalista».** — Los catalanistas de l'*Unió,* poco antes de producirse la escisión motivada por el polaviejismo, habían realizado el primer intento de intervención electoral. Empujada por los jóvenes, que después constituyeron la *Lliga Regionalista,* la *Unió* acordó luchar en las elecciones generales de 1899, por el distrito de Villafranca del Panadés, donde fué presentada la candidatura de Permanyer y Ayats, viejo profesor universitario, catalanista de abolengo, y que formaba con Guimerá y con Aldavert el triunvirato de los venerables patriarcas de la causa. En aquella campaña electoral hicieron sus

primeras armas Puig y Cadafalch, Durán y Ventosa y Cambó, éste último adolescente casi. El intento resultó un fracaso. La enseñanza que se sacó de aquellas elecciones fué la de que, para intervenir eficazmente en la lucha electoral, precisaba una honda purificación del sufragio.

A esta labor previa se dedicaron, una vez fracasado el ensayo polaviejista, los catalanistas separados de la *Unió* y los elementos económicos. Los primeros habían constituído el *Centre Nacional Català*, del cual era el alma Prat de la Riba, quien, secundado por unos pocos pero valiosos compañeros, estaba realizando en el campo patriótico una profunda renovación ideal, en sentido valientemente nacionalista. Los elementos procedentes de la *Junta Regional de adhesiones al programa del general Polavieja*, una de cuyas figuras más populares era Alberto Rusiñol, fundaron la *Unió Regionalista*, presidida por un médico eminente, el doctor Miguel Fargas, la cual representaba en aquellos elementos un avance hacia el catalanismo.

Estas dos entidades—el *Centre Nacional Català* y la *Unió Regionalista*—organizaron la famosa campaña de 1901. Convocadas elecciones generales, presentaron la candidatura de los cuatro presidentes: Robert, de la Económica de Amigos del País; Alberto Rusiñol, del Fomento del Trabajo Nacional, Doménech y Montaner, del Ateneo Barcelonés, y Sebastián Torres, de la Liga de Defensa Industrial y Comercial.

Con general sorpresa, la candidatura de los cuatro

presidentes obtuvo la mayoría, enfrente de la republicana, de la que triunfaron Pi y Margall y Lerroux, y de la dinástica, de la cual sólo logró salvarse el señor Maristany. El señor Sol y Ortega, que poco tiempo antes había sido objeto de un triunfal recibimiento al llegar de Madrid después de su discurso sobre el desastre de las guerras coloniales y con los Estados Unidos, fué derrotado completamente, y eso que se le concedía el primer lugar en los augurios electorales. Tanta fué la impresión que a Sol produjo este inesperado desvío de la opinión pública, que decidió retirarse a la vida privada.

El secreto de la victoria de la candidatura catalanista—victoria que se obtuvo entonces con sólo 5.000 votos oficialmente contados, aún cuando muchos otros fueron escamoteados—estuvo en la organización electoral con que los catalanistas habían acudido a la lucha. Tenían interventores en todas las mesas, llevaban hecho un estudio detenido de las listas electorales, habíanse preparado para oponerse a los fraudes habituales en las elecciones anteriores. No pudo evitarse que los caciquistas, con su cuadrilla de guapos y alquilones, cometiesen numerosos embuchados, robos de actas y otros atropellos. Pero no los pudieron cometer en suficiente número para alterar el resultado general de los escrutinios.

Después de estas elecciones, la *Unió Regionalista* y el *Centre Nacionalista Català* fundiéronse en una nueva entidad: la *Lliga Regionalista*. En las elecciones municipales del mismo año obtuvieron una se-

ñalada victoria, que les dió un fuerte minoría en el Ayuntamiento.

**Lerroux**.—En aquellas elecciones, Alejandro Lerroux hizo su aparición en el escenario de la política barcelonesa. El acta alcanzada casi por casualidad, fué el pedestal de su jefatura política. De no haber triunfado, es posible que no hubiese pensado jamás en fundar un partido en la capital de Cataluña ni en intervenir en la política catalana.

Acusóse entonces a Lerroux, y se le acusa aún, de haber sido un enviado de Moret y de tener por misión oponerse al movimiento catalanista, que empezaba a inquietar a los políticos madrileños. Los antecedentes de Lerroux, su situación personal en aquella época, las revelaciones de algunos ex-amigos suyos como "Claudio Frollo", hacen verosímil, por lo menos, que obrase de acuerdo con los políticos monárquicos de Madrid, ya fuese desde antes de ser elegido diputado, ya desde que tuvo el acta y hubo echado los cimientos de un partido popular en Barcelona.

*La Veu de Catalunya* había combatido sañudamente, desde el primer momento, la candidatura de Lerroux. A pesar de haberse formado, casi por generación espontánea, una candidatura plena republicana, Lerroux, que era quien llevaba en realidad la campaña, trabajaba por su cuenta. Poniendo a contribución todas sus dotes de sugestionador de las masas, esforzóse en reavivar las numerosas pero desorganizadas fuerzas del republicanismo, en beneficio de sus propósitos personales. Los catalanistas de *La Veu* presentaban como turbios los orígenes y los

móviles de su candidatura. El sábado anterior a las elecciones, Lerroux inundó las Ramblas con millares de candidaturas suyas, que cubrieron el suelo barroso por la lluvia. *La Veu* comentaba intencionadamente este detalle en un artículo titulado *Candidatura enfangada*, en el cual se daba un sentido simbólico al barro que manchaba las candidaturas de Lerroux.

Sin embargo, el común interés en hacer respetar la voluntad del sufragio, hizo colaborar a republicanos y catalanistas en los trabajos encaminados a evitar la falsificación y el escamoteo de los resultados electorales. En el Gobierno civil había el propósito de dar las actas, costase lo que costase, a los candidatos adictos. A esto obedecía el hecho escandaloso de que se publicasen cifras oficiales completamente fantásticas, según las cuales resultaban triunfantes los monárquicos. Pero ante la firme actitud adoptada tanto por los catalanistas como por los republicanos, el Gobierno retrocedió, y el jueves, día del escrutinio general, fueron proclamados los candidatos que realmente aparecían triunfantes. Fué en dicha ocasión cuando Lerroux pronunció aquella gallarda frase de que, o saldría con acta vivo, o sin ella muerto.

**El resurgimiento republicano.** — Despertada la conciencia popular por las elecciones de 1901, movilizada la democracia barcelonesa, los republicanos se rehicieron también. Lerroux, con sus dotes de organizador, logró reconstituir el partido popular en torno de su *Fraternidad Republicana*.

El partido republicano cobraba fuerzas de día en día. Las esperanzas y los entusiasmos renacían en el corazón de los viejos republicanos, y la masa obrera, durante mucho tiempo trabajada por los fermentos de la anarquía, sintióse halagada por el lenguaje radicalísimo de Lerroux, quien entonces peroraba llevando un rojo pañuelo de seda en el cuello.

Pronto entre catalanistas y republicanos declaróse una guerra despiadada. Los republicanos presentaban al catalanismo como reaccionario, burgués y separatista. Y Lerroux actuaba, a la vez, de anarquizante sin patria y de chovinista español. La verdad es que, por efecto, principalmente, de las campañas de Lerroux, habíase producido en Cataluña la misma maniobra intentada por los gobiernos centralistas en otros países agitados por un movimiento nacional, que consiste en azuzar a las masas del pueblo contra los patriotas. Así la democracia, el izquierdismo y el socialismo, se convierten en lamentables instrumentos de la política de centralismo y de opresión.

Al mismo tiempo, y como si el resurgir del partido republicano en Barcelona hubiese dado la señal, prodújose en las principales ciudades de España un renacimiento de la sentimentalidad republicana. Pactóse entre los diversos partidos republicanos una nueva Unión, al frente de la cual fué puesta la figura prestigiosa de don Nicolás Salmerón y Alonso (1903). Hubo entonces la impresión de que la nueva poderosa fuerza intentaría la realización de un movimiento revolucionario. Y la masa popular, señaladamente en Cataluña, creyó que la República estaba

cercana. El "pavo republicano" fué en aquel tiempo, no una alegoría retórica, sino una íntima y cándida ilusión del pueblo

En las elecciones provinciales de 1903, marcóse un cambio brusco en el barómetro electoral barcelonés. La *Lliga Regionalista,* que después de la muerte del doctor Robert (1902) acentuó la nota conservadora y religiosa, cometió el error de pactar una coalición con los elementos ultramontanos, bautizando la candidatura con el nombre de "católico-regionalista", contra el parecer de los hombres liberales que formaban parte de la *Lliga.* En aquellas elecciones, con sorpresa para muchos, triunfaron los republicanos.

Estos volvieron a triunfar en las elecciones generales del mismo año. Salmerón resultó elegido diputado con 35.000 votos.

Parecía, al principio, que el auge del movimiento republicano ahogaría el movimiento catalanista. Entre los dos bandos se enardecía la lucha. Las mutuas acusaciones denigrantes daban lugar a campañas y a escenas de violencia. Los federales, que habían seguido, en los últimos años de la vida de Pi y Margall, una evolución favorable al catalanismo, fueron arrastrados por la impetuosa riada republicana. Muchos de ellos ingresaron en la Unión. Otros, la mayoría, siguieron fieles a Vallés y Ribot, que se inteligenció con los republicanos unionistas y pactó con éstos coaliciones electorales. Vallés asistió a la ceremonia de la colocación de la primera piedra en la *Casa del Pueblo* y allí dijo a Lerroux aquellas palabras que tanto se le echaron en cara

después: *Tu es Petrus*. Sólo un reducido grupo de federalistas—valioso, empero, por la calidad de sus miembros—siguió fiel a las orientaciones catalanistas, desde la sociedad *Catalunya Federal*, cuya alma era Miguel Laporta.

**La escisión izquierdista.** — Las orientaciones conservadoras y dinásticas que iba adoptando la *Lliga Regionalista* provocaron pronto una importante escisión en el seno de esta entidad. En el mes de abril de 1904 hizo su primer viaje a Barcelona el rey don Alfonso XIII, acompañado por el señor Maura, a la sazón presidente del Consejo de Ministros. Habían convenido los regionalistas en seguir con respecto al recibimiento del monarca, una conducta de abstención. Pero algunos hombres del regionalismo, que habían puesto una gran confianza en Maura, creyéronse autorizados para apartarse de esa línea de conducta. Y al visitar don Alfonso el Ayuntamiento, Cambó, entonces concejal, pronunció un discurso de salutación, en el cual le recordó las aspiraciones autonomistas de Cataluña.

Este acto hizo estallar el desacuerdo, latente desde hacía mucho tiempo en la *Lliga*. La diferencia de criterio se agravaba por efecto de un choque de temperamentos opuestos. Habiéndose puesto la mayoría de la Junta de la *Lliga* al lado de Cambó, separáronse de aquella, hombres de tanta valía y tanto prestigio como Ildefonso Suñol, Doménech y Montaner, Jaime Carner, Lluhí Rissech y Ventosa y Calvell. (El último, al cabo de algunos meses, reingresó en la *Lliga*). Estos fundaron (noviembre de 1904) un

gran semanario, *El Poble Català*, que pasó a ser diario el 1.° de mayo de 1906. A fines del mismo año, constituyóse el *Centre Nacionalista Republicà*, bajo la presidencia de Jaime Carner. El nuevo Centro, que venía a representar la izquierda del nacionalismo, adquirió pronto una extraordinaria pujanza.

**La crisis de la «Unió Catalanista».**—En las Asamblas de Reus y Tarrasa, la *Unió Catalanista* había reglamentado su intervención en las luchas electorales. Pero la verdad es que sus hombres sentían muy poca simpatía por estas luchas; de manera que la acción electoral de la *Unió* fué insignificante. Los regionalistas, al contrario, se lanzaron de lleno a la acción política, y las elecciones fueron la principal manifestación de su actividad. Con el estrépito y la pasión de los comicios, lograron acrecer muy pronto sus contingentes y constituir una fuerza política formidable. Esto contribuyó muchísimo a que la actuación de la *Unió Catalanista* quedara en segundo término. Monopolizada la acción política intervencionista por la *Lliga*, quedó convertida la *Unió* en un cenáculo de apóstoles, en un santuario de la política sentimental y contemplativa.

Ni aún así imperó la paz y la concordia en su seno. Los elementos que podríamos llamar viejos—Permanyer, Guimerá, Aldavert, etc.—pretendieron encerrar la actuación y el ideario de la *Unió* en los moldes tradicionales. Los elementos jóvenes querían abrir grandes ventanas a los vientos modernos. En *La Renaixença*, el diario órgano de la *Unió*, repercutieron las disensiones interiores.

La actuación y el auge de los regionalistas habían planteado un grave problema a los catalanistas de la *Unió*. Aquellos, con procedimientos más audaces y modernos, con un sentido más vivo de las luchas políticas, tendían a absorber prácticamente la representación y la actuación del catalanismo. O los elementos de la *Unió* renovaban sus instrumentos de acción, o iban al estancamiento y a la decadencia.

Algunos intentos hicieron para reaccionar y vencer las dificultades crecientes que se oponían a su marcha. Por ejemplo, fué transformada *La Renaixença,* a la que se quiso convertir, con mejor voluntad que fortuna, en un gran rotativo a la moderna. El cambio no hizo sino acelerar la muerte del viejo diario.

En el año 1904 celebró la *Unió Catalanista* la Asamblea de Barcelona, en la cual intervinieron dos hombres que no formaban parte de dicha organización: don Ildefonso Suñol y don Raimundo de Abadal. Este hecho disgustó a los elementos intransigentes. Las sesiones de la Asamblea dieron lugar a algunos incidentes ruidosos. Los elementos viejos, llenos de prestigios, pero con un concepto petrificado de la política y de los programas, se retiraron de la *Unió*. Martí y Juliá, catalanista de tendencias avanzadas, había sido elegido presidente de la Junta permanente del viejo organismo. En realidad, él venía a señalar una nueva orientación, que se manifestó en la declaración aprobada por la Asamblea de Barcelona, y que decía así:

"Siendo nacionalista la acción que en nuestro pueblo realiza la Unión, tienen el derecho y el deber

de cooperar a ella todos los catalanes movidos por las aspiraciones del nacionalismo catalán, piensen y sientan como quieran en materias religiosas, sociales o políticas".

Esta declaración, ampliamente liberal, venía a anular, de hecho, las Bases de Manresa como programa catalanista.

No pudo, sin embargo, evitarse la decadencia que desde hacía tiempo amenazaba a la *Unió*. Esta sufrió una serie de importantes escisiones que la debilitaron considerablemente. *La Renaixença* dejó de publicarse en 1905. La formación de la izquierda nacionalista, en la cual entraron numerosos patriotas procedentes de la *Unió,* acentuó la debilitación de ésta, que en los últimos años se ha sostenido gracias al prestigio personal de su presidente y orientador, Martí y Juliá.

De cada vez más, la lucha política en Barcelona tendía a polarizarse en dos partidos: el republicano y el catalanista, que se habían convertido en dos fuerzas opuestas y antitéticas.

---

# CAPÍTULO III

## La Solidaridad Catalana

EL 25 DE NOVIEMBRE.—LA LEY DE JURISDICCIONES.—EL MOVIMIENTO POPULAR.—LERROUX, ANTISOLIDARIO.—LAS ELECCIONES DE 1907.—EL PROYECTO DE RÉGIMEN LOCAL.—LAS ELECCIONES PARCIALES DE 1908.—RUPTURA DE LA SOLIDARIDAD.— LA "UNIÓ FEDERAL NACIONALISTA REPUBLICANA".

**El 25 de noviembre.** — Fracasada la Unión Republicana española, herido el prestigio de Lerroux por sus actos dictatoriales, la *Lliga* tomó otra vez la ventaja y obtuvo el triunfo en las elecciones municipales de 1905.

Para celebrarlo organizó el llamado Banquete de la Victoria en el Frontón Condal. Terminado el acto, los que habían asistido al ágape bajaban en manifestación por la calle de Balmes, cantando el himno *Els Segadors*. Al pasar la manifestación por delante de la *Fraternidad Republicana,* situada en la Granvía, un grupo de republicanos, pretendiendo que los regionalistas trataban de asaltar su local, salió a la

calle y agredió a tiros a los manifestantes, algunos de los cuales resultaron heridos.

Pocos días después, el semanario regionalista *¡Cu-cut!* publicó una pequeña caricatura, que tuvo gravísimas consecuencias. El dibujante había puesto un oficial del ejército en la vía pública, delante del Frontón Condal, interrogando a un transeunte. La leyenda decía:

"—¿Qué se celebra aquí, que hay tanta gente?

"—*El Banquet de la Victoria.*

"—¿De la Victoria? Ah, vaya, serán paisanos".

Esta alusión, un poco mordaz ciertamente, al resultado poco brillante de las campañas coloniales y de la guerra con los Estados Unidos, produjo una indignación desbordante entre la oficialidad de la guarnición de Barcelona. Las acusaciones de antiespañolismo dirigidas a los catalanistas, habían concitado contra él, el odio de los elementos militares. La caricatura de *¡Cu-cut!,* a la cual el semanario satírico no había dado casi importancia, publicándola en pequeñas dimensiones y en una de sus páginas interiores, hizo estallar la sorda hostilidad de los cuarteles hacia el catalanismo. Los oficiales decidieron vengar por sus propias manos la injuria que veían en el dibujo de *¡Cu-cut!,* que al fin y al cabo no era más agresivo, ni siquiera tanto, como otros dibujos y escritos relativos al ejército, publicados en ciertas ocasiones por periódicos franceses, italianos y aún alemanes. Los alsacianos *Zislin* y *Hansi,* por ejemplo, han publicado caricaturas mucho más mordaces sobre los oficiales tudescos.

En la noche del 25 de noviembre de 1905—esta fecha es histórica para los catalanes,—nutridos grupos de oficiales de la guarnición, después de haberse provisto de herramientas en el parque de ingenieros, salieron tumultuosamente a la calle y, lanzando gritos contra los catalanistas, asaltaron los locales de la redacción y la imprenta de *¡Cu-cut!* y de la redacción de *La Veu de Catalunya,* destrozaron los muebles, y formando una pira con ellos en mitad de la calle, les prendieron fuego. Esto sucedía entre nueve y diez de la noche, en el centro de la ciudad—la redacción de *La Veu* estaba entonces instalada en la Rambla de las Flores,—ante los ojos tolerantes de la autoridad civil.

Aquellas hogueras encendidas por los militares españoles, encendieron a su vez la ira en el corazón de los catalanes. No ya en nombre de los sentimientos catalanistas, en nombre de la dignidad de un pueblo todos los ciudadanos protestaron de aquel acto de violento pretorianismo. Sólo la voz de Lerroux, desde las páginas de *La Publicidad* por él dirigida entonces, aplaudió la fechoría en su célebre artículo ignominioso, *El alma en los labios.*

Y sucedió que, después del 25 de noviembre, la acción de las autoridades dirigióse, no contra los autores de los asaltos, sino contra los elementos que habían sido víctimas de ellos. Suspendióse las garantías constitucionales, medida obligada del repertorio gubernamental español; encarcelóse al director de *La Veu de Catalunya;* prohibióse la publicación de *¡Cu-cut!.* La prensa de Madrid emprendió una cam-

paña anticatalanista de una violencia verdaderamente brutal.

Entretanto, el sumario abierto por las autoridades de Barcelona, respecto a los sucesos del 25 de noviembre, fué sobreseído por haber resultado desconocidos los autores. ¡Singular conclusión! Los militares de diversas guarniciones de España se solidarizaron con sus compañeros de Barcelona. Dióse entonces el espectáculo extraordinario de un alto jefe del Ejército, capitán general de una de las regiones militares de la península, felicitando telegráficamente a los allanadores de domicilios privados. Este alto jefe, que era el general Luque, fué nombrado poco después ministro de la Guerra, sin duda en recompensa de su acto.

Era aquel un vasto movimiento de indisciplina militar y de intervención del ejército en las cuestiones políticas. No sólo el ejército ponía su veto a cualquier castigo disciplinario de los oficiales de Barcelona, sino que exigía medidas de represión contra los catalanistas. La casi totalidad de la prensa española hacía coro a esas demandas y a esos furores.

**La ley de Jurisdicciones.** — En las esferas políticas de Madrid se sintió miedo. Tres ministerios sucediéronse en pocos días. Tratábase, bajo la presión del militarismo desbordado, de hacer aprobar por el Parlamento una ley severa contra los catalanistas.

Cupo a Moret la triste gloria de presentar a las Cortes esa ley inverosímil, que ha recibido el nombre de "Ley de Jurisdicciones".

Todos los diputados y senadores catalanes uniéronse para combatir el proyecto. Los diputados republicanos españoles—con la excepción de Lerroux,—viendo en aquél un ataque a los principios de la libertad civil, secundaron a los diputados catalanes. Lo mismo hicieron otros pocos diputados sueltos.

Mas la oposición enérgica de los catalanistas y republicanos no bastaba para hacer fracasar el proyecto. Convencidas de la inutilidad de sus esfuerzos, las dos minorías se retiraron. El proyecto, impuesto por los militares con su actitud amenazadora, convirtióse en ley.

Aunque atenuada en algunos puntos por las enmiendas aceptadas durante el debate, la "ley de Jurisdicciones" resulta el texto legal más antiliberal y más draconiano de los tiempos presentes. En Cataluña se le llamó *ley malvada,* recordando las leyes llamadas en Francia *scélérates,* y que no lo eran tanto como la ley española. Esta no tiene pareja ni en Rusia, ni en Turquía. No se conoce allí, en efecto, ley alguna sobre "los delitos contra la patria y el ejército" que castigue las injurias por la palabra, por escrito o por el grabado, ya sean hechas directa o indirectamente, de manera clara o encubierta. No se conoce allí ley alguna que, cuando el autor de una supuesta injuria escapa a su acción, por cualquier causa que sea, castigue subsidiariamente al director del periódico, al propietario, al administrador, al impresor y hasta a los obreros tipógrafos. Ni se concibe allí que los delitos de prensa y de reunión contra el ejército sean juzgados por los Consejos de guerra.

Y esta ley, única en el mundo, está en vigor en España desde hace diez años.

Se nos dice que se la deroga. Lo que se hace, en realidad, es pasar la mayor parte de sus disposiciones—y las peores—a los Códigos penales: el ordinario y el militar. La burda trampa ha sido denunciada tiempo há.

Debemos creer que Moret tenía perfecta conciencia de la monstruosidad política y jurídica que significaba la ley de Jurisdicciones. Sintió, sin duda, remordimientos; y, débil como era así en el bien como en el mal, quiso descargar su conciencia, ante la historia, de un grave peso. Dirigió a los funcionarios de la administración de justicia una circular sobre la aplicación de la ley. Esta circular atenuaba considerablemente las disposiciones del texto legal. Podía creerse que Moret trataba de ofrecer a los jueces y tribunales un medio elegante para no aplicar la ley.

Pero aquellos a quienes la circular se dirigía, no la tomaron en cuenta, y quedó convertida en letra muerta. Aplicóse la ley, si no con gran frecuencia—pues los "delitos" no abundan,—con gran severidad, sobre todo por parte de los Consejos de guerra.

Entre los procesos y las condenas hay muchos casos dignos de ser recordados. Citaremos algunos.

Don Emilio Junoy publicó en el semanario republicano *La Campana de Gracia* un artículo que fué considerado delictuoso por la autoridad militar. Incoado el proceso, el juez se halló con la inmunidad parlamentaria del autor. Entonces prescindió de éste,

y dirigió el proceso contra el director del periódico. A pesar de las protestas del señor Junoy, que reclamaba exclusivamente para sí la responsabilidad de un trabajo que llevaba su firma, el director de *La Campana de Gracia* fué condenado a dos años de cárcel.

Otro caso. Un joven orador catalanista, don Luis Manau, fué acusado por un redactor castellano del diario *El Liberal,* de Barcelona, de haber pronunciado en un mitin ciertas frases injuriosas para el ejército. Negó Manau que hubiesen salido tales frases de sus labios. Todos los demás oradores del mitin, lo mismo que los reporteros de la prensa de Barcelona y el *mismo inspector de policía que asistió al acto,* declararon que las palabras pecaminosas no habían sido pronunciadas. Pues bien: por la acusación de un solo testigo, sospechoso por muchas razones y en contradicción con todos los otros, fué Manau condenado y encarcelado.

Otro caso, no menos notable. Un periodista de Figueras, don José Baró, censuró en el semanario *Empordà Federal* la actitud incorrecta de algunos oficiales en una fiesta pública. Tratábase de actos personales de los oficiales, de cuyo caracter militar se prescindía. No obstante, el señor Baró fué procesado, encarcelado y condenado luego por el Consejo de guerra. Otro periodista de Barcelona, el señor Pous y Pagés, publicó en *El Poble Català* una nota de simpatía hacia el condenado, amigo suyo. A su vez fué procesado y condenado a dos meses de cárcel. Habiendo apelado de la sentencia ante el Tribunal

Supremo de Guerra y Marina, éste triplicó la pena impuesta.

Es interesante hacer notar que los nacionalistas vascos, los republicanos, los socialistas y los sindicalistas, han sufrido tanto o más que los nacionalistas catalanes los rigores de esta ley. Y la causa de ello está en que, contra lo que pudieran hacer creer los antecedentes del engendro jurídico del señor Moret, los catalanistas no extreman sus propagandas y no acostumbran, en general, a usar del lenguaje violento y agresivo. En este punto, los partidos extremos españoles—los de la derecha y los de la izquierda—van mucho más allá. Es una verdadera fábula lo de las campañas procaces e insultantes del catalanismo.

**El movimiento popular.**—Tras el atropello del 25 de noviembre, bofetada dada a un pueblo en pleno rostro, venía una ley de represión contra Cataluña. Esto hizo llegar al grado máximo la indignación de los catalanes. Un unánime sentimiento de protesta se manifestó en todos los partidos, en todas las clases, en todas las comarcas de Cataluña. Al calor de este movimiento, los partidos de raíz popular formaron la Solidaridad Catalana. Los encarnizados enemigos de la víspera, los catalanistas— así de la *Lliga* como de la *Unió* — los republicanos, los carlistas, se reconciliaron fraternalmente, hallando en la común dignidad ofendida el aglutinante para la acción patriótica. La unión de los partidos catalanes produjo un entusiasmo inmenso.

Tan justa era la causa de Cataluña, tan odiosa y antiliberal resultaba la represión iniciada contra las

nuestras reivindicaciones, que don Nicolás Salmerón se puso resueltamente al lado de los catalanes, a pesar de la hostilidad que su actitud encontró en los elementos democráticos no catalanes y en la opinión española en general.

El caso glorioso de Salmerón es una prueba evidente de la fuerza viva que hay en el movimiento catalán. En el alma de aquel hombre de otra raza, de la raza que domina en España desde hace siglos; en el alma de aquel hombre hasta entonces enemigo de las aspiraciones catalanas y sostenedor dogmático de las doctrinas unitaristas, prodújose algo parecido a una conversión. Y apareció Salmerón como transfigurado. Comprendió entonces los sentimientos y el ideal del pueblo catalán y trocóse en un ferviento partidario de su autonomía.

Puestos de acuerdo los partidos regionalista, Unión Republicana, federal, integrista, izquierda nacionalista y *Unió Catalanista,* organizaron el mitin de Gerona (11 de febrero de 1906), en el cual fué proclamada la Solidaridad.

El día 20 de mayo celebróse en Barcelona la famosa "Fiesta del Homenaje", dedicada a los parlamentarios que habían combatido la ley de Jurisdicciones. Esta fiesta constituyó el acto cívico más grandioso que se haya celebrado jamás en Cataluña y quizá en parte alguna del mundo. Gentes de todas las comarcas de nuestra patria, de todas las clases sociales, de todos los partidos, desfiló en manifestación interminable. Por encima de la multitud, compuesta de más de 200.000 personas, centenares de

banderas y estandartes flotaban entre el sol espléndido de aquella tarde, "llameando como antorchas", según la frase de un escritor. La comitiva llegó hasta el Salón de San Juan, donde, después de haber pasado por debajo del Arco del Triunfo, desfiló ante los parlamentarios festejados.

La agitación se hacía intensa en Cataluña. En el mes de octubre celebróse en las Arenas un gran mitin llamado "Aplec de la Protesta", aprobándose unas viriles conclusiones en que se exigía la derogación de la ley inícua. En ese *aplec* se dió el bello y emocionante espectáculo de millares de blancos pañuelos agitándose en las gradas de la plaza, espectáculo al que se refirió don Miguel de Unamuno en aquellos versos suyos, más severos que justos:

> Seréis siempre unos niños, levantinos.
> Os ahoga la estética.

**Lerroux, antisolidario.**—El artículo de Lerroux *El alma en los labios,* disgustó a gran número de correligionarios suyos, especialmente a los que componían la plana mayor del partido. Por enconadas que fuesen las luchas con los regionalistas, por vivos que fuesen los resentimientos y los antagonismos personales, no podía llegarse hasta el punto de aplaudir un grave atropello a las libertades civiles, por haber sido víctima de él el enemigo político. Además, los hechos del 25 de noviembre y la campaña de la prensa madrileña presentaban un carácter, más que anticatalanista, anticatalán. Y en aquellos

días de prueba, muchos hombres republicanos que hasta entonces habían permanecido al lado de Lerroux, oyeron la voz de su alma catalana.

Mientras la Solidaridad estaba en período de gestación, algunos significados correligionarios y amigos íntimos de Lerroux intentaron convencerlo de que debía tomar parte en el movimiento. Los catalanistas, que tantos agravios recibieran de él, habían acabado por aceptar la posibilidad de tenerlo por compañero en la nueva coalición, sacrificando sus sentimientos personales en aras de la unidad del movimiento.

Opuso Lerroux muchos reparos a acceder a lo que se le pedía. Pero no opuso una negativa rotunda. Vacilaba; y hubo un momento en que llegó a inclinarse hacia la adhesión a la Solidaridad. Es más: realizó dos actos que preludiaban su ingreso en el movimiento: adhirióse telegráficamente al mitin solidario de Gerona en nombre de la Asamblea republicana de Zaragoza, en cuanto el mitin tenía por objeto pedir el restablecimiento de las garantías constitucionales, y contribuyó con una cantidad a la suscripción pública abierta para sufragar los gastos de la "Fiesta del Homenaje".

Cuando ya había soltado esas prendas, Lerroux retrocedió. Por aquellos días hizo el caudillo republicano un viaje a Madrid. A su regreso, adoptó una actitud resueltamente opuesta a la Solidaridad, declarándose en rebeldía frente a Salmerón.

La Junta municipal de Unión Republicana púsose al lado del grande hombre, y los amigos de Lerroux

asaltaron a tiros el local donde se hallaba reunida. Esta fué la primera violencia de los antisolidarios, la primera "acción de guerra" de las llamadas "cábilas lerrouxistas".

**Las elecciones de 1907.**—En el intervalo había subido al poder don Antonio Maura. Disuelto el Parlamento liberal, fueron convocadas elecciones generales.

Con la campaña electoral, la agitación llegó a su período agudo. Bajo el alto patronato de Salmerón y de los *leaders* de los partidos catalanes, confeccionóse una candidatura para todos los distritos y circunscripciones de Cataluña. En Barcelona, la Solidaridad fué al copo de los siete lugares, cinco de mayoría y dos de minoría.

Todo el pueblo catalán movilizóse políticamente por su ideal. Los mitines electorales de la Solidaridad fueron manifestaciones de un entusiasmo sin ejemplo. En las ciudades como en el campo había el mismo fuego de pasión y de patriotismo. Las reuniones convocadas en las poblaciones rurales, al aire libre, pueden ser comparadas a las que organizaba Daniel O'Connell en Irlanda, durante la campaña por la emancipación de los católicos irlandeses. El gran Maragall escribió en esta ocasión su artículo *L'alçament* (El alzamiento), en el cual cantaba con su prosa llameante la belleza del espectáculo de ciudadanía que ofrecía nuestro pueblo.

El jueves anterior al día de las elecciones, perpetróse el atentado criminal de Hostafranchs. A las diez de la noche, al pasar por delante del local de los

lerrouxistas de Hostafranchs, el coche en que iban a un mitin solidario Salmerón y otros prohombres de la Solidaridad, fué acometido a tiros de browning por grupos de hombres emboscados en la semiobscuridad del lugar. Cambó recibió una herida gravísima, que le puso a las puertas de la muerte. El atentado fué obra, sin duda alguna, de los partidarios de Lerroux. Este mismo había declarado que habría "bautismo de sangre", y que serían los primeros en recibirlo sus antiguos compañeros. El comentario que al día siguiente dedicó *El Progreso*, órgano de Lerroux, al atentado de Hostafranchs, es una confesión de haberlo cometido sus correligionarios.

El resultado de las elecciones de diputados (21 de abril de 1907) fué un triunfo completo, enorme, de la Solidaridad. De los 44 puestos señalados a Cataluña, ganó 41 el bloque patriótico.

Lerroux quedóse sin acta. En las elecciones de senadores, nueva espléndida victoria: la Solidaridad obtuvo la totalidad de los puestos.

Estas victorias ruidosas acentuaron la hostilidad de los políticos centralistas hacia Cataluña. La prensa recrudeció su violenta campaña. A propósito de esto, escribía Nicolás Salmerón y García en *Le Courrier Européen*:

"La gran prensa, incluso la prensa republicana o *à peu près*, ha combatido con encarnizamiento a la Solidaridad victoriosa, y ha culpado al señor Maura de haber permitido (*sic*) la elección de estos representantes legítimos del pueblo catalán". Un diario republicano (o *à peu près*, como diría el señor Sal-

merón y García) *El Liberal,* de Madrid, llegó a decir que dudaba de que el Parlamento tuviese la deferencia de escuchar a los representantes catalanes. Si no recordamos mal, esta desgraciada frase valió al malogrado Alfredo Vicenti una severa lección por parte de Luis de Zulueta.

**El proyecto de Régimen local.**—Hay que hacer a Maura, jefe del Gobierno en aquel período, la justicia de decir que acogió con calma el triunfo electoral de la Solidaridad catalana y que conservó la serenidad en medio del desencadenamiento de las pasiones.

Los representantes solidarios habían ido al Parlamento llevando como bandera el llamado programa del Tívoli, aclamado en el mitin celebrado en el teatro de este nombre durante la campaña electoral. En él estaban contenidas las siguientes peticiones, verdadero programa mínimo autonomista: derogación de la ley de Jurisdicciones; creación de organismos regionales con amplias facultades en materia de beneficencia, enseñanza y obras públicas; establecimiento de órganos de renovación del derecho civil catalán y autonomía municipal.

Maura pareció mostrarse favorable, hasta cierto punto, a estas peticiones. Elaboró el proyecto llamado de "Administración local" (y más tarde de "Régimen local"), en el que, entre otras reformas, establecía las Mancomunidades, o uniones voluntarias de Diputaciones provinciales, en las cuales se delegaba ciertas funciones administrativas reservadas hasta hoy al poder central.

Había dicho Maura, con una de sus típicas frases, que su proyecto de reorganización local abriría un cauce tan ancho a las aspiraciones regionales, que quizá no hubiera en Cataluña suficiente agua para llenarlo. Esta ponderación daba derecho a creer que el proyecto que preparaba sería amplio y satisfactorio. Mas cuando se publicó, la desilusión fué grande en el campo solidario. No era el cauce de un caudaloso río, sino el de un humilde arroyo.

No obstante, los regionalistas—que por el activo maniobrar de sus hombres y por ser los únicos que llevaban a la Solidaridad un pensamiento determinado, habían conseguido rápidamente ejercer en ella un papel preponderante—creyeron que debía aceptarse, en principio, el proyecto, y procurar mejorarlo mediante enmiendas. Otros elementos de la Solidaridad, especialmente los nacionalistas republicanos, creyeron que el proyecto de Maura no era aprovechable y que debía rechazarse en absoluto. Este fué el sentido del magnífico discurso que Suñol pronunció en el Congreso, en el mes de octubre de 1907, al discutirse la totalidad del proyecto.

Pocos días después pronunció Cambó su primer discurso parlamentario. No había podido acudir antes a la Cámara, a causa de la herida que recibió en Hostafranchs. El efecto que Cambó produjo en el Parlamento fué fortísimo. Por su oratoria metálica y precisa, por la fuerza de su argumentación, por el extraordinario talento político que demostraba aquel joven enjuto y frío—contaba entonces Cambó 29 años,—por la riqueza de aspectos con que presentó

el problema catalán, el orador se impuso y adquirió desde el primer día cartel de parlamentario de primera fila.

Sin contradecir las afirmaciones de Suñol, cuyo discurso había inferido una grave herida al proyecto de Administración local, hizo Cambó la indicación de que podía ser mejorado mediante enmiendas oportunas. En realidad, el criterio de Suñol y el de Cambó eran opuestos. El primero quería enterrar el proyecto, por inservible y por nocivo, y obligar al Gobierno a presentar otro, inspirado por un espíritu diferente. El segundo quería salvar el proyecto, introduciendo en él la mayor parte posible de las aspiraciones catalanas. "Este proyecto—decía Suñol—aunque sea mejorado en algunos puntos, resuelve mal el problema de Cataluña. Y un problema tan hondo, tan transcendental como el nuestro, es preferible que siga sin resolver a que se resuelva mal". Cambó partía de un punto de vista oportunista. "Si rechazamos en conjunto el proyecto—objetaba—y éste fracasa, perderemos la ocasión de conseguir una parte de nuestras aspiraciones, y quién sabe cuando volverá a presentarse esta ocasión."

Los dos criterios tenían su razón de ser. Correspondían perfectamente a la significación de los dos eminentes políticos. Cada cual obedecía a la lógica de sus ideas. Lo extraño es que la casi totalidad de los diputados solidarios, y especialmente los republicanos, se pusieran al lado de Cambó. En una reunión que por aquellos días celebraron los representantes catalanes en una de las secciones del Congreso—re-

unión sobre la cual se guardó la mayor reserva, y cuyo relato oímos después nosotros de labios de Suñol—fué discutida esta cuestión importantísima. Los argumentos capitales que allí emplearon Cambó y Suñol están resumidos en las afirmaciones que les acabamos de atribuir. Suñol quedóse solo, o casi solo. El más convencido defensor del criterio regionalista fué Salvatella, quien ha sido siempre, ya desde su adolescencia, un perfecto conservador.

Tan sólo dos diputados no coincidieron con Cambó: Hurtado, que no era partidario de hacer campañas de descrédito contra los regionalistas, pero que entendía que los elementos izquierdistas de la Solidaridad no debían ir a remolque de aquéllos, y Caballé y Goyeneche, unido a Suñol por una incondicional amistad. Jaime Carner no se hallaba en Madrid.

Creyóse Suñol abandonado por sus compañeros de izquierda solidaria. Desde entonces, consideró que su misión parlamentaria había terminado; de ahí arranca el retraimiento del eminente orador, retraimiento que tan notado fué en Cataluña.

A los pocos días, un incidente de la vida parlamentaria, insignificante en sí mismo, vino a influir en el ánimo de Suñol, contribuyendo a inclinarlo hacia el retraimiento político. Después del discurso de Maura contestando a los de Suñol y Cambó, dispusiéronse éstos a rectificar. Rectificó primero Cambó, ante la Cámara rebosante y en espectación. Una vez hubo terminado el *leader* regionalista, un gran número de diputados salió a los pasillos, para comentar los términos del diálogo Maura-Cambó. En

aquel instante levantábase en su escaño Suñol, para contestar a su vez la parte del discurso de Maura a él dirigida especialmente. Y al ver que una parte de los diputados salía del salón, creyó que su rectificación interesaba poco y que su misma figura no lograba atraer la atención de la Cámara.

Disgustóle el incidente—muy común, por cierto, en la vida parlamentaria,—no sólo por el carácter de desaire personal que pudiera tener, sino por la significación política que a su juicio encerraba. "Lo que ha sucedido con mi rectificación, decía, prueba que la verdadera cuestión que se discute, la discuten por una parte Maura y por otra Cambó, quien tiene detrás de sí a casi todos los representantes solidarios. En Madrid opinan que la fuerza y la voz de la Solidaridad las lleva Cambó, es decir, la *Lliga*. A nosotros, a los nacionalistas republicanos, no nos atribuyen fuerza ni representación ninguna. Nuestras palabras presentan sólo el valor literario que tengan nuestros discursos; pero no les reconocen transcendencia política. Por eso no ha interesado mi rectificación y han salido de la Cámara los diputados. Lo que les interesa es lo que diga Cambó, no lo que yo diga. Así, interviniendo en el dúo Cambó-Maura, que es el verdadero dúo que se canta ahora, he hecho un papel ridículo. Y yo no soy hombre para hacer esta clase de papeles. Me marcho a Barcelona, y no es fácil que vuelvan a verme por aquí..."

Ildefonso Suñol, hombre de tan fina sensibilidad que a veces resultaba excesivamente susceptible, no tenía quizá razón al dar una interpretación política al

hecho de que una parte de los diputados, después de unas horas de tensión, saliera a los pasillos a comentar el curso del debate. Pero su visión del problema no estaba lejos de ser exacta. Los regionalistas habían conquistado la dirección de la Solidaridad, y habían logrado que la minoría solidaria, casi unánimemente, aceptara su criterio y su táctica. Fué para ellos un éxito innegable, una prueba más de su preparación política. Al contrario, los políticos solidarios de la izquierda, faltos de orientación, poco avenidos entre ellos, aceptaron sin oposición alguna que la *Lliga* los llevara a remolque; y algunos iban así muy a gusto.

Esto acabó, sin embargo, por ser nocivo al conjunto del movimiento solidario, puesto que hizo aparecer a éste como un movimiento de tendencias conservadoras, y le restó simpatías entre los elementos populares.

Una buena parte de los parlamentarios y primates republicanos que habían ingresado en el movimiento de Solidaridad, acabó por comprender que su actitud podía causar un serio perjuicio a los ideales de la izquierda liberal. El descontento de la masa liberal de la opinión catalana ante las orientaciones de la Solidaridad crecía rápidamente. Y nos parece pueril querer explicar este descontento por las campañas de ciertos elementos (los de *El Poble Català* y del *Centre Nacionalista Republicà*). El mal era mucho más hondo, y el disgusto de la opinión respondía a motivos más generales. Las campañas aludidas no fueron la causa del descontento

de la opinión; fueron más bien una manifestación de este descontento.

En una de las reuniones electorales de la Solidaridad, celebrada en Gracia y a la cual asistían diversos primates de los partidos solidarizados, hizo Jaime Carner una declaración importante. Dijo que, ya en marcha la Solidaridad, era preciso evitar el peligro de que las diferentes fuerzas que la formaban dejasen de actuar según su tendencia, arrinconando temporalmente las respectivas banderas.

"No, eso no debe hacerse—afirmaba Carner.—Es preciso, en interés mismo de la Solidaridad, que cada grupo mantenga y propague sus principios. Porque si la derecha y la izquierda de la Solidaridad dejasen de actuar como tales, aunque sólo fuera temporalmente, no tardarían mucho en formarse, por la fuerza misma de las cosas, una derecha y una izquierda fuera de la Solidaridad. Y ésta sufriría en tal caso un rudo quebranto". Los primates solidarios presentes asintieron unánimemente a las atinadas observaciones del orador nacionalista republicano.

Sin embargo, el peligro previsto convirtióse en realidad. Durante la primera época de la Solidaridad catalana, los partidos que la componían plegaron de hecho sus banderas y abandonaron la propaganda de los respectivos programas. Eran muchos los que sostenían que hasta después de haber logrado el triunfo de las aspiraciones de la Solidaridad, no debía hablarse de lo que dividía a sus componentes.

De una manera categórica y clara defendieron este punto de vista algunos significados solidarios, entre

ellos los señores Junoy y Maciá. Fué un error, hijo sin duda de la buena fe, que contribuyó al fracaso del movimiento patriótico mucho más que las campañas de *El Poble Català* y de los hombres del nacionalismo republicano. De ese error se aprovechó el partido republicano dirigido por Lerroux.

Con el intento de corregir la equivocada orientación seguida hasta entonces, los diputados republicanos de la Solidaridad convinieron en iniciar una acción propia, desligada de la derecha, con motivo de las modificaciones que el proyecto de Maura introducía en el procedimiento electoral de los municipios y las provincias, principalmente el voto corporativo municipal y el colegio único provincial, reformas ambas de tendencia antidemocrática, al menos tal como las establecía el proyecto del Gobierno.

Organizaron los diputados republicanos en el año 1908, una serie de mitines en las principales ciudades de Cataluña. Este fué el primer paso hacia la constitución de la izquierda catalana.

Los actos aludidos tuvieron innegable éxito. Este éxito convenció de la bondad de la nueva actuación a aquellos diputados republicanos que al principio no la vieron con buenos ojos.

Los regionalistas tomaron a mal el acto de independencia de los diputados republicanos. *La Veu de Catalunya* reseñó y comentó agresivamente los mitines contra el sufragio corporativo y el colegio único provincial. Cambó dió en la *Lliga* una conferencia a propósito de la cuestión, en la cual sostuvo que el

sufragio corporativo era un principio tradicional en el catalanismo.

Entre tanto, la discusión del proyecto de Régimen local se prolongaba. Los liberales hacían contra él una obstrucción mansa. Al cabo de muchos meses, el Congreso aprobó la primera parte del proyecto, concerniente a las Mancomunidades. En cierta sesión solemne, y gracias a los esfuerzos de Cambó y Carner, los jefes de las minorías parlamentarias habían acabado por aceptar las Mancomunidades provinciales.

**Las elecciones parciales de 1908**.—Mientras el descontento y las disensiones cundían en el campo solidario y el entusiasmo de los primeros tiempos se enfriaba, fueron convocadas elecciones parciales en Barcelona para cubrir cuatro lugares vacantes. En realidad, las vacantes no eran más que dos: la de Salmerón, que había fallecido, y la de Maciá, que había optado por el acta de Las Borjas. En otras circunstancias, las vacantes no habrían sido declaradas por el Gobierno; pero los antisolidarios lo pidieron con insistencia, deseosos como estaban de librar una nueva batalla contra la Solidaridad. Y el Gobierno accedió a su deseo.

Con dos vacantes, hubiera correspondido una a la mayoría y otra a la minoría. Para copar los dos lugares, los votos de la Solidaridad debieran haberse partido por mitad, y superar esta mitad a los votos antisolidarios. Y era poco verosímil que se llegara a este resultado. Teníase la certeza de que los votos de la Solidaridad sufrirían una considera-

ble baja. Para asegurar el copo, que implicaba la exclusión de Lerroux, decidióse que Suñol y Vallés y Ribot renunciaran las actas, a fin de que las vacantes fueran cuatro, correspondiendo tres lugares a la mayoría y uno a la minoría. De esta manera, el éxito del copo era mucho más fácil.

Creíase segura la victoria de la candidatura solidaria, y causó verdadero estupor la inesperada derrota de la Solidaridad. Esta obtuvo, en total, algunos miles de votos más que los antisolidarios, pero no fué suficiente el exceso para que el copo saliera. Y la candidatura enemiga triunfó plenamente: Lerroux, Sol y Ortega y Giner de los Ríos fueron elegidos por mayoría. Llevóse el lugar de minoría don Ramón Albó, solidario.

En aquella ocasión la candidatura antisolidaria obtuvo el apoyo de todos los elementos españolistas, o mejor, anticatalanistas, de Barcelona, incluso el de ciertos elementos conservadores y católicos. La derrota de la Solidaridad produjo una alegría inmensa en todos los partidos y en casi todos los diarios de Madrid. Según *El Imparcial* dijo, la alegría había llegado hasta el palacio real.

**Ruptura de la Solidaridad.**—La Solidaridad catalana sobrevivió poco tiempo a aquel duro golpe. Con ocasión de las elecciones municipales del mes de marzo de 1909, los partidos republicanos que habían entrado en la Solidaridad negáronse a coaligarse con las derechas solidarias. Presentaron una candidatura de izquierda catalana, consiguiendo reunir 24.000 votos, 3.000 más que la Lliga y sus aliados los carlistas,

y obtener 8 puestos. Fué otra sorpresa. Eran pocos los que esperaban que la flamante izquierda hiciera un papel airoso, y nadie creía que superase en votos a la *Lliga.*

No obstante, desde el punto de vista de los resultados electorales, la división de las fuerzas solidarias dió el primer lugar a los radicales de Lerroux, que en aquellas elecciones hicieron triunfar a todos sus candidatos menos uno.

De hecho, la Solidaridad quedaba rota.

**La «Unió Federal Nacionalista Republicana».**— El éxito conseguido en las elecciones municipales de 1909, apresuró la formación de la izquierda catalana unificada. Los grupos republicanos que habían formado parte de la Solidaridad—federal, Unión Republicana, nacionalista republicano,—se fusionaron en uno solo, que tomó el nombre de "Unión Federal Nacionalista Republicana" (1910). Pedro Corominas, que había dejado su puesto de funcionario municipal para dedicarse enteramente a la actuación política, fué el *leader* de la nueva fuerza.

Había llegado el momento del apogeo de la izquierda catalana. No pudo ésta, es cierto, derrotar al lerrouxismo, por más que llegó a pisarle los talones en las primeras luchas electorales en que contendió con él. Pero derrotó completamente a la *Lliga,* la cual en las elecciones generales de 1910 no obtuvo ningún lugar en Barcelona. Fueron para los radicales los cinco puestos de mayoría y para la U. F. N. R. los dos de minoría. Cambó quedóse sin acta, y permaneció retraído durante algunos meses.

# CAPITULO IV

## La Mancomunidad de Cataluña

PERÍODO DE DEPRESIÓN POLÍTICA.—COMO SE INICIÓ LA PETICIÓN DE LA MANCOMUNIDAD.—EL PROCESO DE LA MANCOMUNIDAD HASTA SU CONSTITUCIÓN.

**Periodo de depresión política.** —Muerto Salmerón, perturbada Cataluña por la revuelta de julio de 1909 y la represión que la siguió, enterrado el proyecto de régimen local al caer Maura del poder (octubre de 1909), desilusionado nuestro pueblo por el fracaso de la Solidaridad, el problema catalán pasó por algún tiempo a segundo término. A los entusiasmos de 1906 y 1907, siguió un período de depresión y desánimo.

**Cómo se inició la petición de la Mancomunidad.** —Mientras los funestos efectos de la depresión política se acentuaban, y la desorientación de las fuerzas

autonomistas se agravaba, presentóse en la Diputación provincial de Barcelona una proposición suscrita por el diputado de la *Unió Catalanista*, señor Folguera y Durán, que fué el iniciador, y los señores Verdaguer y Callís, regionalista, Sansalvador, de la *Unió Catalanista* y Antonio Suñol, nacionalista republicano, en la cual se pedía a las cuatro Diputaciones catalanas que manifestasen su anhelo de ver reconstituída la unidad de Cataluña y de poseer un organismo común a todo el Principado.

Al mismo tiempo, el señor Durán y Ventosa presentó otra proposición, a la cual juntaron su firma varios diputados. La proposición Durán tenía un carácter concreto y práctico; pedía que se estudiase por las cuatro Diputaciones catalanas en común un proyecto de bases para la constitución de un organismo supraprovincial, representativo de Cataluña.

Las dos proposiciones fueron englobadas por la comisión en un solo dictamen, que las refundió. En la sesión de 30 de marzo de 1911 fué aprobado el dictamen, con el voto en contra de los cuatro diputados de la minoría radical.

**El proceso de la Mancomunidad hasta su constitución.**—El día 20 de julio reuniéronse en Barcelona los delegados de las cuatro Diputaciones, y se nombró una ponencia, compuesta por los presidentes, para redactar el ante-proyecto de bases. En estas bases dióse al organismo supraprovincial el nombre de Mancomunidad, tomado del proyecto de Régimen local de Maura. Fué adoptado este nombre, porque tenía ya estado parlamentario y podía

contribuir a la aceptación del proyecto por parte del Gobierno y de los partidos españoles. La Mancomunidad catalana, tal como resultaba de aquellas bases, tenía un carácter igual al de los organismos interprovinciales del proyecto de Maura, con algunas mejoras y precisiones.

Una tras otra, las cuatro Diputaciones catalanas aprobaron las bases. En su casi totalidad, los diputados provinciales de Cataluña mostráronse partidarios de la Mancomunidad. Todos los partidos, menos el radical, declaráronse favorables a ella. La misma *Unió Catalanista,* intransigente siempre ante el ideal, aplaudió el proyecto. Los catalanistas hacían, empero, la reserva de que el proyecto elaborado sólo representaba una pequeña parte de las reivindicaciones autonomistas de Cataluña, aceptándolo a título de cantidad a cuenta de otra mayor.

El día 8 de diciembre de 1911, visitó a Canalejas, entonces presidente del Consejo, una comisión de miembros de las cuatro Diputaciones catalanas, a la cual se unieron numerosos representantes en Cortes por Cataluña. Los comisionados presentaron al jefe del Gobierno las bases de la Mancomunidad. Dispensóles Canalejas una excelente acogida e hízoles halagüeñas promesas. Después los comisionados visitaron a los jefes de las minorías parlamentarias para conocer su opinión y recabar su apoyo. Todos aceptaron la idea de la Mancomunidad, con la excepción—¡oh sorpresa!—del señor Maura, que opuso ciertas objeciones, alegando que su proyecto de Régimen local constituía un todo orgánico y que el proyecto

redactado por los catalanes era una parte deficiente y quizá poco viable de aquel todo.

De conformidad con la promesa de Canalejas, aunque con un poco de retraso, el Gobierno presentó su proyecto de Mancomunidades a las Cortes. El proyecto gubernamental, redactado por el señor Barroso, era muy diferente del propuesto por las Diputaciones catalanas. El contenido descentralizador de éste, quedaba muy atenuado. Los presidentes de las Diputaciones catalanas propusieron una serie de enmiendas, que sometieron a los representantes parlamentarios de Cataluña.

La comisión del Congreso encargada de dictaminar el proyecto ministerial, introdujo en el mismo importantes enmiendas, que lo hicieron equivalente al de las Diputaciones.

Púsose a discusión el proyecto en el Congreso. Una parte de los diputados de la mayoría, en los cuales ni la autoridad de Canalejas pudo dominar la hostilidad a las aspiraciones de Cataluña, mostróse contraria al proyecto de Mancomunidades. Un discurso de Alcalá Zamora, vulgarmente españolista y unitarista, obtuvo un gran éxito parlamentario. Moret combatió también el proyecto. Numerosos personajes del partido liberal y del partido conservador lo veían con malos ojos. Canalejas, ante la corriente de oposición, vaciló un momento. Temióse el fracaso del proyecto. Pero en la memorable sesión del 3 de julio de 1912, el presidente del Consejo dió la batalla, y la ganó. En aquella ocasión, Canalejas se colocó al lado

de Cataluña, haciéndose acreedor a la gratitud de nuestra patria. Dos días después, todo el articulado del proyecto quedaba aprobado.

Pero un acontecimiento trágico sobrevino. En el mes de noviembre de 1912, Canalejas fué asesinado en Madrid por un anarquista. Le sucedió en la presidencia del Gobierno el conde de Romanones, quien, requerido por los representantes de Cataluña, declaró que hacía suyo el proyecto de Mancomunidades y que se esforzaría en hacerlo votar prontamente por el Senado. Con la oposición de una gran parte del partido liberal, puso el proyecto a discusión en la Alta Cámara. Por este motivo Montero Ríos, presidente de la misma, presentó la dimisión, que le fué aceptada. El artículo primero del proyecto fué aprobado por una débil mayoría. Entonces se consumó la escisión de García Prieto y sus amigos, y fueron cerradas las Cortes.

Temiendo Cataluña por la suerte del proyecto, y dudando de la sinceridad de las promesas hechas por el conde de Romanones, convocóse para el día 24 de octubre de 1913, una Asamblea catalana, a la cual asistieron los diputados provinciales de las cuatro Diputaciones y los representantes parlamentarios de Cataluña. En la tarde del mismo día celebróse en Barcelona una grandiosa manifestación pública, en la que tomaron partes ciudadanos de todos los estamentos y de todos los partidos, incluso el radical. Al abrirse, pocos días después, las Cortes, el

conde de Romanones fué derrotado en el Senado al presentar una proposión de confianza.

Subió al poder don Eduardo Dato. Los catalanes estaban impacientes y contrariados ante tantas dificultades y tantos aplazamientos. Pidieron al Gobierno que el artículo primero del proyecto de Mancomunidades, que era el fundamental y que había sido aprobado por las dos Cámaras, fuese puesto en vigor. En lugar de esto, el señor Dato hizo firmar al rey el decreto del 18 de diciembre de 1913, en el cual autorizábase a las Diputaciones provinciales a mancomunarse para los fines exclusivamente administrativos que corresponden a dichas corporaciones, y daba a los organismos interprovinciales que se crearan el derecho de solicitar del Gobierno delegaciones de servicios, para las cuales precisaría además una ley del Parlamento.

En virtud del real decreto y después de aprobados por el Gobierno los Estatutos de la Mancomunidad catalana, ésta se constituyó el día 6 de abril de 1914. Por el voto casi unánime de la Asamblea fué elegido presidente don Enrique Prat de la Riba, quien, al tomar posesión del cargo, pronunció un discurso de sentido plenamente nacionalista, que provocó las enfáticas protestas de la prensa de Madrid.

# CAPÍTULO V

## Los acontecimientos de los últimos años

COALICIÓN ELECTORAL NACIONALISTA-LERROUXISTA.—DISOLUCIÓN DE LA U. F. N. R.—TRANSFORMACIÓN DE LA "UNIÓ CATALANISTA".—EL "BLOC REPUBLICÁ AUTONOMISTA".—EL GOBIERNO LIBERAL CONTRA LA LLIGA.—LA FIESTA DE LA UNIDAD CATALANA.—CATALUÑA ANTE LA GUERRA.

**Coalición electoral nacionalista - lerrouxista.** —Poco antes de las elecciones generales de 1914, prodújose en el campo de la política catalana un inesperado, extraño y paradójico suceso. El partido de U. F. N. R. se coaligó con los radicales para la lucha electoral. Pero más que el partido, el que hizo la coalición y la impuso, fué un grupo de prohombres.

La primera impresión que produjo la nueva, al hacerse pública, fué de estupor. Y los más estupefactos fueron, sin duda, los propios correligionarios de la U. F. N. R. Jamás un estado mayor político ha

prescindido de la opinión de la masa del partido con una mayor audacia.

Las gentes no acertaban a explicarse los motivos que pudiera haber para un cambio de frente tan súbito. Eran frescas aún las campañas de la U. F. N. R. contra el lerrouxismo. Desde *El Poble Català* habíase tratado siempre a Lerroux y a sus secuaces como enemigos de Cataluña, como falsos republicanos al servicio de la monarquía, como demagogos cabileños y como inmorales y venales. Y quien había ido más lejos en las imprecaciones y en las acusaciones era precisamente Pedro Corominas. Poco tiempo antes, en pleno Congreso de los Diputados, Jaime Carner había pronunciado contra Lerroux y sus concejales barceloneses el famoso discurso del agua, la cal, el yeso y el cemento, que valió a Lerroux la descalificación por parte de los jefes de la Conjunción republicano-socialista, de la cual los radicales formaban parte entonces.

Y he aquí que un día se reunen en el chalet que en la barriada de San Gervasio ocupa el señor Giner de los Ríos, algunos diputados de la U. F. N. R. junto con Lerroux, y acuerdan unirse para las elecciones.

¿Cómo era posible que en unas horas se pudiera olvidar toda una historia de luchas enconadas, de riñas, de acusaciones graves? ¿Qué había pasado para que los Catones tendiesen la mano a sus acusados? El cambio brusco de la política catalana cuando la Solidaridad, tenía una explicación suficiente en los hechos transcendentales del 25 de noviembre y de la ley de Jurisdicciones. Pero nada

podía justificar el cambio, mucho más brusco aún, de 1914.

Las razones que para justificarlo alegaron los autores de la coalición, a la cual se dió el nombre burlesco de "pacto de San Gervasio", no podían ser más débiles. En un manifiesto anodino expusieron estas razones, que no eran más que cuatro vulgaridades insinceras sobre la política absorbente de la *Lliga* y la necesidad de defender el republicanismo amenazado.

En aquel manifiesto, sin embargo, se exceptuaba del pacto la circunscripción de Barcelona, cuyo problema político y electoral se consideraba planteado en términos especiales.

La verdad es que, excluyendo a Barcelona de la coalición, los efectos de ésta resultaban muy pequeños. Fuera de la capital catalana, los radicales de Lerroux no tiene más que fuerzas ínfimas, aisladas en pequeños grupos. Su concurso no iba a servir de gran cosa a los candidatos de la U. F. N. R. Les daría algunos centenares de votos, pero les haría perder otros tantos o más. Ni siquiera había la posibilidad de que la coalición permitiese ganar algún nuevo distrito, ni mucho menos elegir algún diputado lerrouxista fuera de Barcelona.

Donde la coalición podía dar fruto, es decir, actas, era en Barcelona. Pero la repulsión hacia los lerrouxistas era mucho mayor en Barcelona que en el resto de Cataluña. Hay, en efecto, una diferencia innegable entre el valor ético y político del lerrouxismo barcelonés, y el de los pequeños núcleos radicales que existen en diversas comarcas catalanas. Estos

están formados, generalmente por republicanos de buena fe, mientras que en Barcelona el lerrouxismo ofrece una mezcla de viejos republicanos, obreros anarquizantes, inmigrados anticatalanes y bajos fondos sociales, con una plana mayor de logreros. No es posible coaligarse con los lerrouxistas de Barcelona sin mengua del decoro político y aún personal.

Pasando por encima de estas consideraciones, los prohombres de la U. F. N. R. reunidos en San Gervasio pactaron con Lerroux una coalición general. Pero temiendo la protesta airada y quizá la rebelión del partido, adoptaron el procedimiento de empezar por excluir del pacto la circunscripción de Barcelona, con la intención de extenderlo después a ésta. Querían dar a beber la pócima en dos veces, para que el partido la tragara más fácilmente y con menos repugnancia.

En efecto: poco después de publicarse el documento de los ex-diputados republicanos (en el cual iban de pareja las firmas de los que habían sido implacables enemigos y se habían hecho objeto mutuamente de las más graves y denigrantes acusaciones), empezóse a decir que, toda vez que se había pactado la coalición, la lógica y la conveniencia política exigían que se extendiera a Barcelona. La campaña en este sentido era movida por los mismos directores del partido, que estaban representando una pobre comedia. Hicieron que la juventud del partido iniciara la idea de que el pacto fuese extendido a Barcelona, con el objeto, según su pensamiento, de ir preparando a la gente, de convencerla poco a poco

para que bebiera el líquido amargo. Gracias a la presión y a los trabajos de zapa de los directores del partido, la Junta Municipal acordó aceptar la coalición que Alejandro Lerroux ofrecía, no sin la protesta de algunos de sus miembros, como don Francisco Layret, y de la dimisión de otros.

La masa del partido, sin embargo, seguía siendo en gran mayoría contraria a la coalición. Para que transigiese con ella fueron convocadas numerosas reuniones, en las cuales los señores Corominas y Carner hicieron los mayores esfuerzos para convencer a sus correligionarios. La actitud de Jaime Carner era la que más asombro causaba. Desorientados por lo que veían y apenas creían, muchos soldados de fila del partido acabaron por aceptar, a regaña dientes, la coalición, puesto que un hombre del prestigio de Carner la preconizaba. Indudablemente, si Carner no hubiese puesto su nombre y su prestigio en la balanza, la coalición con los radicales de Barcelona no se hubiera realizado.

La actitud de Pedro Corominas era aún más incoherente y contradictoria. Pocos días antes de pactarse la coalición en San Gervasio, manifestaba a todos cuantos querían oirle que él era partidario de ir a las elecciones en coalición con la *Lliga Regionalista*. Incluso se había puesto al habla, sobre el particular, con el señor Prat de la Riba. ¿Cómo podía creerse en su sinceridad cuando, al cabo de una semana y sin que hubiera sobrevenido acontecimiento político ninguno, ponía su firma al lado de la de Lerroux, llamando al pueblo a la guerra santa contra la *Lliga?*

Para explicar de algún modo su contradicción flagrante, iba diciendo Corominas, en tono lastimero, que él era contrario a la coalición, que eran sus compañeros quienes la habían pactado, y que él había ido a San Gervasio "como un gato al cual tiran de la cola", según una pintoresca frase suya que aquellos días repitió a porfía. "A lo que me opongo decididamente, intransigentemente—añadía,—es a que la coalición se realice en Barcelona. Por aquí yo no paso. Antes renunciaría a ir en candidatura. Yo no quiero que mi nombre figure junto con los de Lerroux y Emiliano Iglesias en una misma papeleta electoral". Sin embargo, días después, Pedro Corominas aceptaba y defendía públicamente la coalición en Barcelona.

Evidentemente, el manifiesto de San Gervasio no declaraba los verdaderos motivos de la coalición. No podemos considerar como tales, en efecto, las vaguedades sobre el interés de la causa de la República y sobre la política absorbente de la *Lliga*.

La génesis de la coalición fué un poco obscura. Habían preparado el terreno algunos intentos y proyectos de coalición con los radicales que había concebido, en la U. F. N. R., el señor Lluhí y Rissech, apoyado por un pequeño número de correligionarios. El pensamiento de Lluhí, aún siendo a nuestro entender equivocado, era noble y lleno de desinterés. Defendía Lluhí una coalición en determinadas condiciones, con una finalidad y un plan de conjunto, no una coalición incondicional y sin objeto ni orientación, como la que se pactó después. Mientras Lluhí sostenía su idea,

Corominas fué acérrimo enemigo de ella. Con motivo de las elecciones municipales de 1913, algunos elementos sueltos propusieron ya en la Asamblea del partido la coalición con los radicales, a la cual se oponía Corominas. La proposición fué rechazada por una gran mayoría.

Cuatro meses más tarde, la coalición se llevó a cabo por los mismos que la habían combatido siempre.

La coalición se había pactado con la esperanza de obtener un ruidoso triunfo. Los prohombres de la U. F. N. R., no sólo creían asegurar sus actas, sino que confiaban en que se produciría un nuevo resurgir republicano que daría a los coaligados la supremacía en la política de Cataluña, supremacía que la *Lliga* poseía. Corominas, con su habitual falta de clarividencia, decía: "Nuestra coalición con los radicales producirá en Cataluña un formidable movimiento republicano que lo arrastrará todo".

Sucedió lo que debía suceder. Una gran parte de los electores barceloneses de la U. F. N. R. se abstuvo de votar, y aún algunos votaron la candidatura regionalista, con el deseo no ocultado de contribuir a la derrota de la coalición.

Y esta fué derrotada. Prodújose el fenómeno extraordinario de que, al sumar sus fuerzas el partido radical y la U. F. N. R., la suma dió un resultado inferior al número de los votos obtenidos por el primero en las anteriores elecciones. Salieron elegidos por la mayoría los cinco candidatos de la *Lliga* y por la minoría Giner de los Ríos y Corominas. Lerroux se

habría quedado sin acta, si el Gobierno de Dato no le hubiera adjudicado la del distrito de Posadas.

**Disolución de la U. F. N. R.**—La coalición con los radicales mató moralmente a la U. F. N. R. Esta, sin embargo, estaba ya enferma de consunción desde mucho tiempo antes. La coalición fué como la aplicación de un remedio desesperado, cuyo único efecto consistió en precipitar la muerte.

Los grupos que formaron en 1910 el partido unificado, no llegaron a fundirse en espíritu. Cuestiones de ideas, de procedimientos y de personas, mantenían la discordia en el seno de la Unión. Al constituirse el partido, eran los nacionalistas republicanos los que aportaron un mayor capital político, sobre todo por lo concerniente a la masa. El nacionalismo republicano tenía fuerza y prestigio en la opinión y contaba con muchos miles de adictos en el cuerpo electoral. La Unión Republicana tenía un lucido estado mayor, pero al entrar en la Solidaridad perdió casi todos sus soldados de fila, que se fueron con Lerroux; y el partido federal, que contaba con algunos fuertes núcleos en las comarcas catalanas, no tenía otra gente en Barcelona que algunos incondicionales amigos de Vallés y Ribot y unas docenas de abnegados adoradores de la memoria y el programa de Pi y Margall.

Desde el comienzo, los grupos de Unión entraron en lucha, primero sorda y luego abierta, por el predominio dentro del partido.

Pocas veces había unanimidad en la apreciación de las cuestiones de actualidad, ya fuesen de política local, ya de política catalana, ya de política general

española. La indisciplina hízose endémica, el malestar creciente. Y Pedro Corominas, *leader* del partido, no era ciertamente el hombre que podía resolver esta situación difícil.

Por imposición de una parte considerable del antiguo grupo de la Unión Republicana, la U. F. N. R. ingresó, el año 1912, en la Conjunción republicano-socialista, cuyo prestigio no era ya muy brillante en aquella fecha. El acuerdo no hizo sino daño al partido. Los antiguos nacionalistas republicanos, procedentes casi todos del campo catalanista, lo vieron con malos ojos.

La orientación insegura de la U. F. N. R., sus querellas intestinas, la pasividad de sus prohombres, hicieron que la masa del partido—que era, repitámoslo, catalanista,—perdiera la fe y se retrajera cada vez más. Así se explica que los 24.000 votos de las elecciones municipales de 1909 quedaran reducidos a 12.000 en las de 1913.

Cuando se pactó la coalición con Lerroux, habían ya abandonado el partido un buen número de prohombres, algunos para ingresar en el reformismo y otros para encerrarse en sus casas. La coalición fué el hecho decisivo que determinó la muerte de una fuerza política que en plena juventud había llegado a ser decrépita.

Empeñáronse, no obstante, los sobrevivientes del naufragio en hacer vivir al partido muerto. La ficción duró algunos meses, hasta que, derrotada nuevamente la coalición en las elecciones municipales de 1915 y en las generales de 1916, Pedro Corominas,

al quedarse sin acta, junto con Carner y Saltavella, a pesar del apoyo del Gobierno liberal, renunció a la dirección de lo que era una sombra de partido y se retiró de la actuación política.

**Transformación de la «Unió Catalanista».** — En el período posterior a la Solidaridad, la actuación de la *Unió Catalanista* no fué muy intensa. La fuerza numérica de la vieja entidad había decrecido notablemente. Los nuevos partidos de derecha e izquierda la habían desangrado. Por otra parte, el sentido político que mantenía la *Unió* había envejecido. Los tiempos ya no eran sus tiempos. Y aún cuando su presidente, el doctor Martí y Juliá, pura alma de patriota, siguió con abnegación la labor de apostolado nacionalista, rodeado de un grupo de jóvenes, reducido en número pero rico de entusiasmos, la *Unió* daba la impresión de una entidad en vías de extinción lenta.

Convencido Martí y Juliá de que el viejo carácter de la *Unió* resultaba anacrónico, concibió el audaz proyecto de transformar su carácter por entero. Y, de conformidad con sus ideas personales, propuso la adopción de un programa político y social plenamente izquierdista. Este programa, contenido en el mensaje que la Junta permanente de la *Unió* presentó en el Consejo general de 1915, comprende la separación de la Iglesia y el Estado, la forma de gobierno republicana y los principios del socialismo internacional.

Aprobado el nuevo programa, que hizo de la *Unió Catalanista* algo radicalmente distinto de la antigua entidad, prodújose un renacimiento optimista. Un

grupo de jóvenes de valía empezó a actuar bajo la nueva bandera. Decidióse tomar parte en las luchas electorales. Trabajóse para la creación de un gran diario.

El renacimiento fué fugaz. Las nuevas empresas soñadas eran superiores a las fuerzas de la *Unió*. El noble intento no dió más que resultados parciales, insuficientes. Muchos de los adeptos del partido, catalanistas sentimentales, no llegaron a identificarse con el nuevo carácter izquierdista de la *Unió*. La convicción de que ésta era una fuerza muerta, un valor caducado, llevó a Martí y Juliá a proponer su disolución. El Consejo general de 1916 no aceptó la idea. Y hoy la *Unió Catalanista* sigue viviendo, con más entusiasmos que fuerzas, manteniendo el programa nacionalista-socialista, herencia de Martí y Juliá, actualmente alejado de aquélla.

**El «Bloc Republicà Autonomista».** —Uno de los más prestigiosos hombres de la U. F. N R., Francisco Layret, procedente de la Unión Republicana, no había querido pasar por los tortuosos caminos de la coalición con Lerroux. De momento, no creyó oportuno manifestar públicamente su disconformidad. Esperó que la política coalicionista se hundiera por sí misma, como fatalmente debía suceder. Y cuando el fracaso sobrevino, con la derrota electoral de la coalición y la desbandada de la masa del partido, alzó la bandera anticoalicionista y con ella acudió a la Asamblea catalana de la U. F. N. R. Ratificada por ésta la coalición, Layret abandonó el partido, junto con un grupo de amigos.

Poco después, puestos de acuerdo Layret y el diputado por Tortosa, Marcelino Domingo, constituyóse el *Bloc Republicà Autonomista*, en el cual entraron elementos de la disuelta U. F. N. R., que forman su mayor contingente, y algunos republicanos procedentes del campo radical, entre ellos el señor Valentí Camp, que es el intelectual de más valía que Lerroux conservaba a su lado.

El *Bloc Republicà Autonomista*, en sus ideas, no presenta diferencias esenciales con la disuelta U. F. N. R. Sostiene el doble ideal republicano y catalán, con tendencias federales. Algunos de sus elementos sienten el nacionalismo. Otros, la mayoria, no pasan de ser catalanizantes. Layret es uno de los que mayor contenido nacionalista pone en sus ideas y en sus propagandas.

Su espíritu salmeroniano, del cual ha conservado la austeridad y la honradez política, ha asimilado sin dificultad los sentimientos y las ideas del nacionalismo catalán, que en su matiz liberal y amplio recibe la confirmación de las corrientes actuales de la política europea.

En cuanto a Marcelino Domingo, hállase situado espiritualmente en la esfera de la política española, aún cuando sostiene dentro de ella una gallarda actitud de radical oposición ante las vergüenzas de la política dinástica. Federal, pimargalliano, libre de la superstición españolista, acepta las reivindicaciones políticas del nacionalismo. Su autonomismo catalán es más cerebral que cordial.

Figura asimismo en el *Bloc* Angel Samblancat,

este joven extraordinario, gran escritor, de una belleza y vibración de estilo jamás superados, de una agresividad violenta y virulenta. Por sus ideas y por su temperamento, Samblancat desborda, digámoslo así de su partido. Aragonés por el nacimiento, es catalán por el alma y por la voluntad. Su catalanismo es profundo y sincero, y llega en este punto tan lejos como pueda llegar el catalán más radical y exaltado. No está de más observar, sin embargo, que la cualidad de aragones de Samblancat es superficial, aparente. Es natural de Graus, antigua población de lengua catalana, como su mismo nombre revela, y donde todavía hoy se habla una mezcla de catalán y castellano. Sus apellidos denotan que su ascendencia no es aragonesa, como no lo era evidentemente la de Joaquín Costa, también natural de Graus y cuyo apellido es notoriamente catalán.

**El Gobierno liberal contra la «Lliga».** — El "año heroico de la *Lliga*", ha llamado Cambó al año 1916 en un reciente discurso. Y es verdad. Ha sido el 1916, para la *Lliga*, el año de más audaces campañas, de mayor lucha, de mayores peligros y de mayores triunfos.

El Gobierno del conde de Romanones, y particularmente el ministro de la Gobernación, señor Alba, declaró la guerra a la *Lliga*. Desde el Gobierno civil de Barcelona y desde los Ministerios y Direcciones generales de Madrid se hizo una obstrucción sistemática a la Diputación de Barcelona, presidida desde 1907 por Prat de la Riba, a pesar de que en la mayoría que gobierna este organismo figuran los di-

putados provinciales de los partidos del turno dinástico, el liberal y el conservador.

Las elecciones generales dieron ocasión al Gobierno para realizar una gran ofensiva contra la *Lliga*, un ataque a fondo que rompiera el frente regionalista, como podríamos decir usando de uno de esos símiles que la guerra europea sugiere. La finalidad que se perseguía era quebrantar la fuerza de la *Lliga*, obstruccionar la obra catalana de Prat en la Diputación y en la Mancomunidad y hacer impotente a la minoría regionalista del Congreso, reduciéndola a dos o tres diputados.

Para realizar el plan, el señor Alba buscó aliados en Cataluña mismo. Con los radicales de Lerroux podía contar ya, pues éstos, en la lucha contra el catalanismo, constituyen la "policía indígena", según la donosa frase de Puig y Cadafalch. Esta vez se gestionó el ingreso de otro aliado en la coalición antirregionalista: la U. F. N. R., la izquierda catalana.

Después de la caída de la coalición con Lerroux, puestos ya en la pendiente, los directores de la *Unió Federal Nacionalista Republicana*, o de los restos de ésta, aceptaron el trato. Sus candidatos a la diputación a Cortes recibieron el apoyo del Gobierno. Y todos juntos, ministeriales, autoridades, lerrouxistas y federales nacionalistas dieron el asalto a la fortaleza de la *Lliga*.

La existencia del pacto entre la izquierda y el Gobierno—el pacto de la Castellana, como se le llama en Cataluña,—fué confesada, en cierto modo, por Jaime Carner en uno de sus discursos de propaganda elec-

toral en el distrito de Vendrell. Luego en pleno Parlamento, la reconocieron, muy explícitamente, Alba y Rodés.

Hemos hablado ya del resultado de estas elecciones. El fracaso de la ofensiva contra la *Lliga* fué completo. La *Lliga* volvió a triunfar en Barcelona. Sostuvo y aún mejoró sus posiciones en los distritos comarcales.

El pacto de los hombres de la U. F. N. R. con el Gobierno liberal acabó de apartar a la opinión catalana de aquel partido moribundo y dió nuevas fuerzas a la *Lliga*. Esta, después de pasarse los jefes de la izquierda al campo enemigo, apareció como la única fuerza política eficiente del Nacionalismo catalán.

Lo sucedido en este caso prueba el grado de conciencia y de alta civilidad a que ha llegado la opinión catalana. El cuerpo electoral, en Cataluña, y sobre todo en Barcelona, no es una masa inerte a la cual se mueve como se quiere. Tiene sentimientos e ideas propios, posee una viva sensibilidad, y no permite que se empleen impunemente las bajas tramoyas del escenario político y electoral. El hombre más popular, el jefe más respetado y prestigioso, fracasa aquí cuando prescinde de los sentimientos de los ciudadanos que le siguen. Fuera del lerrouxismo, partido exótico, no hay aquí seguidores incondicionales de tal o cual hombre o partido. Es este hecho una manifestación de la independencia y dignidad de espíritu que es una de las características de nuestro pueblo.

**La Fiesta de la Unidad Catalana.**—Para celebrar su triunfo electoral, los regionalistas, excelentes directores de escena en política, organizaron en el Parque Güell un banquete de 5.000 cubiertos, con el propósito de que resultara un acto de gran resonancia.

A este acto lo bautizaron con el nombre de *Festa de la Unitat Catalana.* No querían decir con esto—como alguien creyó erróneamente—que ellos se atribuyeran la representación de la totalidad de la opinión catalana. No proclamaban la convergencia de todas las tendencias catalanas bajo su bandera. Se referían a la unidad territorial de la Cataluña del Principado, ya que tomaban parte en el acto correligionarios de todas las comarcas.

La candidatura que fué presentada en la circunscripción de Barcelona tenía ya este sentido de unidad, de integración catalana. En ella figuraban nombres pertenecientes a Barcelona, a Gerona, a Tarragona y a Lérida.

En los discursos pronunciados en aquel acto, se acentuó la nota nacionalista. Empleando el término mismo usado en otra ocasión por el señor Cambó, diremos que en los discursos del Parque Güell, y especialmente en el del *leader* regionalista, hubo repetidas estridencias, o estridores, como quieren que se diga los puristas de la lengua castellana.

Nosotros no damos, claro está, ningún sentido de censura o de exageración a la palabra estridencias. No entendemos por tales las demasías de lenguaje y los insultos. En este sentido el catalanismo no ha

sido estridente jamás, ni han empleado estridencias sus hombres autorizados o responsables. Entendemos por estridencias, los conceptos duros, las palabras crudas, los radicalismos de expresión y el desnudo radicalismo de las ideas. A nuestro entender, los movimientos nacionalistas, como todos los movimientos políticos movidos por un ardiente ideal, son estridentes a los oídos del adversario. Su estridencia es natural. El nacionalismo es por naturaleza estridente, como lo es el socialismo. Para que no lo sea, hay que ponerle sordina.

Y de la sordina que había puesto la *Lliga* en sus campañas, desde la Solidaridad hacia acá, se prescindió en el Parque Güell. ¿Por qué? Porque la conducta prudente y la moderación de la *Lliga* durante nueve años no había logrado desarmar, ni en todo ni en parte, las hostilidades y las prevenciones del enemigo. Sostenían muchos políticos, entre ellos algunos políticos catalanes, que el lenguaje y la táctica política de los catalanistas, eran el verdadero obstáculo para la realización de sus legítimas aspiraciones. Se decía a los catalanistas: "Si ustedes no hablaran tan agresivamente, si dejaran su táctica localista y exclusivista para adoptar los puntos de vista generales de la política española, si adoptaran temperamentos de concordia, podríamos llegar a un resultado satisfactorio para todos".

Pues bien: la *Lliga* adoptó estos puntos de vista y estos temperamentos. Por ellos fué acremente combatida en Cataluña, sin lograr que en Madrid cambiaran de actitud. Y es que la oposición centralista

a las reivindicaciones catalanas depende, no de la forma de formular nuestras demandas, sinó de la naturaleza de las demandas mismas.

Lo que más sensación causó y más indignó a los políticos y a la prensa de Madrid fué el párrafo del discurso del señor Cambó en el cual éste hizo referencia al planteamiento internacional de la cuestión nacionalista catalana. Hé aquí lo que dijo el *leader* de la *Lliga*:

"Es preciso que esto acabe. Es preciso en interés de España, que todos los españoles se encuentren bien dentro de ella, y que los delegados que representen a España en las negociaciones que quizás hagan modificar el mapa político de Europa, puedan decir que hablan en nombre de España, y no se produzca el caso de que se oiga una voz potente que diga alta y terminantemente que no hablan en nombre de Cataluña".

Pronunciadas en el momento de abrirse las Cortes, estas palabras, que se interpretaron en el sentido de que Cataluña mandaría representantes propios a la Conferencia de la paz y en las que se vió una amenaza de apelar a la intervención extranjera, caldearon en grado extremo las pasiones de los adversarios del catalanismo. La nueva minoría de la *Lliga* entró en las Cámaras rodeada de un ambiente general de hostilidad y de animadversión. Los discursos de la Fiesta de la Unidad fueron considerados como la vuelta a la época de las estridencias.

**El Nacionalismo en el Congreso.**—El problema catalán ha sido planteado repetidamente en el Parla-

mento español desde que don Raimundo de Abadal, actual senador y presidente de la *Lliga,* elegido en 1899 como diputado independiente por el distrito de Vich, hizo en el Congreso una sincera y valiente exposición de las ideas y las aspiraciones del catalanismo. Entonces las palabras de Abadal fueron escuchadas con sorpresa y casi con escándalo por los diputados. Sólo Pí y Margall estuvo al lado del orador catalanista, y aún le felicitó por sus discursos.

Sin embargo, la exposición del problema catalán que hizo Cambó con motivo del debate político suscitado en el mes de junio de 1916 en el Congreso, tuvo el carácter de una novedad desde el punto de vista parlamentario. Desde sus primeras frases, el orador adoptó una posición netamente nacionalista, renunciando a los términos y expresiones anfibológicos y diciendo las cosas desnuda y crudamente. Abandonó la posición regionalista, tan cómoda como ineficaz, y habló en términos tales, que todos los nacionalista de Cataluña, aún los más radicales y hoscos, podían suscribir sus palabras. La afirmación de la nacionalidad catalana, con todas sus consecuencias, fué hecha por Cambó ante el Parlamento español con una claridad y un vigor jamás igualados. De una manera categórica rechazó la política asimilista de Castilla, que es algo mucho peor que el centralismo político, y contra la cual se eleva la protesta y el contra-ataque del nacionalismo catalán.

Contra lo que muchos esperaban, el discurso de Cambó no produjo tempestades parlamentarias, ni escenas violentas. Y eso que, lejos de rectificar sus

declaraciones del Parque Güell sobre la apelación o invocación de Cataluña a Europa, las ratificó formalmente, en su sentido verdadero, leyéndolas en lengua catalana y traduciéndolas después al castellano. Pocas veces habrá hablado un político en el Parlamento en circunstancias tan desfavorables. Y, no obstante, fué escuchado con respeto y hasta conquistó simpatías valiosas en el país. El triunfo de Cambó fué debido a sus dotes de orador, a la firmeza de su expresión, a la franqueza de sus palabras, y, sobre todo, a la fuerza de convicción que ponía en ellas el ideal de Cataluña.

En aquella ocasión quedó demostrado que las atenuaciones de las ideas por razón de táctica y que la sordina puesta a la expresión del propio pensamiento, son cosas supérfluas cuando no perjudiciales. La sinceridad es una gran fuerza. La afirmación rotunda de un ideal noble, por mucho que espante, conquista el respeto del adversasio, mucho más que los disimulos y las vulgares habilidades.

En el Senado, Abadal había también hablado pocos días antes con igual claridad y valentía. Y el conde de Romanones, que en un principio pronunció aquella desgraciadísima frase de que sobre la petición de autonomía política no admitía ni el diálogo, tuvo que desautorizarse a sí mismo y que dialogar largamente con Cambó, a trueque de probar su vacuidad mental y su cultura paupérrima.

Esto no quiere decir, naturalmente, que los diputados y los políticos centralistas quedasen convencidos. Ni siquiera se modificaron sus íntimos senti-

mientos y sus arraigados prejuicios. Y así, poco después, al plantear el señor Cambó el debate sobre el libre uso oficial y privado del idioma catalán en Cataluña, las pasiones estallaron y hubo en la Cámara encrespamientos de tempestad.

A nuestro entender, la campaña de la *Lliga* durante el año 1916, no modificó en lo más mínimo las respectivas posiciones de las fuerzas en lucha alrededor del problema catalán. Pero dió a este problema una mayor claridad y, sobre todo, vigorizó la convicción patriótica del nacionalismo catalán, preparando así nuevas campañas fructíferas y nuevos avances de nuestro ideal.

**Cataluña ante la guerra.**—No queremos cerrar este capítulo sin hablar de la posición de Cataluña ante la gran guerra del mundo.

Una vez más las dos almas, la castellana y la catalana, se revelan contradictorias. Castilla, o la España castellana, es predominantemente germanófila. Cataluña es predominantemennte aliadófila, y francófila sobre todo.

Es evidente que ni en Castilla ni en Cataluña hay unanimidad en este punto. Existe en Castilla una minoría de aliadófilos, como existe en Cataluña una minoría de germanófilos. Pero la España castellana se caracteriza por su tendencia favorable a Alemania, mientras Cataluña se caracteriza por su tendencia favorable a los pueblos de la *Entente*.

Donde más fuerte es la tendencia aliadófila es en el catalanismo, tanto en el de la derecha como en el de la izquierda. Y el catalanismo es lo más propia-

mente catalan que tiene Cataluña. Si, en general, hay entre nosotros la división de los dos grupos, en la Cataluña catalana, en la verdadera Cataluña, hay una cuasi unanimidad a favor de los aliados. No faltan algunos catalanistas germanófilos, pertenecientes casi todos a la derecha; pero constituyen una excepción.

Y no se vaya a pensar que esto sea debido a la creencia o a la esperanza de que los aliados, y Francia especialmente, darán a Cataluña la independencia o la autonomía. La razón profunda de las simpatías catalanas hacia los aliados está en la sensibilidad y el ideario de nuestro pueblo, mucho más afines con los de las naciones occidentales que con los de los Imperios del centro. Castilla, al contrario, está mucho más cerca, por su tradición y por su carácter, de la concepción política de los Imperios centrales. No sin razón ha afirmado Jaime Brossa que hay en la política de Castilla un cierto prusianismo.

Desde que la guerra empezó, los sentimientos de Cataluña se han exteriorizado repetidamente. Hánse publicado manifiestos y celebrado numerosos actos de simpatía y adhesión a los aliados. El más ruidoso de estos actos fué la excursión de un grupo de prestigiosos literatos y políticos de Barcelona a la ciudad de Perpiñán, en 1916.

Por lo que hace referencia a cierto ambigüo manifiesto del llamado "Comité de Amigos de la Unidad moral de Europa", fundado en Barcelona, hay que decir que, aún cuando lo firmaban algunos aliadófilos notorios, sus iniciadores realizaban—que-

riéndolo unos, sin quererlo otros, — una labor germanista. Muchos de los firmantes, al percatarse del sentido que se intentaba dar al Comité, se apartaron de él. Rectamente interpretada, la idea de la unidad moral de Europa es noble y alta. Pero deja de serlo cuando se pretende defender con ella la impunidad de los crímenes cometidos y el olvido de las justas sanciones y reparaciones.

En Cataluña, esta tendencia no ha logrado hacer prosélitos en la opinión.

El pueblo catalán está, decididamente, al lado de los aliados. El actual presidente de la *Unió Catalanista,* Amadeo Peig, ha podido decir en un reciente discurso, que si Cataluña fuese hoy un Estado independiente, no permanecería neutral.

El número relativamente crecido de voluntarios catalanes que luchan en la Legión extranjera de Francia, prueba la fuerza y la pasión que en sus sentimientos aliadófilos pone nuestro pueblo. Muchos de esos voluntarios son jóvenes catalanistas que dan su sangre por la libertad de los pueblos oprimidos, según declaran en sus cartas. En la ofensiva del Artois, el año 1915, murió el escritor catalanista Pedro Ferrés y Costa, cuyos trabajos acaban de editar sus amigos en un libro titulado *Proeses d'amor i patriotisme.* En la batalla del Somme fué herido gravemente Camilo Campanyá, ex-presidente de la Juventud Catalanista de Barcelona. Aún los que no compartan los entusiasmos y las tendencias de estos voluntarios, deben descubrirse con respeto ante su heroismo, su sacrificio y su abnegación.

# PARTE TERCERA

---

# EL PANCATALANISMO

# CAPITULO I

## En el Principado de Cataluña

DEL REGIONALISMO AL NACIONALISMO.—LA UNIDAD NACIONAL CATALANA.—EL LAZO DE LA LENGUA.

**Del regionalismo al nacionalismo.**—La concepción regionalista de la cuestión catalana, representada por el catalanismo literario de los Juegos Florales, por el catalanismo político de Valentín Almirall y aún por el de las bases de Manresa, fué superada en la última década del pasado siglo por la concepción nacionalista.

Por más que en los patriotas del período regionalista hay a veces la fugaz intuición del nacionalismo, éste no es afirmado rotundamente hasta Prat de la Riba. Muy joven todavía, Prat entró en el catalanismo sosteniendo la concepción nacional de nuestro problema. En 1890, cuando no contaba veinte años, redactó el discurso presidencial del *Centre Escolar Catalanista,* en el cual se hacía ya la afirmación de la nacionalidad de Cataluña. En la Asamblea de

Manresa (1892), de la que fué secretario, Prat de la Riba presentó enmiendas a algunas bases, que él consideraba expresión del criterio regionalista, y al cual oponía el criterio nacionalista.

En pocos años, la concepción nacionalista tomó la ventaja. El nombre de "regionalista", adoptado por la *Lliga* al constituirse en 1901, no fué más que la etiqueta vieja puesta, por razones oportunistas y de conveniencia, en el frasco nuevo.

**La unidad nacional catalana.**—Una de las consecuencias del paso del regionalismo al nacionalismo ha sido, natural y lógicamente, la aparición del ideal pancatalanista. Afirmada la existencia de Cataluña-nacionalidad, y no ya de una simple región, hallóse que esta nacionalidad no se limitaba, como la región de los antiguos catalanistas, a las tierras del Principado, divididas en las cuatro provincias burocráticas de Barcelona, Lérida, Gerona y Tarragona. Apareció con evidencia que la nacionalidad catalana es el conjunto del territorio poblado por nuestra raza y donde resuena nuestra lengua.

Y de ahí ha nacido el pancatalanismo. Para el nacionalismo catalán, Cataluña es una nación formada por cuatro regiones: el Principado de Cataluña o Cataluña estricta, Valencia, las Baleares y el Rosellón.

La concepción regionalista de la cuestión catalana no permitía afirmar esta unidad superior. Según ella, el Principado de Cataluña es una región de España, y Valencia otra región y las islas Baleares otra región, como Castilla, Aragón, Andalucía y

Extremadura. A las tierras de Valencia y Mallorca se las consideraba tierras hermanas. El nacionalismo va más allá: las considera una misma tierra, una misma patria que Cataluña.

Hoy, el catalanismo es completa y hondamente pannacionalista. En ese camino se ha avanzado mucho en los últimos tiempos. No hace aún tres años que nosotros mismos, al ocuparnos del movimiento catalán en el tomo tercero y último de nuestra *Historia dels moviments nacionalistes* (1), escribíamos:

"Las regiones que, dentro del territorio español son trozos de Cataluña, de la Cataluña total y nacional—Valencia y las Baleares—han perdido la conciencia de su nacionalidad catalana; pertenecen, espiritualmente, a Castilla, y sienten más bien desafecto por Cataluña. En la hipótesis de una solución federal, Valencia y las islas Baleares constituirían seguramente Estados particulares de la Federación. El pancatalanismo solo es hoy una vaga aspiración, flotando en las posibilidades de la historia futura".

Poco tiempo ha transcurrido desde que escribimos las anteriores líneas. Y, sin embargo, el pancatalanismo, va saliendo ya de su vaguedad, va precisándose. Falta aún muchísimo para que llegue a influir en las posibles soluciones prácticas de la política; pero por ese camino anda.

**El lazo de la lengua.**—La raíz más profunda del pancatalanismo es, indudablemente, la comunidad del idioma. Porque el idioma es el lazo vivo que une

(1) Barcelona, 1912-1914. Volumen III, página 225.

a todos los catalanes de la ancha Cataluña nacional. Y a pesar de todas las desviaciones, de todas las vicisitudes, de todas las contrariedades, la lengua mantiene la profunda unidad espiritual de nuestra nación.

Por la comunidad de idioma se llegará a la futura unidad política. Los hermanos que un día se separaron del hogar común y parte de los cuales ha perdido el recuerdo del pasado, volverán a oir las voces de la sangre, de la historia y del ideal. Aquel verso profético de Maragall,

*s'acosta el día que serem tots uns*

tiene su perfecta aplicación, más que a los habitantes de un soñado Imperio pirenaico, a los catalanes del Principado, de Mallorca, de Valencia y del Rosellón.

En el año de 1916 se constituyó en Barcelona una entidad esencialmente pancatalanista, de la cual forman parte representantes de todas las regiones catalanas.

Así, en función de la nacionalidad catalana, el nombre de "regiones" tiene correcta aplicación. Y, como no podía menos de ser, la enseña en torno a la cual se han congregado catalanes del Principado, mallorquines, valencianos y rosellóneses, es la lengua. La entidad de que hablamos se titula "Nostra Parla". (1)

(1) He aquí los dos primeros artículos de sus Estatutos: "Art. 1.º La asociación "Nostra Parla" ha nacido para lograr la unificación espiritual de Valencia, Mallorca, Rosellón

La *Diada de la Llengua catalana,* que se celebró el año 1916 como contestación a los ataques de que nuestro idioma fué objeto en el Senado con motivo de una interpelación del señor Royo Villanova, se ha celebrado nuevamente este año, sin relación con episodio alguno, y ha sido una fuerte manifestación de pancatalanismo. En el mitin que tuvo lugar en el *Palau de la Música Catalana* tomaron parte oradores de Cataluña, Valencia y Mallorca, y leyóse una carta de adhesión de Emmanuel Brousse, diputado de la Cataluña francesa.

---

y Cataluña. Se entenderá por unificación espiritual una compenetración de sentimientos y de intereses morales y materiales.

"Art. 2.º El argumento de más fuerza de "Nostra Parla" será la unidad de nuestra lengua. "Nostra Parla" tributará en todo momento un sagrado culto a esta lengua y procurará infiltrar a valencianos, mallorquines, roselloneses y catalanes la idea de que la lengua es nuestra propia esencia y que la unidad de la lengua expresa la unidad de naturaleza espiritual; y de aquí la necesidad de una indisoluble fraternidad para robustecer y elevar a nuestra Patria Integral".

## CAPITULO II

### En Valencia

EL REGIONALISMO LITERARIO. — EL NACIONALISMO. — LA TRANSFORMACIÓN DE "LO RAT PENAT". — LA LENGUA.

**El regionalismo literario.**—Al calor del renacimiento literario catalán, consolidado por la restauración de los Juegos Florales de Barcelona, prodújose en Valencia, en la segunda mitad del siglo pasado, un movimiento literario análogo al de Cataluña, aunque menos vigoroso y con menor número de adeptos.

Entre las manifestaciones de resurrección de las letras valencianas, de tan gloriosa tradición, distinguiéronse los autores de comedias y los poetas.

Los sainetes de Escalante se hicieron famosos. El teatro valenciano era de carácter popular, como el catalán en su primer período, representado por Federico Soler. Desde entonces, las comedias y sainetes en lenguaje valenciano han venido ocupando un lugar, por pequeño que fuese, en las representaciones teatrales de Valencia. Pero no ha habido ni hay tea-

tro valenciano organizado. En el drama, no han aparecido autores de empuje.

Tiene cierto valor la poesía valenciana durante este período regionalista. Vicente W. Querol fué un poeta no desprovisto de talento, y Teodoro Llorente es una figura prestigiosa en la literatura catalana renaciente.

Caracterízase este período del movimiento valenciano por la ausencia de toda tendencia política y por la pálida labor regionalista realizada. La unidad pancatalana no era sentida por los hombres de *Lo Rat Penat,* la vieja sociedad que fué el núcleo del movimiento, aislada en medio de una Valencia indiferente y burlona.

Es verdad que Querol y Llorente mantuvieron relaciones de amistad y camaradería con los literatos catalanes y que les vemos tomar parte en importantes manifestaciones en las cuales las tierras de la antigua Confederación, y aún sus hermanas las tierras provenzales, aparecían unidas. Así, sucedió, por ejemplo, en 1868, con ocasión de las fiestas catalano-provenzales.

Pero aquella hermandad que se evocaba era algo puramente histórico, nostálgico, contemplativo, sin valor actual, sin propósitos para el porvenir. No era aquello el pancatalanismo, el cual no es un recuerdo del ayer, sino una audaz esperanza para mañana.

En el regionalismo valenciano había algo enmohecido, artificial, yerto; y algo ridículo también. Aquellos regionalistas, eran al mismo tiempo militantes de los partidos de centralismo dinástico. Los Juegos

Florales de *Lo Rat Penat,* fundados en 1879, eran bilingües. Elegíase mantenedor-presidente, por lo regular, a un político de los partidos madrileños, que pronunciaba en lengua castellana su discurso.

En la prensa, publicábanse algunos periódicos populares, y más que populares, plebeyos, algunos de ellos bilingües, en los cuales se usaba un valenciano pobremente dialectal y ortografiado a la castellana.

**El nacionalismo.**—En los primeros años del siglo, coincidiendo con la plena entrada del catalanismo en la fase nacionalista, inicióse en Valencia un movimiento de carácter nacionalista también, y de mayor trabazón con Cataluña que el regionalismo de *Lo Rat Penat.*

En este movimiento nuevo podemos apreciar dos tendencias. Una, la valencianista, que proclama la Valencia-nación, o la Valentinia, como la llamaron algunos; otra, la pancatalanista, que sostiene la integración de Valencia en la Cataluña nacional y total.

Un reducido grupo de jóvenes entusiastas fué el sostenedor de esta última tendencia, que es, en verdad, la única bien orientada, y por esto mismo la única también que inspira algún cuidado a los políticos de Madrid y a los políticos valencianos de los partidos centralistas.

La tendencia pancatalanista empezó a manifestarse, como un inseguro balbuceo, en los periódicos *Valencia Nova, El Crit de Patria* y *Renaixement,* que fueron los primeros periódicos valencianos escritos con ortografía catalana.

Vinieron a representar esta tendencia la *Joven-*

*tut Valencianista* y el *Centre Regionalista Valencià*. Y aquí se echa de ver, una vez más, que no siempre los nombres dan idea de la realidad de las cosas. La Juventud que se llama valencianista pertenece a la tendencia pancatalanista; y los llamados regionalistas valentinos, al igual que los regionalistas catalanes de la Lliga, se orientan hacia el nacionalismo.

El primer valenciano que sostuvo francamente la unidad valenciano-catalana, o por mejor decir, la catalanidad de Valencia, fué el joven poeta Miguel Durán y Tortajada, quien en 1908 dió una serie de conferencias sobre cultura valenciana en diversas sociedades de Valencia, entre ellas el Ateneo. Varias de esas conferencias fueron dedicadas a la lectura comentada de *La Nacionalitat Catalana* de Prat de la Riba. En su última conferencia, que versó sobre la catalanidad de Valencia, proclamó el hecho de que la lengua valenciana es una variedad del conjunto del idioma catalán y que el territorio de la región valenciana forma parte del territorio nacional de la Gran Cataluña.

"Yo, valenciano — dijo — enamorado del lenguaje de Valencia, afirmo que mi idioma es el catalán. Yo, valenciano, nacido en Valencia, afirmo que mi patria es Cataluña".

La valentía de estas afirmaciones produjo en la ciudad de Valencia fuerte emoción y, entre ciertos elementos, indignación extraordinaria. Los más terribles denuestos cayeron sobre el conferenciante. Gabriel Alomar, desde Mallorca y en uno de sus

trabajos de *El Poble Català,* saludó aquella voz valenciana que reintegraba Valencia al conjunto de la Cataluña nacional.

Por razones de táctica, estos jóvenes pancatalanistas aceptan el nombre de valencianistas y de nacionalistas valencianos. La propaganda netamente pancatalanista choca con grandes obstáculos. Entre los mismos regionalistas y nacionalistas valencianos, son muchos los que se resisten a admitir la unidad nacional valenciano-catalana. Motivos de amor propio local en unos, en otros la aprensión de que la nueva tendencia implique una especie de subordinación a la Cataluña del Principado y especialmente a Barcelona, les hacen poco atractivo el generoso pancatalanismo de la juventud luchadora.

**La transformación de «Lo Rat Penat».**— Ese viejo refugio del regionalismo momificado, ha recibido en estos últimos años la infusión de la sangre joven. El grupo pancatalanista venía pidiendo, desde hace tiempo, que los mantenedores de los Juegos Florales que anualmente celebra dicha entidad, fuesen, por lo general, valencianos, catalanes del Principado, mallorquines o roselloneses, es decir, catalanes, en el sentido nacional de la palabra.

En 1910, aquel grupo rompió toda relación con *Lo Rat Penat,* por su quietismo conservador, por su vaciedad de sepulcro. Pero pronto la rancia sociedad tomó el nuevo camino. Después de muchos años de bastardeamiento, los Juegos Florales de 1913 significaron el triunfo de la tendencia de los jóvenes, dejando

de ser una parodia literaria provinciana, para convertirse en una fiesta patriótica de Valencia.

Aquel año, el Consistorio dispuso que los trabajos que se presentaran al concurso debían estar escritos en valenciano, o en cualquiera otra de las variedades del idioma catalán. A consecuencia de ello, vino la reconciliación entre los viejos regionalistas y los jóvenes nacionalistas. El mantenedor de los Juegos, por vez primera después de la castellanización de la fiesta, fué un catalán: el dramaturgo Ignacio Iglesias. La flor natural fué concedida a Durán y Tortajada, el más significado de los pancatalanistas valencianos. El discurso de Iglesias, en lengua catalana, provocó un gran entusiasmo. Merece citarse una innovación introducida aquel año en el ceremonial de los Juegos. En lugar de la Marcha Real española que era ejecutada en el momento de sentarse la Reina de la Fiesta en su trono, tocóse, como en los Juegos Florales de Barcelona, la Marcha del rey Juan II de Aragón.

El ideal nacional empezaba a hacer en Valencia prosélitos numerosos. Las filas de los pancatalanistas engrosaron con el ingreso de jóvenes entusiastas, nuevos aún en las luchas políticas.

Al comenzar el año 1915, la *Joventut Valencianista* publicó un semanario, *Patria Nova*, escrito en tonos vehementes, y del cual fueron el alma el poeta Eduardo Martínez Ferrando y Mariano Ferrandis Agulló. (Durán y Tortajada, ante la hostilidad de sus paisanos, había trasladado su residencia a Cataluña desde 1910).

El año 1915, los esfuerzos del caciquismo provinciano lograron desviar a los Juegos Florales de *Lo Rat Penat* del buen camino. Por indicación del ex-ministro conservador señor Bergamín, nombróse presidente de los Juegos a un obscuro señor Estrada, andaluz, desconocedor de Valencia y de su idioma.

Pero esta misma desviación sirvió para probar que los viejos tiempos de los Juegos Florales provincianos habían pasado. En efecto: el día de la fiesta, en el momento de empezar el presidente su discurso en castellano, oyéronse grandes voces de protesta, mezcladas con una silba estrepitosa. "*¡Que parle en valencià!*" gritaban los jóvenes nacionalistas. El escándalo fué enorme. Quedó interrumpido el discurso presidencial, y éste no pudo continuar hasta que la policía se llevó detenidos a los que protestaban. Los que habían llevado a Valencia, por manejos de política menuda, al señor Estrada, pasaron un rato amargo, que fué la pena de su pecado.

La protesta de los jóvenes nacionalistas surtió efecto. El año siguiente, o sea en 1916, fué elegido presidente de los Juegos Florales de *Lo Rat Penat* el diputado de la *Lliga,* señor Ventosa y Calvell, cuyo discurso en lengua catalana fué objeto de una ovación calurosísima.

La ceremonia del Puig (la colina cuya toma por el rey don Jaime I, en 1238, decidió la suerte de la ciudad de Valencia), celebrada en 1916, fué un acto de nacionalismo, aún cuando la intervención de algunas entidades oficiales y de algunos personajes descoloridos, le dió una apariencia de ambigüedad.

Es de notar que, desde hace algunos años, los nacionalistas valencianos conmemoran la fecha del 29 de junio de 1707, en que fueron abolidos por Felipe V las libertades del reino de Valencia.

**La lengua.**—El actual estado de la lengua catalana en el antiguo reino de Valencia es poco satisfactorio. La desnacionalización lingüística es muy fuerte, sobre todo en la capital y en las demás ciudades. El lenguaje de la ciudad de Valencia ha llegado a ser bilingüe para un gran número de gentes, en el sentido de que usan indistintamente el castellano y el valenciano—es decir, el catalán, en su variedad valenciana.—No es raro, por ejemplo, que entre valencianos se empiece una conversación en el lenguaje del país y se acabe en el lenguaje de Castilla, o viceversa. En las poblaciones rurales, el habla propia se conserva mejor. Hacia la parte de Castellón de la Plana, incluyendo la capital de la provincia, la desnacionalización lingüística es menos pronunciada.

Entre los jóvenes literatos de Valencia se acentúa la corriente que les lleva a incorporarse al movimiento general catalán.

---

## CAPITULO III

### En Mallorca

LA CONTRIBUCIÓN MALLORQUINA.— LA LITERATURA CATALANA EN MALLORCA.—EL ASPECTO POLÍTICO.—LA LENGUA.

**La contribución mallorquina.**—Esta tierra catalana insular que comprende las islas llamadas Baleares, aportó, desde los primeros tiempos del catalanismo, una espléndida contribución a la obra del renacimiento patrio.

Entre los nombres de los trabajadores del catalalismo literario, aparecen numerosos catalanes de Mallorca: Mariano Aguiló, Mateo Obrador, Jerónimo Rosselló, etc.

Es curiosísimo hacer notar que estos hombres siempre sintieron viva en su alma la comunidad con Cataluña. Su catalanidad es perfecta. Desde el comienzo del renacimiento catalán, los estudiosos y los intelectuales mallorquines han sentido la atracción de Barcelona. El número de hijos de Mallorca incorporados al ideal y a la literatura de Cataluña es considerable y valioso. La contribución de Mallorca

a la obra de la reconstrucción de la nacionalidad catalana está representado por un conjunto de nombres ilustres. Esta corriente que en Mallorca se ha producido, no ha llegado aún a iniciarse en Valencia. Y eso que hay en Barcelona una corriente inmigratoria valenciana; pero los valencianos que llegan son, generalmente, braceros. El fenómeno es totalmente ajeno al nacionalismo.

**La literatura catalana en Mallorca.**—Cuenta hoy Mallorca con un núcleo de egregios poetas: Costa y Llobera, Juan Alcover, Gabriel Alomar, Lorenzo Riber, etc. Y todos ellos son poetas plenamente catalanes. Han sabido resistir a la tentación del lenguaje dialectal, y han escrito sus versos en el lenguaje catalán literario. En eso se han separado de los literatos valencianos, que hasta estos últimos tiempos han dado preferencia al lenguaje dialectal de su región. La literatura contemporánea mallorquina está completamente identificada con la de la Cataluña estricta. Ciertas condiciones de sensibilidad y de estilo permiten juntar a los poetas de Mallorca en un grupo, que ha sido llamado "escuela mallorquina", caracterizada por la esbeltez de las formas y la diafanidad de la expresión. En este sentido, algunos poetas de la Cataluña peninsular pertenecen a esta escuela. Pero no hay en la literatura catalana de Mallorca—contenida casi toda en la poesía,—ninguna veleidad de localismo literario.

**El aspecto político.** — Toda esta brillantísima contribución de los catalanes de Mallorca al movimiento nacional, no pasa, sin embargo, del terreno

de la literatura y de la erudición. En este punto, Mallorca se halla en una situación parecida a la de la Cataluña del Principado en los primeros tiempos de los Juegos Florales. Y aún hay que señalar la diferencia de que la poesía catalana de aquel tiempo era de carácter histórico y patriótico, mientras que la poesía mallorquina, casi toda ella lírica, prefiere los temas del sentimiento y de la naturaleza.

Todo el catalanismo de Mallorca está, hasta hoy, en la literatura y en la erudición. Su contribución a estas ramas del renacimiento es de altísimo valor, como ya hemos hecho notar. Pero no ha venido todavía al caudal del ideal catalán la contribución política de Mallorca. Sus poetas son catalanistas. Pero hay todavía movimiento alguno en este sentido. Todo lo hecho hasta aquí no son más que intentos.

Hay motivos para creer, sin embargo, que la nueva corriente pancatalanista fecundará las tierras de Mallorca. Ya en 1900 se publicó un periódico, *La Veu de Mallorca,* en cuyas páginas el pancatalanismo parecía dibujarse vagamente. (1)

El camino que se ha hecho desde entonces es considerable. El semanario que con el mismo nombre de *La Veu de Mallorca* empezó a publicarse a primeros del año 1917, declarábase ya explícita y rotunda.

(1) Véase lo que decía en su artículo-programa:
"Pocos o muchos, nosotros somos los que constituimos la verdadera Mallorca, la Mallorca que fué libre en tiempos en que la riqueza, la cultura y la fama extendía por el mundo conocido su comercio y su industria. Entonces no era esclava; entonces no había sufrido el yugo de la brillante y absorbente Castilla: Cataluña, Valencia y Mallorca, eran hermanas".

mente pancatalanista. Y en el mes de enero del mismo año, la *Diada de la Llengua Catalana* fué celebrada por los mallorquines con un importante acto público celebrado en la ciudad de Inca.

**La lengua.**—El lenguaje catalán de las Baleares se conserva fuertemente. En este punto, gracias a su situación insular, Mallorca aventaja a la misma Cataluña del Principado. En la capital, el castellano se ha introducido como lengua oficial y pública. Pero el habla popular, sobre todo en el campo, tiene una espléndida vitalidad. El catalán de Mallorca, a través de su forma dialectal, es más puro que el catalán de la Cataluña peninsular. Y muchas de las palabras que hoy distinguen al dialecto mallorquín—dialecto dentro del idioma catalán, como son dialectos en este sentido el lenguaje barcelonés y el leridano—son palabras del catalán antiguo, desaparecidas del habla corriente de las tierras de la península y conservadas en Mallorca.

Las tierras de las Baleares, pues, están en excelentes condiciones para recibir la semilla fecunda del nacionalismo político.

---

# CAPITULO IV

## En el Rosellón

EL TERRITORIO DE LA CATALUÑA FRANCESA.—LA LENGUA.—EL RENACIMIENTO LITERARIO ROSELLONÉS.—LA HISTORIA DE CATALUÑA EN EL ROSELLÓN.

**El territorio de la Cataluña francesa**. — Forman la Cataluña francesa el antiguo condado del Rosellón, la mitad de la Cerdaña, el Conflent, el Capcir y el Vallespir. Pero generalmente, al hablar del Rosellón, se entiende la totalidad de las tierras catalanas cedidas a Francia por el tratado de los Pirineos, en 1659, y que forman hoy el departamento francés de los Pirineos orientales. Antiguamente, los condados del Rosellón y Cerdaña se consideraban incluídos en la denominación del Principado de Cataluña. Pero hoy debemos entender por Principado las cuatro provincias de España.

La población de la Cataluña francesa asciende a unos 200.000 habitantes. Su extensión es de más de 4.000 kilómetros cuadrados. La capital del departamento es la vieja ciudad catalana de Perpiñán.

Desde el punto de vista de nuestro tema, ¿cuál es

la situación de la Cataluña francesa? Por no existir allí movimiento político nacionalista, nos limitaremos a tratar de la lengua y la literatura.

**La lengua.**—¿En qué estado se encuentra hoy la lengua catalana en el Rosellón?

Debemos empezar confesando que el habla rosellonesa va extinguiéndose. El catalán retrocede y avanza el francés. Este retroceso y este avance no son territoriales, sino vitales. No se refieren a la extensión de las dos lenguas, sino a la intensidad de su uso. No disminuye el espacio de tierra donde se habla el catalán; la frontera lingüística de éste, en Francia, ha variado muy poco desde el siglo XVII hacia acá, como puede comprobarse cotejando los mapas de aquel tiempo y los atlas lingüísticos contemporáneos. Lo sucedido es que, dentro de los límites de su propio territorio, el catalán de la Cataluña francesa ha ido corrompiéndose, descomponiéndose, por efecto de la infiltración del francés, y que una buena parte de los habitantes del país, especialmente los pertenecientes a las clases acomodadas de la sociedad, han ido adoptando la lengua francesa.

La desnacionalización lingüística del Rosellón es fortísima. Como en las otras tierras de Francia de lengua no francesa, el habla propia tiende a desaparecer, empujada por la invasión creciente del lenguaje francés. Si el proceso de desnaturalización lingüística, en curso desde hace mucho tiempo, no se viese contrarrestado o detenido, al cabo de muy pocas generaciones no se hablaría en el territorio de la República más lengua que el francés. El catalán

del Rosellón moriría, como el provenzal, el lenguadociano, el bretón y el flamenco.

La fuerza de absorción del idioma francés en Francia, es mucho mayor que la del castellano en España. Escribe M. Leguiel que "el catalán rosellonés se ha transformado profundamente con el contacto del francés, y se transforma más y más, hasta que llegará un día, no demasiado lejano, en que el francés lo habrá suplantado completamente". (1) El doctor Fritz Holler, en un superficial estudio que forma parte del volumen de los trabajos presentados al Primer Congreso Internacional de la Lengua catalana (celebrado en Barcelona el año 1907), contradice las afirmaciones de Leguiel, pero no aporta ningún argumento, ni llega a convencer siquiera en parte. (2)

¿Sobrevendrá una reacción suficientemente enérgica contra este proceso de unificación? Hoy por hoy, es excesivamente peligroso contestar la anterior pregunta. Existen síntomas de renacimiento en algunas de las viejas lenguas particulares de Francia. Pero es difícil hacerse cargo de la transcendencia de estos renacimientos incipientes. No es imposible que tengan un ulterior desarrollo. Pero tampoco es imposible que se marchiten en su mismo capullo.

El habla rosellonesa de nuestros días ha llegado a un grado avanzado de descomposición. Más que una lengua, es un *patois*. Sufre el lenguaje catalán en el

(1) Leguiel: *Bolletí del Diccionari de la Llengua Catalana.* Julio de 1906. Pág. 102.

(2) Fritz Holle: *La frontera de la lengua catalana en la Francia meridional.* Pág. 335 del volúmen referido.

Rosellón una fatal anemia. El escritor rosellonés Horacio Chauvet, a quien podemos llamar catalanista, calcula en una proporción del 50 por 100 la parte de términos franceses que hoy contiene el lenguaje hablado en el Rosellón (1). Cuando se habla o se escribe el catalán correcto, la gran mayoría de los rosellone-ses, contando en este número a muchas personas ilustradas, lo entiende a duras penas. "A menudo oímos a rosselloneses de cierta cultura intelectual — dice Chauvet—quejarse de no entender ni poco ni mucho el estilo de los prosistas y poetas que colaboran en la Revista de la *Societé d'Etudes Catalanes,* o en *La Veu del Canigó*". (2)

Entre los mismos cultivadores de la lengua y de la literatura catalanas, hay muchos que son incapaces de pronunciar pasablemente un discurso en catalán. El escritor que firma *Jean-Paul* en *L'Independent,* de Perpiñán, declaraba que, con motivo de un banquete de felibres, había pretendido tomar la palabra en catalán y que, al hacerlo, se encontró con grandes dificultades. Y decía a los lectores:

(1) *Le probleme de la Langue Roussillonnaise.* Artículo publicado en *L'Indépendant,* de Perpiñán, del día 27 de mayo de 1911.

No obstante, es muy probable que la proporción calculada por H. Chauvet sea exagerada, pues éste, en el mismo artículo, cita como ejemplos de barbarismos los vocablos *muntar* y *gorir,* que son perfectamente catalanes.

Por lo visto, entre los escritores catalanes del Rosellón, sucede lo que antes sucedía, y aún sucede más o menos, en la Cataluña cispirenaica. Las palabras que allá se parecen a las francesas, como las que aquí se parecen a las castellanas, son calificadas de barbarismos y repudiadas, muchas veces sin razón.

(2) *Ibidem.*

"La mayoría de vosotros, sin duda imagináis que sabéis hablar catalán porque sostenéis una conversación de dos minutos en este idioma, porque os servís de él para dar una orden a los criados, o para vituperar a un carretero que os cierra el paso. ¿Queréis tener conciencia del desconocimiento escandaloso de la lengua catalana? No tenéis más que someteros a la prueba que yo acabo de sufrir. Levantaos, en medio de algunos amigos, y dirigidles una alocución en catalán. Inmediatamente quedaréis estupefactos y avergonzados al ver que os faltan las palabras o al comprobar que las que pronunciaréis no serán más que palabras francesas, a las cuales habréis puesto la ridícula nariz postiza de una asonancia catalana".

Refiere *Jean-Paul* que, después de publicado el artículo en que hacía tales afirmaciones, algunas personas quisieron probar la aventura, fracasando completamente. Estas personas debieron confesar que "es perfectamente cierto que sólo somos capaces de pronunciar algunas frases usuales en lengua catalana; pero el hablar en catalán, el pensar en catalán, nos es cosa imposible". (1)

Un artículo del director de *L'Indépendent,* Julio Escarguel, a propósito del teatro catalán en el Rosellón, coincide en afirmar la situación deplorable de la lengua catalana en aquella comarca. Dícese en este artículo, en efecto, que los perpiñaneses no están en condiciones de entender bien el lenguaje de los actores catalanes que, procedentes de Barcelo-

(1) JEAN PAUL: *Al nostre Rosselló.* Artículo publicado en *L'Indépendant,* de Perpiñán, del día 7 de enero de 1912.

na, dieron en Perpiñán una serie de representaciones de obras de nuestro teatro. (1)

Donde mejor se conserva el catalán es, naturalmente, en las poblaciones rurales, por más que también allí se hace sentir la fuerte influencia del francés. En muchas aldeas donde, unas cuantas décadas atrás, los curas hacían sus sermones en catalán, hoy los hacen en francés. Es significativa la costumbre seguida en algunas iglesias rurales, donde pronuncian en francés todos los sermones, excepto el de la misa primera, a la cual no suelen concurrir más que los viejos.

Como acostumbra a suceder en los procesos de corrupción de una lengua, lo más corrompido del catalán rosellonés es el léxico. La sintaxis está asaz deformada. Se conserva mejor la morfología. El catalán del Rosellón se ha convertido en un lenguaje plebeyo, bajo, grosero. "*La Llotja s'engitana*", ha escrito el poeta rosellonés José S. Pons, en una de las composiciones de su bella colección de poesías *Roses i Xiprés*.

**El renacimiento literario rosellonés.**—Durante la segunda mitad de la pasada centuria, prodújose en el Rosellón un comienzo de renacimiento literario. Escritores y poetas como Pedro Courtais, F. Marteau, J. Prepatx, Pedro Talrich, Boixeda, etc., cultivaron la lengua materna. La obra poética de Verdaguer tuvo en la Cataluña francesa una influen-

(1) J. Escarguel: *Le Théatre Catalan a Perpignan.* Número de *L'Indépendant* del 30 de marzo de 1912.

cia considerable. Algún tiempo después de la aparición de *L'Atlàntida* se celebró en Banyuls una fiesta literaria catalana. En un círculo reducido de amigos de la literatura catalana eran leídos y admirados los autores catalanes del otro lado de los Pirineos, particularmente Verdaguer y Guimerá. Mas este movimiento, que corresponde a la época floralesca de nuestra literatura, no llegó a difundirse y apenas dejó rastro.

En los primeros años de este siglo, el movimiento catalán rosellonés se acentuó. Algunos espíritus cultivados—Juan Amade, Amadeo Pagés, Pedro Vidal, Horacio Chauvet—tomaron en él parte activa. Entonces acababa de ocupar la sede episcopal de Perpiñán, monseñor Carselade du Pont, quien, a pesar de no ser catalán, inició con entusiasmo una campaña de sentido francamente catalanista. Sus pastorales en que se defiende y aconseja el uso de la lengua del país, son bien conocidas. Pedro Vidal, bibliotecario de Perpiñán, fundó la *Société d'Etudes Catalanes,* que publica una revista, la *Revue Catalane.* El mismo Vidal fundó, unos años más tarde, la revista de historia y arqueología *Ruscino.* Horacio Chauvet creó *La Veu del Canigó,* de carácter popular.

Estos mismos intentos constituyen una prueba de la debilidad del movimiento desarrollado hasta ahora. Dichos periódicos y revistas son bilíngües de catalán y francés, predominando generalmente este último. La lengua catalana es en ellos más un tema de estudio que un instrumento normal de expresión escrita.

Los libros catalanes tienen un mercado escasísimo en la Cataluña transpirenáica. El profesor perpiñanés J. Blazy dice:

"Preguntad a las librerías de Perpiñán, de Prades y de Ceret, cuántos libros catalanes se venden cada año. Cada una os responderá: Dos o tres por mes". (1)

De pocos años a esta parte han surgido algunos poetas de valía, inspirados en las nuevas corrientes literarias e integrados en el movimiento general catalán. Podemos citar los nombres de José S. Pons, el autor exquisito de *Roses i Xiprés,* y el de Pablo Berga, autor de *La Mare Terra.* Ellos son los que han planteado el interesante problema de la lengua rosellonesa, que Horacio Chauvet expone en los siguientes términos:

"Dos corrientes—escribe—se manifiestan netamente en la nueva escuela poética rosellonesa: los unos quieren fijar el catalán rosellonés; no es que tengan intención de recoger fonéticamente, con todos sus barbarismos, el catalán que oyen hablar; pero sostienen que la lengua hablada en el Rosellón se basta a sí misma, y que puede ser científicamente reconstruída con carácter propio y recursos suficientes. Con este fin recogen actualmente los elementos de un diccionario que sería el monumento del catalán rosellonés y la resultante definitiva y sintética de

(1) J. Blazy: *Consolidació del català al Roselló, Vallespir i Conflent.* Volumen del primer Congreso Internacional de la Lengua catalana. Pág. 550.

los escritos de todos los autores que han vivido en nuestra tierra.

"Esta teoría halaga nuestro amor propio, pero tiene un inconveniente: el dar por resultado un léxico pobre...

"La otra teoría evita este inconveniente: consiste en volver el rostro hacia la Cataluña española e inspirarse en la brillante literatura de nuestros vecinos.

"Está basada sobre el principio de que no puede haber para el escritor más que una sola lengua catalana, del mismo modo que no hay más que una sola lengua francesa: en efecto, la clase obrera francesa, el campesino de nuestras provincias, no hablan el francés tal como lo escriben nuestros autores, y a nadie se le ocurre editar obras para afirmar la existencia del francés auvernés o del francés *berrichon*". (1)

El poeta Pablo Berga, autor de obras "finamente cinceladas y ricamente vestidas" como dice Chauvet, es el campeón de la corriente que podemos llamar pancatalana, en oposición a la corriente comarcana, localista, dialectal. Sucede, empero, que son bien pocos los compatricios de Berga que entienden el lenguaje que éste usa. Lo mismo puede decirse del lenguaje de Pons. "Y tal es el dilema—sigue diciendo Chauvet,—con que luchan nuestros poetas de la tierra: olvidar que existe al otro lado de los Pirineos una literatura catalana bien viva, y darse por satisfechos con los recursos quizá insuficientes del ha-

(1) Francés *berrichon* es el que se habla en la región de Berry, antigua provincia de Francia.

bla rosellonesa, o completar su lenguaje al otro lado de los Pirineos y arriesgarse a no ser entendido.

"La primera manera es más seductora desde el punto de vista de la vulgarización regional. La segunda parece más lógica". (1)

**La historia de Cataluña en el Rosellón.**—La historia de Cataluña y la propia historia local del Rosellón son casi desconocidas de los roselloneses. Estos saben, generalmente, que su tierra vivió bajo la dominación de los godos y de los árabes, que constituyó el condado del Rosellón, que formó parte del reino catalano-aragonés y del de Mallorca, que estuvo sometida a los reyes de España. Pero no tienen de estos hechos una noción clara; no son capaces de fijar el tiempo aproximado de un período histórico ni de precisar una fecha. (2)

Este hecho deplorable está, no obstante, en vías de ser corregido. Desde el año 1912, la enseñanza de la historia local figura en el programa oficial de la enseñanza primaria francesa. Esto sucede en la Francia unitaria y centralista. Lo que en este punto se ha conseguido allí, no ha podido conseguirse aquí, después de tantos años de campañas catalanistas y de la constante actuación de los partidos catalanes en la política española.

Coincidiendo con la mentada disposición, publicóse un excelente manual escolar titulado *Petite histoire du Roussillon,* escrito por tres profesores, los

(1) H. Chauvet: *Le probleme de la Langue Roussillonnaise.*
(2) Jean Paul: *Al nostre Rosselló.*

señores Chevalier, Pacouil y Dagneaux y subenvionada por el Consejo general de los Pirineos Orientales.

El aspecto politico.—Dedúcese de lo que hemos dicho que el pedazo de Cataluña más desnacionalizado lingüísticamente es el Rosellón.

Los roselloneses se han identificado espiritualmente con Francia. Allí el pancatalanismo, en su aspecto político, no es probable que se desarrolle por ahora. El hecho de pertenecer el Rosellón a Francia y de sentirse sus habitantes muy a gusto dentro de ella, crea para aquel trozo de tierra catalana condiciones especiales. Debe hacerse notar, con todo, que en los últimos tiempos, las relaciones entre los catalanes de ambos lados del Pirineo se han extendido y estrechado. La actitud francófila de Cataluña ante la guerra ha contribuído en gran manera a este resultado.

---

# PARTE CUARTA

# LAS IDEAS DEL MOVIMIENTO CATALÁN

## CAPITULO PRIMERO

### Los pensadores y los jefes políticos

PI Y MARGALL.—ALMIRALL.—TORRAS Y BAGES.—PRAT DE LA RIBA. — PEDRO COROMINAS. — ILDEFONSO SUÑOL.—CAMBÓ.—AMADEO HURTADO.

**Pi y Margall**.—¿Debe ser inscrito Pi y Margall en el círculo del pensamiento catalán moderno? Para nosotros, es indudable que sí. Por más que su actuación se ejerció en la política general española, tuvo una influencia poderosa en Cataluña. El federalismo es uno de los cauces por los cuales el pensamiento catalán ha corrido y corre. Dos corrientes principales se produjeron en el catalanismo durante el siglo XIX: la tradicionalista o histórica, que tuvo su representación en Mariano Aguiló, Antonio de Bofarull y más tarde en Guimerá, y la federalista o filosófica, representada principalmente por Valentín Almirall y los hombres del *Centre Català*.

Pero aparte de esta influencia marcada de las doctrinas federalistas en la evolución del movimiento catalán, hay en la obra y en el pensamiento de Pi y

Margall un sentido catalán profundo. Los que no hallan esencias catalanas en el pensamiento de Pi—y Juan Maragall era uno de ellos (1)—parten de dos errores de hecho: el primero es la unificación del pensamiento catalán en un sentido positivo, práctico y realista; el otro es el atribuir a las ideas de Pi y Margall un carácter abstracto, metafísico. Son dos errores muy arraigados, y es necesario desvanecerlos.

La historia del pensamiento catalán nos muestra dos categorías diferentes, opuestas (unidas, eso sí, por una común alma étnica): la de los realistas (Ramón Muntaner, Ausias March) y la de los idealistas (Ramón Llull, Arnaldo de Vilanova). Tan catalán es, en el siglo XIX, Pi y Margall como Balmes.

Por otra parte, ese Pi y Margall abstracto, filósofo habitante en la región de las nubes, no es el Pi y Margall verdadero. Su pensamiento tuvo un carácter abstracto en la primera época de su vida, cuando el joven discípulo de Hegel expuso sus concepciones sociales, filosóficas y políticas en *La Reacción y la Revolución*. Pero el pensamiento de Pi, lejos de ser algo inmóvil, inmutable, como la fábula quiere, estuvo sometido a la acción doble de asimilación y desasimilación, que es el signo de las cosas vivas. El libro donde Pi expone su concepción política es *Las Nacionalidades*. ¿Puede decir nadie que sea ésta una obra abstracta o filosófica? ¡Si es

(1) Véase su artículo "*Catalunya i avant*". Obras completas. Volumen V. Pág. 268.

todo lo contrario! Desde el prólogo hasta el capítulo final, no es otra cosa que un estudio de los hechos, de las realidades.

Fué en las postrimerías del siglo cuando Pi y Margall sintió heridos sus ojos por la gran claror del catalanismo. Fué en los últimos diez años de su vida cuando se percató de la transformación que se operaba en nuestra tierra y cuando tuvo la plena comprensión del movimiento catalán.

Aquello era para él toda una revelación. Con la ágil juventud de espíritu que le acompañó hasta su muerte, Pi abrió su espíritu a aquella nueva luz. Vino entonces su "salutación del catalanismo como una aurora de esta capacitación o toma de conciencia que extrae de la región muerta la mariposa o *psiche* de la nacionalidad". (1)

¡La nacionalidad! ¡La exteriorización social, el florecimiento de la nacionalidad catalana! Este era, en efecto, el fenómeno que impresionó a Pi, el mismo fenómeno que más tarde obró la conversión sorprendente de Salmerón. Vió Pi un hecho nuevo en Cataluña, algo que antes no había visto. Dentro de su terminología política ochocentista, siguió dando el nombre muerto de región a Cataluña; pero por debajo de ese término convencional, el concepto de nacionalidad palpitaba en sus escritos y en sus discursos sobre la cuestión catalana.

Cuando, hacia 1880, Valentín Almirall se separó de Pi, haciendo pública su disconformidad con las

(1) Gabriel Alomar: Prólogo al volúmen *Articles* de Pi y Margall. Barcelona, 1908. Pág. XIV.

doctrinas pactistas, la razón, a nuestro entender, la tenía doctrinalmente, teóricamente, el autor de *Las Nacionalidades*. Rechazando la teoría del pacto, quizá por no interpretarla bien, y oponiendo el criterio de la naturaleza al de la voluntad en la formación de los Estados, el catalanismo, desde Almirall hasta Durán y Ventosa (1), caminó por una falsa vía. Pero si Pi y Margall tenía razón, o la mayor parte de razón, en el aspecto teórico del problema de las nacionalidades, ¿quién puede negar a Almirall, en aquellos días un mayor espíritu catalán, un sentido más vivo de la realidad catalana? Pi y Margall era, por encima de todo, un federalista. Almirall, un catalán. En el primero había más doctrina, más *verdad doctrinal;* en el segundo más vida, más *verdad real.* El federalismo de Pi era, principalmente, una idea, un sistema. El particularismo de Almirall, a pesar de su amplitud generalizadora, era una expresión del problema vivo y concreto de Cataluña. Pi y Margall no había tenido todavía la visión clara del gran hecho catalán.

Y no es que se hubiese desnaturalizado o descastado, no es que hubiese olvidado el amor a la tierra natal durante su larga permanencia en Madrid. En aquellas páginas de *Las Nacionalidades* donde habla de la historia de Cataluña, nótase un calor de emoción íntima que no se halla en ningún otro lugar del libro; adivínase que el autor escribió aquellas páginas con cariño filial, sintiéndose catalán, recordando que lo era. Desde la capital española, Pi iba siguiendo con atención el movimiento literario catalán, del cual

(1) Véase su *Regionalisme i Federalisme.* Barcelona, 1905.

hablaba a menudo en *El Nuevo Régimen;* y un día registra en su semanario la muerte de Arús, otro la de José Coroleu, otro la de Rubió y Ors, resumiendo en breves artículos la obra de los catalanes desaparecidos.

Hasta pocos años antes de morir, Pi fué un federalista y un catalán amante de Cataluña. Mas su federalismo era aún frío, apagado; no tenía llama. Esa llama vivificadora, creadora, iba encendiéndose entretanto en nuestra tierra. Había aquí una inquietud, un anhelo, que era cosa bien diferente de las ideas políticas, los sistemas, los partidos y las fórmulas. Prat de la Riba nos dice la naturaleza de esta inquietud honda, cuando al hablar en *La Nacionalitat Catalana* de la filiación de la idea nacional, escribe:

"No son los equilibrios más o menos ingeniosos del federalismo; no son vagas descentralizaciones que nos dejan indiferentes; no son la bondad y la belleza de nuestras costumbres, ni las ventajas de nuestro derecho, ni las virtudes y el valor de nuestra lengua; no son las ansias de buen gobierno y de administración civilizada. Es Cataluña, es el sentimiento de patria catalana. Ser nosotros, esta es la cuestión. Ser catalanes". (1)

Este sentimiento, que aisladamente considerado, representaría un estadio inferior en la evolución de la nacionalidad, un estadio anterior al del pensamiento, al de las ideas, al de los sistemas políticos y sociales, era indispensable para dar eficiencia, fecundidad,

(1) E. Prat de la Riba: *La Nacionalitat Catalana.* Capítulo III.

vida, a las fórmulas políticas y jurídicas. Aplicadas a la cuestión catalana, todas las fórmulas fueron estériles hasta que el sentimiento de la nacionalidad, la "toma de conciencia" nacional, la *psiche,* animólas con un calor vital y convirtió el autómata ingenioso de los sistemas en cuerpo humano vivo.

Gran vidente, Pi advirtió este fenómeno y comprendió en seguida su significación y sus consecuencias. Comprendió, sobre todo, que era aquel un fenómeno previo necesario para el triunfo del federalismo en España. Sólo por virtud de este fenómeno adquiere alma el aparato del sistema federal. Por eso lo vemos acogiendo y comentando con simpatía el catalanismo, cuando todos, a su rededor, lo acometían con furia y lo calumniaban con rabia. Sereno en medio de las pasiones anticatalanistas de Madrid, defendía, en 1897, el famoso mensaje de los catalanes al rey de Grecia. (1). A medida que el catalanismo crece y se hace audaz, son más frecuentes y más acentuados sus comentarios favorables. Y cuando, después de su viaje triunfal por Cataluña, en 1901, que fué el adiós postrero a su rejuvenecida patria, vuelve a Madrid con cierta tristeza, los ojos dulcemente deslumbrados aún por lo que aquí había visto, dice a sus amigos con voz suave, en la que llora la nostalgia de los días venideros:

—¡Oh, los jóvenes, qué cosas más bellas verán en Cataluña!...

Tenemos por seguro que si Pi y Margall no se hubiera alejado de Cataluña en su primera juven-

(1) Este notable documento lo redactó Prat de la Riba.

tud, habría tenido una parte principal en el movimiento catalanista. En Madrid, donde se estableció a los veintitrés años, fué siempre, en verdad, un solitario, aún entre sus mismos correligionarios políticos. Esa soledad de Pi en la política, esa soledad que alcanzó una grandeza inolvidable en momentos trágicos para España, ¿qué otra cosa es sino una manifestación de su íntima catalanidad?

Se olvida demasiado, fuera de Cataluña, la actitud que tomó Pi y Margall, ya en los últimos años de su vida, ante el catalanismo. Fué, como hemos dicho, una actitud de franca, decidida y cordial simpatía. Los artículos de *El Nuevo Régimen* (de los cuales se han editado dos colecciones en Barcelona) son concluyentes en este sentido. Y su discurso de de los Juegos Florales de Barcelona en 1901, es un documento esencialmente catalanista y nacionalista. En cuanto a la posibilidad del separatismo catalán, escribió cosas que deben considerar horrendas los que no hace mucho rasgaron sus vestiduras ante la apelación o invocación a Europa hecha por el señor Cambó. (1)

**Almirall.**—Viviendo Pi y Margall en la Corte y ocupando un lugar preeminente en la política española, las circunstancias no quisieron que fuese él quien fundara el federalismo catalanista. Fué Valentín Almirall, fué un discípulo suyo (un discípulo

(1) Véase el artículo *Por la Federación*, publicado en *El Nuevo Régimen* del 27 de agosto de 1898.

Hay que citar también, de un modo especial, los artículos *Las targetas postales de los catalanistas*, *La verdadera patria* y *Las elecciones municipales de Barcelona*, contenidos en el volumen *La qüestió de Catalunya*.

que, muy injustamente a veces, combatió al maestro) quien unió de una manera viva los sentimientos y los ideales del catalanismo a los principios políticos de la federación.

Su obra *El Catalanisme* (1886) marca un punto eminente en el movimiento catalán. El catalanismo tuvo allí su primera sistematización política: el particularismo.

Y no se crea, como piensan muchos que juzgan las cosas por sus nombres, que el particularismo sea un sistema opuesto al federal, ni una doctrina mezquina y estrecha. Son legión los adversarios del catalanismo que, sin haber leído la obra de Almirall, sin conocer las ideas de éste, han interpretado el término "particularismo" como sinónimo de egoísmo, y lo han condenado doctoralmente.

¿Qué es, pues, el particularismo? Pásmense los que lo ignoran. No es ni más ni menos que el federalismo con otro nombre. Y esto no sólo se deduce clarísimamente del exámen de la doctrina de Almirall, sino que éste lo confiesa explícitamente en su mentado libro; y allí da las razones, puramente oportunistas, que le movieron a adoptar el término "particularismo".

En *El Catalanisme,* en efecto, reproduciendo los argumentos que ya había usado en una de sus *Cartes a mon estimat amic C.*, publicadas el año 1885 en *La Renaixença,* para justificar el no llamarse federal ni llamarlo a su sistema, escribe:

"Porque en España, llamarse federal no quiere decir que se desee la aplicación de los principios del

federalismo regionalista a la organización del Estado, sino que se aspira a exaltar a una parte de las masas con las divagaciones negativas que vació Proudhon en su opúsculo..."

Almirall era un catalán completo, un catalán por los cuatro costados, un espíritu catalanísimo. Su temperamento, sus virtudes, sus defectos mismos, son los de nuestro pueblo. Constituye un magnífico ejemplo racial. Era, sobre todo, rico de ese sentido de dignidad, de orgullo si se quiere, que está en la médula del carácter catalán.

En la primera parte de su libro, allí donde expone los agravios de Cataluña, su estilo, un poco basto habitualmente, se eleva, vibra y llega a una bella expresión elocuente que conmueve al lector. Los párrafos que dedica a la cuestión de la lengua son de una energía cordial y honda. "La imposición de la lengua es la marca del esclavo—dice,—y nosotros llevamos encima ese estigma". Siempre que de la cuestión lingüística de Cataluña se trate, debe tenerse presente ese especial sentido de dignidad que entra en juego. Así, para los catalanes, es de una fuerza insuperable aquel argumento que, en defensa de la lengua catalana, ha expresado el poeta:

*L'estimo perquè sí, perquè és la meva.*

Si, desde el punto de vista del hecho catalán, Almirall enfoca bien el problema, no sucede lo mismo desde el punto de vista general y teórico. El eje de su sistema federalista, como el del federalismo pimar-

galliano de aquel tiempo, es la región. Pero Almirall no acierta a decirnos que cosa sea esa región sobre la cual funda un sistema. Como sucede a Alfredo Bañas en su obra *El Regionalismo,* confunde en la denominación vaga de regiones los grupos étnicos con personalidad propia y distinta, y las grandes variedades territoriales o lingüísticas de una personalidad única. Es decir, confunde la nacionalidad y la región.

Así, cuando intenta definir las regiones lo hace en la impropia forma siguiente:

"Las (agrupaciones o colectividades) que tienen comunidad de historia, de tendencias, de lengua, de necesidades, de aspiraciones, de derecho, etc., etc., constituyen regiones". (1)

Pero la verdad es que esta definición no corresponde propiamente a las regiones, sino a las nacionalidades. Es curioso observar que no se aparta mucho de la que da de la nación Pasquale S. Mancini.

La misma confusión que se infiltra por todas las páginas del libro, aparece de nuevo con fuerte relieve en otro pasaje interesante. Consigna Almirall que el orador norteamericano Daniel Webster dijo que los distintos pueblos que forman los Estados Unidos, constituyen "una agradable variedad en medio de un aire general de familia", citando el verso latino:

*Faties, non omnibus una,*
*Nec diversa tamen, qualem decet esse sororum*

Pero esto, que puede decirse efectivamente de las regiones—de las verdaderas regiones—que forman

(1) *El Catalanisme.* Primera parte. Cap. V.

una nación, no puede decirse de los Estados plurinacionales, como Austria-Hungría o España. En éstos no hay tal "aire de familia".

A nosotros nos parece mucho más fuerte Almirall por su alma catalana que por su cultura política y por su doctrina general. En punto a catalanismo, llega a las más audaces conclusiones y las expone con una sinceridad admirable. Tenía muy vivo el sentido de la solidaridad catalana ante la política y los políticos centralistas.

Y, no obstante, Almirall, el político catalán más radicalmente opuesto al sentido castellano, no era separatista. Hombre de realidad, se daba perfecta cuenta de las enormes dificultades que presenta la solución de la independencia. Declaraba, empero, con su peculiar rotundidad, que si los catalanes nos detenemos en un punto que no llega a la separación, no es por falta de derecho. Su ideal era la constitución federativa de la península ibérica, admitiendo en principio cualquiera de las soluciones prácticas que el ejemplo de otros países nos ofrece.

Valentín Almirall representa la unión perfecta y fecunda del catalanismo y el federalismo. En la doctrina de Pi y Margall, el sentido catalán es algo que corre por debajo, que vivifica las raíces del sistema. En la doctrina de Almirall, ese mismo sentido catalán surge impetuosamente en la superficie.

**Torras y Bages**.—El "gran Obispo", como se llama en Cataluña a Torras y Bages, el sabio Prelado que murió en 1916 ocupando la silla episcopal de

Vich, representa la entrada de las doctrinas católico-tradicionalistas (y empleamos aquí este término en sentido amplio, sin referirnos a un partido determinado) en el campo del nuevo ideal catalán.

En *La Tradició Catalana,* su obra fundamental, Torras y Bages, sostiene una doble tesis, que él funde en una sola: la de la tradición católica y la de la tradición nacional de Cataluña.

Podría parecer a primera vista, que después de la teoría federalista de Pi y Margall y de la particularista de Almirall. ambas de filiación liberal y democrática, la obra del obispo Torras venía a señalar, en el catalanismo, lo que en política acostumbramos a denominar una reacción. No es así, sin embargo. En *La Tradició Catalana,* el pensamiento religioso de Cataluña se integra en el conjunto de matices del alma nacional. Es, no una transformación o un retroceso del catalanismo. sino el acrecentamiento de éste por la adición de otro sector espiritual.

Torras y Bages halla el fundamento del catalanismo en la tradición catalana. En la segunda parte de su obra (muy superior a la primera), cuando desarrolla su estudio interesantísimo de las sumidades del pensamiento catalán en los siglos pasados, hace aparecer con eminente realce el carácter nacional de Cataluña. Torras y Bages no habrá convencido a los hombres de izquierda de Cataluña cuando sostiene que nuestro pueblo debe conservar, para mantener su esencia. el mismo sentido de los tiempos medioevales. Pero demuestra que el pensamiento religioso de Cataluña, para ser tradicional, para ser substancial-

mente el mismo de antes, debe estar penetrado de nuestro ideal patriótico.

Se advierte, empero, en las páginas de *La Tradició Catalana,* que el sentido catalán del autor no ha llegado a su plenitud. En ciertos pasajes desfallece. Asaltado el espíritu del sacerdote por preocupaciones ajenas a la causa de Cataluña, llega a veces a abdicar de su punto de vista catalán. En ocasiones (raras, es verdad) argumenta a la manera abogadesca, y a través de la endeble argumentación que emplea parece adivinarse la vacilación de su espíritu, la lucha entre dos sentimientos. Tal sucede, por ejemplo, en el estudio que hace de la figura de S. Vicente Ferrer. Como hombre, los catalanes no pueden perdonar a éste su actuación en el Parlamento de Caspe, donde hizo triunfar, contra ley, contra justicia y contra el supremo interés de la Confederación catalano-aragonesa, la candidatura del príncipe castellano Fernando de Antequera al trono de Aragón.

Es un hecho histórico archiprobado que el motivo que impulsó al fraile dominico fué su interés por la causa del papa de Aviñón, Benedicto XIII, o sea el aragonés Pedro de Luna, de quien era secretario y confesor. Ya en tiempos de Martín I, el Estado catalano-aragonés había reconocido la autoridad pontifical de Benedicto XIII. Pero temióse que, con el cambio de monarca, pudiese ser reconocido el Papa de Roma. Pedro de Luna y fray Vicente Ferrer creían más asegurada la fidelidad de la corona de Aragón con Fernando de Antequera, que entonces era tutor del rey de Castilla, que con cualquier otro

de los candidatos. Y fray Vicente Ferrer, uno de los compromisarios de Caspe, trabajó con ahinco para lograr la elección de su patrocinado, a pesar de no corresponderle a éste la sucesión.

Pero Torras y Bages no admite que un santo varón como fray Vicente Ferrer pudiera cometer a sabiendas una injusticia. Ni la hipótesis de ello quiere tomar en consideración. Afirma que, en caso de no ser justo el fallo de Caspe, sólo podría atribuirse la actitud de fray Vicente Ferrer a un error cometido con entera buena fé. Mas no le satisface el dejar a un santo bajo el peso de esa duda. Y, usando de unos argumentos extraordinariamente frágiles, intenta probar que fué justa la elección de Fernando de Antequera. Con este fin piérdese en divagaciones sobre el derecho romano, y pasa como sobre ascuas la cuestión de Benedicto XIII, a lo cual alude oblícuamente en una brevísima nota puesta al pie de la página. (1)

Esta misma evidente subordinación del interés patriótico catalán a consideraciones secundarias de índole eclesiástica y piadosa, la vemos en otros capítulos del libro, especialmente en el que dedica a los hombres de la Universidad de Cervera (José Finestres, el doctor Dou, etc.), cuya obra antinacional y cuyas doctrinas favorables al absolutismo real se esfuerza en vano Torras y Bages en hacer compatibles con el sentido de catalanidad.

**Prat de la Riba.**—Hasta aquí la concepción del ideal nacionalista no aparece suficientemente explí-

(1) Véase *La Tradició Catalana*, Parte segunda. Cap. VII.

cita y clara. Hay vacilaciones, dudas, contradicciones; inseguridad, en suma. La realidad de Cataluña se acusa fuertemente en el federalismo de Pi, en el particularismo de Almirall, en el tradicionalismo de Torras y Bages. Pero parece como si estos hombres no acertaran a darse cuenta exacta de la naturaleza de esta realidad. Siguiendo unos el camino de la razón y la doctrina, otros el de la tradición y la historia, no acaban de llegar a conclusiones definitivas. El sentido nacional late en ellos; pero no ha llegado a plena conciencia. En *Las Nacionalidades,* en *El Catalanisme,* en *La Tradició Catalana,* aparece Cataluña, ora como región, ora como provincia; se habla de regionalismo y de autonomía. No son pronunciadas aún las palabras *nacionalidad, nacionalismo.*

Es Prat de la Riba quien las pronuncia el primero, por lo menos en su sentido vivo y actual. Y es el primero, no sólo en pronunciar las palabras, sino en definir los conceptos. En su nacionalismo, el sentido doctrinal y el historicista se funden en una doctrina esencialmente biológica. Prat, en *La Nacionalitat Catalana,* aporta a nuestro movimiento el caudal del idealismo nacionalista alemán a partir de Herder.

Y no es ésta, no, cuestión de palabras. No es ese concurso de denominaciones un mero juego de terminologías. Nacionalidad, nacionalismo, son lo que podemos llamar, a la manera de Alfredo Fouillée, *palabras-fuerzas.* Estas palabras, golpeando sobre la conciencia catalana, han producido su completo despertar. Prat de la Riba ha dado cima al trabajo de reconstrucción de las columnas nacionales de Cata-

luña, hundidas en los tiempos de desnacionalización.

Hemos visto como Torras y Bages, al dar su opinión sobre el Compromiso de Caspe, antepone su veneración devota por San Vicente Ferrer al sentimiento catalán y aún a la realidad histórica.

Lo contrario vemos en Prat de la Riba. Es éste un nacionalista perfecto, un catalán entero. La voz de la patria no es ahogada en él por otras consideraciones. Su catolicismo sincero, su fé religiosa acendrada, la admiración misma que en otros aspectos pueda sentir por el célebre fraile dominico, no le enturbia la visión de la mala obra política que fray Vicente Ferrer realizó contra Cataluña.

Resueltamente dice Prat de la Riba, en su *Compendi de la Historia de Catalunya* (1), que la designación de Fernando de Antequera para ocupar el trono de Aragón fué debida a la influencia preponderante de fray Vicente Ferrer, quien servía así la causa de Benedicto XIII. Y después de haber presentado el fallo del Parlamento de Caspe como obra del elocuentísimo dominico, llama "injusticia", "crimen", "criminal injusticia" a aquel fallo.

El predominio del sentimiento catalán aparece en muchas otras partes del trabajo citado. Al hablar de la cruzada contra los albigenses, que arruinó la hegemonía catalana en el sud de la Galia, se coloca netamente contra los cruzados, cuyas crueldades pone de relieve y a los cuales presenta como movidos, no por la fé cristiana, sino por el afán de saquear las ricas ciudades del Mediodía. En párrafos

(1) Cap. VII.

vibrantes de entusiasmo, relata las glorias de nuestro rey gibelino Pedro el Grande, en lucha con el Papado, y ensalza la personalidad del monarca catalán. Presenta con negros colores la figura de Felipe II, de quien dice que se disfrazó de "defensor de la fé". No oculta que los monjes castellanos enviados de Valladolid al monasterio de Montserrat en aquellos tiempos, venían llenos de un espíritu anticatalán, siendo ellos los que contestaban a los penitentes que hacían confesión en lengua catalana, aquellas palabras que luego se han hecho famosas: "*Hablad en cristiano*". No calla tampoco la labor odiosa que hizo la Inquisición castellana en Cataluña, donde fué siempre impopular y contra la cual hubo reclamaciones y aún motines.

Prat de la Riba, pues, al juzgar los hechos históricos que afectan a Cataluña, lo hace a través de su criterio nacionalista y de su sentimiento de patriota catalán. Y todo su pensamiento político y toda su obra, están inspiradas por este criterio y este sentimiento. En su catalanidad no hay eclipses, ni puntos débiles. No subordina su catalanismo a otras consideraciones humanas y políticas. Los rodeos de táctica que en su vida política ha realizado, no le han hecho olvidar jamás su idea central: Cataluña, la reconstrucción de la nacionalidad catalana. Al servicio de esta idea ha puesto su vasto talento, su perseverante voluntad, su poder constructivo y cohesivo. Toda la actuación de Prat de la Riba responde a un plan de conjunto, a un ideal alto. A través de las vicisitudes políticas, en medio de los vientos favorables

o contrarios, la acción de este hombre singular se realiza con seguridad y con método. Sus enemigos mismos han reconocido la excepcional eficacia de esta acción suya. "Es un hombre peligroso,—dicen.—Está barrenando la unidad de España. Esta desespañolizando a Cataluña".

Bajo un aspecto frío, reservado, prudente, hay en Prat de la Riba el fuego del ideal. A su ideal dedica su vida. Los adversarios del catalanismo podrán dar a este ideal feos nombres, interpretarlo torcidamente, anatematizarlo en nombre de los fáciles lugares comunes del patriotismo de charanga. Este ideal no es otro que el ideal nacionalista catalán. Es un puro, noble y fecundo patriotismo.

Ni puede acusarse de doblez a Prat de la Riba. Nunca ha ocultado sus ideas. Nunca ha negado su filiación. Nunca ha ocultado su objetivo. En *La Nacionalitat Catalana* expone su pensamiento sin ambajes. Y ese libro no es para él algo que ha pasado, una parte de su ayer, sino algo vivo y actual en su espíritu. La segunda edición de la obra, que tuvo el carácter de homenaje a su autor, imprimióse el año 1910, cuando Prat de la Riba hacía ya años que ocupaba la presidencia de la Diputación de Barcelona. Que no ha querido disfrazar su ideal, que no ha querido engañar a nadie, pruébalo plenamente el discurso que pronunció al tomar posesión del sitial de presidente de la Mancomunidad de Cataluña.

Y, con todo, Prat de la Riba es quizá el menos separatista de nuestros pensadores. Sus ideales más caros son la reintegración espiritual de Valencia y

Mallorca a su original personalidad catalana, y la magna federación de las nacionalidades ibéricas en un poderoso Estado imperial que recobrase aquella dignidad internacional y de cultura que un día tuvieron la Confederación catalano-aragonesa y la Monarquía española.

**Pedro Corominas.** — Durante aquellos días trágicos del proceso de Montjuich, el nombre de Pedro Corominas empezó a ser conocido. Hablábase de un joven de gran talento, llena el alma de ideas generosas, que había sido encartado en el proceso por la bomba de la calle de Cambios Nuevos y para quien pedía el fiscal militar la pena de muerte.

Sus amigos y compañeros, que estaban seguros de la inocencia del condenado y que sentían el corazón oprimido ante la perspectiva de que Corominas hallase una muerte horrible en los fosos del castillo maldito, trabajaron con denuedo para salvarle. Y lo consiguieron.

Ya en libertad, y después de pasar una honda y dramática crisis moral que él mismo nos ha descrito en *Les presons imaginaries*, Corominas intervino, aunque no muy activamente, en el movimiento catalanista de izquierda, que tuvo sus primeras manifestaciones en el semanario *Catalonia* (1900). Su filiación obrerista y republicana debía llevarle, al abrazar la causa de Cataluña, al campo democrático y radical del catalanismo.

Pero no debía empezar todavía la actuación política de Corominas. Hombre de múltiples aficiones, un poco curioso por todas las cosas, dado a activida-

des heterogéneas, alternó sus reflexiones idealistas con los estudios financieros. Esos estudios le llevaron, el año 1902, a un alto puesto en la sección de Hacienda del municipio barcelonés. Fueron los regionalistas, no divididos aún en derecha e izquierda, quienes le colocaron en aquel lugar. Y allí la actuación política de Pedro Corominas sufrió un largo eclipse.

Su prestigio era grande en aquel tiempo. Los intelectuales tenían en elevado concepto su cultura y su mente. Y ante los ojos del pueblo aparecía rodeado por la roja aureola de Montjuich.

Corominas no se hallaba muy a gusto en su puesto burocrático. Se creía en condiciones de actuar en política y de conquistar la gloria en las luchas de los partidos. Algunos de sus íntimos le aseguraban una brillante carrera si se dedicaba, a la vez, a la política y a la abogacía.

Por aquel entonces la izquierda catalana estaba formándose. Contaba con una juventud lucida y con una numerosa masa de partidarios. Y en esta izquierda faltaba un jefe, un director, que organizáse el partido, que lo orientase y que hiciese seguir tras él a las multitudes, ya bien dispuestas para la empresa.

Pensóse en Pedro Corominas. Este había de ser el hombre que faltaba en la izquierda. Intimos amigos suyos, Jaime Carner principalmente, le prepararon el terreno. Tras una serie de vacilaciones, el éxito de la candidatura de la izquierda catalana en las elecciones de 1909, decidióle a aceptar el lugar que se le ofrecía. Y en noviembre de aquel año, al reaparecer el diario *El Poble Catalá* después de la suspensión de

que fué objeto por consecuencia de los sucesos de la llamada semana trágica, Pedro Corominas figuró como director.

Jamás ningún jefe de partido ha ocupado un lugar bajo tan buenos auspicios ni con tantas facilidades. Los hombres del nacionalismo republicano (que se hallaba entonces en su período de esplendor) le recibieron con los brazos abiertos. La masa del partido le acogió con entusiasmo y esperanza. Contaba el partido con un Estado Mayor brillantísimo, con hombres como Ildefonso Suñol, Lluhí y Rissech, Jaime Carner, Santiago Gubern, Felipe Rodés, etc. Y todos ellos, con rara unanimidad, pusiéronse cordialmente bajo su dirección política. Ninguno de estos hombres de notable talento, de eminentes condiciones, sentíase con vocación de jefe, y menos aún de conductor de multitudes. Pedro Corominas llenaría el hueco importantísimo. "Es un hombre incomparable para sugestionar al pueblo—decía uno de los prohombres citados.—Dejará muy atrás a Lerroux". El ingreso de Corominas en el nacionalismo republicano tuvo el carácter de recibimiento de un Mesías.

La publicación de su libro *La Vida austera*, a fines de 1908, renovó ante los ojos del pueblo el prestigio de Corominas. La obra no gustó sino medianamente a los intelectuales; pero las gentes de modesta cultura, especialmente esa parte del pueblo catalán para la cual la virtud y la austeridad son tan admiradas, acogieron *La Vida austera* como el libro de un grande hombre, de un apóstol. Todo contribuía, pues, a preparar favorable-

mente la acción política que de Corominas se esperaba.

Y, sin embargo, no se recuerda en la historia de la política catalana un fracaso mayor. ¿Una sorpresa? ¿Un capricho del destino? No. El fracaso era una cosa lógica, fatal, ineludible.

Lo sucedido fué que hubo una general y honda equivocación al apreciar las cualidades y el talento de Pedro Corominas. Y esta equivocación la sufrió él mismo, antes que nadie, y más que nadie.

Pedro Corominas no es un político. Le falta, ante todo, *esprit de suite*. Concibe cada día un plan, a veces grandioso y casi siempre irrealizable, para olvidarlo al día siguiente. Su imaginación, fértil y desordenada, ahoga en él la acción.

Le falta también clarividencia. Es esto en política otro defecto enorme. En la apreciación de los hechos y de los hombres, acierta muy pocas veces. Así, sus orientaciones y su táctica son casi siempre erróneas.

La visión de la realidad aparece en él extrañamente turbada por los subjetivismos que la deforman. Sueña despierto. Ni siquiera se da cuenta de su situación, ni del concepto que de él tienen los que le rodean. Se le ha podido decir que vive fuera del tiempo y del espacio, entre las nieblas de sus ideas confusas.

Pedro Corominas es un hombre que reune un cierto número de brillantes cualidades heterogéneas, obscurecidas por otros tantos defectos. Su personalidad presenta aspectos múltiples, pero no resulta com-

pleta en ningún aspecto. Sus aficiones le han llevado a la filosofía moral, a la burocracia, a la política, a los estudios financieros, a la abogacía, al periodismo. Pero no es ni un filósofo, ni un funcionario, ni un político, ni un financiero, ni un jurisconsulto, ni un periodista. Para todo tiene algunas condiciones; pero para nada reune las condiciones suficientes, indispensables. Su talento es un talento fragmentario, dividido, demenuzado en infinitos trozos, y esto lo hace poco aprovechable. Viene a ser un talento en piezas sueltas, con las cuales difícilmente puede componerse un todo, un conjunto, un algo orgánico.

Desde el punto de vista de la política catalana, que es el que aquí nos interesa principalmente, hemos de decir que Corominas posee un hondo sentimiento catalán, una profunda convicción nacionalista. Su catalanismo es quizá la más sólida, la más arraigada, la menos movediza de sus convicciones. No se salva, sin embargo, de la oscilación inherente a su espíritu. Unas veces ha extremado la nota hasta llegar a las más agudas estridencias. Ha sido el político catalán que más ha hablado de apelar a la violencia y a las armas para el triunfo de la causa de Cataluña. Y, sin embargo, le hemos oído, cuando la coalición con Lerroux, hacer afirmaciones inconcebibles en labios de un nacionalista. Y es que, en lo que dice, escribe y hace Corominas, hay muchas veces una cierta inconsciencia. No se da cuenta por entero de la gravedad de sus propias afirmaciones o actitudes. Si se hiciese una colección de sus artículos y de sus discursos, aparecería de alto relieve su incoherencia.

En cuanto a su posición doctrinal dentro del catalanismo, no aparece muy definida. Hay en él, a través de sus contradicciones, un pensamiento nacionalista influído a la vez por los principios federales y por las orientaciones de la *Lliga*. No representa un matiz propio. Pedro Corominas, que no es un político de acción, tampoco es un político de ideas, un teorizador, un ideólogo, como es, por ejemplo, Gabriel Alomar.

En el edificio del pensamiento político catalán, no habrá puesto Corominas piedra alguna. En la política de partido habrá pasado como un meteoro fugaz Su obra fué la "Unió Federal Nacionalista Republicana". Y ésta, que empezó a desmoronarse al cabo de algunos meses de constituída, acabó con una muerte triste y sin gloria. Habíase buscado un remedio a su mal consuntivo en la coalición con Lerroux, y esta pócima precipitó la muerte y la hizo más ingloriosa.

**Ildefonso Suñol.**—Procedente del campo republicano—en su juventud fué castelarino—Suñol representa la entrada del liberalismo conservador en el campo del movimiento catalán.

Fué en los días de fermentación de fines del siglo pasado, cuando Suñol, cuya alma catalana le separaba de los partidos a la española, decidió dar su concurso a la actuación catalanista. El viento fuerte de nuestra causa nacional había invadido los salones vetustos del Ateneo Barcelonés, y sorprendió allí a Suñol, sentado casi a la mora en los divanes, según tenía por costumbre, rodeado de amigos que gustaban de su conversación elocuente y exquisita.

Suñol ingresó en la *Lliga*. Con él ingresaron Jaime Carner, procedente también del republicanismo, pero que había pasado por la "Unió Catalanista" y por el "Centre Nacional Catalá", y Lluhí y Rissech, procedente del federalismo, desde cuyas filas había defendido ya la orientación catalanista, como lo prueban los artículos que publicó en *El Nuevo Régimen,* en los años de 1898 y 99.

Pronto, sin embargo, se sintió mal en la *Lliga Regionalista*. Tenía Suñol criterio propio sobre los diversos problemas que afectaban al catalanismo, y se avenía mal a aceptar un criterio distinto. El fué el verdadero promotor de la separación de los elementos de izquierda en 1904, con ocasión del primer viaje del rey a Barcelona. La disparidad de orientaciones con los otros hombres de la *Lliga* agravóse por razón de una especie de incompatibilidad personal. Era Suñol un temperamento susceptible, delicado, y no transigía con las situaciones desairadas, ni con las actitudes desatentas de los otros. En aquella ocasión, chocó especialmente con Cambó, muy joven todavía, pero cuyo temperamento audaz y expeditivo le había conquistado ya una influencia considerable entre los regionalistas.

Llevado por las circunstancias hacia la izquierda con la constitución del "Centre Nacionalista Republicá" y luego de la "Unió Federal Nacionalista Repubicana", tampoco se halló muy a gusto entre los nuevos partidos. El no era, en realidad, un hombre de izquierda. Era un hombre de centro. En política general, no había cambiado, al abrazar el catalanis-

mo, sus ideas de los tiempos castelarinos. Sentía por la demagogía un verdadero horror. Discípulo de Taine y de Spencer, sostenía las soluciones individualistas en un tiempo en que éstas iban ya al ocaso y en que las ideas socialistas invadían la política europea.

Dentro de esta concepción moderada, dentro de su amor al orden social y a los procedimientos evolutivos, Suñol mantenía con firmeza el ideario del liberalismo clásico. Al revés de otros hombres de la izquierda solidaria, que en el fondo no tenían ideas de ninguna clase, era él un político de ideas, de principios. Casaba la doctrina con la realidad. Pero en modo alguno prescindía de la doctrina. Al emprender los diputados republicanos de la Solidaridad, en 1908, la campaña contra el voto corporativo municipal y el colegio único provincial, contenidos en el proyecto de Régimen local de Maura, fué Suñol uno de los que con más sinceridad y con más calor sostuvieron la necesidad de oponerse a aquellas reformas antidemocráticas.

Su ideal, respecto a la política catalana, era la formación de un gran partido liberal y republicano que tuviese como base la clase media, la "menestralada", como decía él. "Nuestros menestrales, solía argumentar, constituyeron en la antigua Cataluña la fuerza social mayor y la médula del Estado catalán. Hoy, si los organizáramos, si los arrastráramos detrás de nuestra bandera, volvería a suceder lo mismo. Estos menestrales nuestros son de tradición liberal y abierta. No gustan de las doctrinas extremas; odian igualmente la tiranía reaccionaria y el desorden demagó-

gico. Resplandece en ellos el *seny* de nuestra raza. Si supiésemos interpretar sus sentimientos y defender sus legítimos intereses, nuestro partido sería el más fuerte de Cataluña, el que dirigiría la reconstitución de nuestra nacionalidad, enlazando sabiamente la tradición liberal catalana y los principios de la libertad moderna".

Desde su punto de vista liberal-conservador, la visión de Suñol era aguda y clara.

Pero le faltaba, para ser un político, el temperamento de luchador, el gusto de la acción. Era tímido, apocado. El temor de las responsabilidades le detenía. Los golpes que en la pelea reciben a menudo los contendientes en su honra y en su prestigio, le intimidaban. Las bajezas de la política al uso le causaban asco, un asco casi físico. Era correcto, llegaba algunas veces a la aprensión y a la pusilanimidad.

No es extraño que después de una actuación política intermitente, acabara por recluirse en su casa, entregado a los trabajos de su bufete y a las lecturas históricas, que fueron su afición favorita en los últimos años de su vida.

Su patriotismo catalán era ardiente, si bien contemplativo. No alcanzaba, empero, el robusto sentido nacional que posee Prat de la Riba. En cambio, era menos transigente en cuestiones de táctica y de conducta.

Su cualidad más eminente fué la de orador. Su oratoria era perfectamente catalana, correcta, de líneas perfiladas y bellas, de forma sencilla y esbelta,

menos descarnada y también menos vigorosa que la de Cambó.

A pesar de su timidez, de su resistencia a salir al encuentro de la opinión ajena, no le faltaba en ciertos momentos el valor cívico. A propósito de esto, recordamos lo sucedido cuando la Solidaridad estaba confeccionando la candidatura de diputados a Cortes para las elecciones de 1907. Don Nicolás Salmerón mostraba un extraordinario empeño en que figurara en la candidatura de la circunscripción de Barcelona un general amigo suyo, castellano que sentía grandes simpatías por Cataluña. Creía Salmeró que el nombre de aquel militar no catalán produciría un gran efecto en España. ¿No se acusaba de separatista a la Solidaridad? Pues esta elegía dos diputados no catalanes por la capital de Cataluña. ¿No se la acusaba de enemiga del ejército? Pues elegía, además de Maciá, a un general español.

Mas este punto de vista no era el de la opinión catalana. La inclusión en la candidatura de Barcelona de un general no catalán, desconocido en Cataluña, habría producido mal efecto en nuestro pueblo. Los prohombres solidarios consideraban equivocada la idea de Salmerón. Ninguno, empero, osaba contradecirle. Temían dar un disgusto a aquel hombre admirable, que tanto estaba sufriendo por Cataluña, que por nuestra causa era calumniado y escarnecido por sus propios compatriotas y por sus propios correligionarios. Suñol, que era uno de los que más temían el efecto de la inclusión del general aludido en la candidatura, fué quien se decidió a combatirla.

En una reunión de los directores del movimiento, como insistiese Salmerón en su idea, interrumpióle Suñol, con voz grave y firme:

—Don Nicolás: en estas circunstancias, Cataluña no puede aceptar más nombre castellano que el de usted.

Hubo un silencio. Salmerón, después de un momento de reflexión brevísimo, comprendiendo todo el valor del argumento de Suñol, viendo claro lo que pasaba en el alma de Cataluña, asintió con la cabeza a aquella observación franca.

**Cambó** — Con cierta frecuencia oímos decir, hablando de los hombres de la *Lliga Regionalista*: "Prat de la Riba dirige, Cambó ejecuta; Prat es el cerebro, Cambó el brazo; Prat es un político de ideas, Cambó un político de acción".

Por extendida que esté esa opinión sobre las dos figuras preeminentes de la *Lliga,* aún en Cataluña mismo, hemos de decir que es doblemente equivocada. Prat de la Riba, siendo un político de ideas, no deja de ser un político de acción. Cambó, siendo un político de acción, no deja de ser un político de ideas. de pensamiento propio. Prat de la Riba es cerebro y es brazo; dirige y ejecuta. Y asimismo Cambó. Ni Prat es solamente un ideólogo, ni Cambó se limita, como *leader,* a llevar a la práctica el plan que otros han concebido. En la orientación y en la obra de la *Lliga* tiene Cambó, como Prat, una parte principal. Tan cierto es ello, que entre estos dos hombres se ha realizado, por la misma fuerza de las cosas, una especie de división del trabajo político. Cuida

Prat de la Riba, principalmente, de la política interior de Cataluña; y Cambó tiene a su cargo, con preferencia, la política parlamentaria.

Cambó, hombre de ideas propias, y sobre todo de temperamento personalísimo, es todo lo contrario de un ideólogo y, especialmente, todo lo contrario de un político dogmático. Las ideas puras le preocupan poco. La lógica doctrinal tiene en él un declarado enemigo. El había de ser quien, en el Parlamento, arremetiera contra la lógica, contra la fatalidad de las deducciones y de las consecuencias en materia política.

Para él, las realidades son lo principal. Ante ellas, las teorías y las afirmaciones doctrinales deben ceder el paso. En uno de sus primeros discursos parlamentarios, se declaró realista. Parecía haber, en esta posición suya, o por lo menos en su expresión, la influencia de la *Realpolitik* germánica. Entre el asombro de una gran parte de los diputados, él, catalanista, llegó a decir que no era, en principio, ni autonomista ni antiautonomista, sino realista. Según fuera cada caso concreto, según la realidad de cada problema determinado, podía inclinarse a la autonomía o al centralismo.

Cuando Cambó hablaba así, hablaba con sinceridad perfecta. Los principios generales, en política, no son ciertamente de su gusto. La vida, la realidad, no pueden encerrarse, a su juicio, dentro de fórmulas generales. Su catalanismo no se funda en principio alguno de orden especulativo, ni en hechos históricos; se funda en las necesidades de la realidad

catalana de hoy. No es ni un sentimental, ni un dogmático. Por eso nosotros creemos que la acentuación nacionalista de sus últimas campañas parlamentarias obedece, en su pensamiento, a consideraciones de táctica. No es que pretendamos insinuar que su nacionalismo no responde a su convicción; lo que queremos decir es que su convicción nacionalista catalana no le hubiera parecido parlamentarizable (pase el vocablo) si no hubiera respondido a las circunstancias del momento, si no hubiera podido producir un resultado positivo. Para él las ideas, los principios, las posiciones doctrinales, valen por su eficiencia, por su fecundidad, por sus efectos positivos. Es un pragmático de la política.

Su misma actuación en la *Lliga* es un ejemplo de ese pragmatismo. Cambó milita en la *Lliga*, principalmente, por creer que ésta es la fuerza más eficaz, si no la única eficaz, de Cataluña. El político, en su actuación a la moderna, necesita la palanca de una fuerte organización política. Esta palanca la ha encontrado en la *Lliga*. Y dentro de ella actúa.

Su concepción de la política es moderna, europea. Es un hombre de ideas abiertas, tolerante, que rápidamente se hace cargo de las cosas, poco sensible a ciertos escrúpulos de la política puritana. Tendrá este tipo de político sus buenas cualidades y sus defectos. Pero hay que reconocer que es el tipo del político europeo de hoy.

Cambó es un conservador del cual los conservadores estáticos no pueden fiarse mucho, porque suele aceptar, algunas veces, con su característica agili-

dad mental, los puntos de vista y las soluciones izquierdistas. Por el temperamento, particularmente, es todo lo contrario de un conservador. Nos decía un día Ildefonso Suñol: "Cambó, ejerciendo de *leader* de la derecha catalana, es una viviente paradoja, porque tiene el temperamento de un revolucionario. Estaría mucho mejor en un partido radical". Y un ilustre exdiputado catalán, republicano, nos contaba que en cierta ocasión le había declarado Cambó, en uno de esos momentos en que confiesa ingénuamente sus sentimientos íntimos: "Me gustaría ser de la izquierda".

Donde Cambó despliega con mayor brillantez un extraordinario conjunto de cualidades es, sin duda, en el Parlamento. Por sus dotes de orador y polemista, por la preparación con que habla de las cuestiones que trata, es un gran parlamentario. Estas sobresalientes condiciones suyas, han hecho que acabara por imponerse al ambiente del Parlamento español, a pesar de su carácter a veces huraño, de su gesto duro, de su voz áspera y con pocas inflexiones, y de lo descarnado de sus conceptos. Su oratoria es muy catalana. Sobria, clara, concisa, nutrida de afirmaciones y de ideas. Tiene la belleza severa de los monumentos de la arquitectura catalana medioeval, con sus líneas bien definidas, con su estructura sencilla y sólida.

Recordamos que, antes de presentarse en el Congreso español el señor Cambó, elegido diputado por la Solidaridad catalana, era general en Cataluña la creencia de que fracasaría como parlamentario. De

esta creencia participaban muchos de sus correligionarios. Y no es que se pusiera en duda sus dotes de orador y de político. Pero se creía que su carácter seco y su proceder áspero, chocarían violentamente con el medio y le harían antipático, repulsivo, intolerable. Hemos visto, sin embargo, como por encima de la hostilidad que ciertas condiciones de su carácter le han valido, ha acabado por adquirir en Madrid un gran prestigio y por conquistar el respeto de los adversarios.

El realismo político del señor Cambó y su desdén por las ideas generales, no han dejado, con todo, de influir perniciosamente en su actuación política. Ese realismo, esa *Realpolitik* de la cual el señor Cambó mostróse enamorado, está hoy en quiebra en todos los pueblos. Muerto está el doctrinismo romántico y rígido que predominó en el siglo XIX, con sus fórmulas apriorísticas y librescas. Pero ha muerto también la concepción realista, la política sin principios. El idealismo, en la política, como en la filosofía, como en la ciencia, han adquirido un prestigio nuevo. La fuerza espiritual de las ideas es uno de los grandes factores de la política contemporánea. Y la política que menos puede prescindir del sustentáculo de los principios, de la fuerza espiritual y desinteresada, es la política nacionalista. Así como Mariano Aguiló dijo que "nunca se tiene razón contra la lengua", podemos decir que "nunca se tiene razón contra el ideal". La realidad, por fuerte que sea, no logra escapar al imperio de la filosofía y de los principios. La realidad no es enemiga de la doctrina,

cuando la doctrina es viva; ni rechaza la lógica, cuando la lógica es honda y no ya meramente superficial.

Por otra parte, la realidad no es algo patente, clarísimo, abierto a todas las miradas. Es, al contrario, algo complejo, difícil, obscuro muchas veces. La realidad que nosotros podemos apreciar, en política, como en otras esferas, no es precisamente la realidad que existe, sino la realidad que vemos. Dicho en otras palabras: la realidad existe en cuanto la apreciamos nosotros. Hay, por lo tanto, no una realidad, sino muchas realidades, es decir, muchas maneras de ver la realidad. Lo objetivo y lo subjetivo andan mezclados en la visión humana de los hechos y de las cosas. Las ideas generales, bien concebidas, son un criterio excelente para apreciar la realidad. En este sentido, puede decirse que el hombre de prejuicios, es el que más suele acertar en el estudio de las realidades de la sociedad y del mundo.

Y perdone ahora el lector esta digresión un poco filosófica a que al correr de la pluma nos ha conducido. Y que nos la perdone especialmente el señor Cambó, a quien no pretendemos dar lección ninguna.

**Amadeo Hurtado.**—La representación de Hurtado en el movimiento catalán de nuestros días es la del autonomismo liberal catalán que cree innecesario el planteamiento del problema desde el punto de vista nacionalista.

Hurtado—junto con los que como él piensan—admite todas las reivindicaciones políticas del catalanismo. Siente la fuerza de la personalidad catalana, y la justicia de sus demandas. Pero le parece de in-

terés secundario el hecho de que Cataluña sea o no sea nación. Esto lo cree propio para ser estudiado y discutido en el libro o en el Ateneo; pero no le concede virtualidad y transcendencia políticas.

El movimiento catalán, no lo ve Hurtado como un movimiento patriótico, sino como un movimiento cívico. Cataluña es una nación, afirma el nacionalismo. Hurtado opina que basta afirmar que Cataluña es un pueblo. De los elementos de la personalidad catalana, él aprecia sobre todo la voluntad, el derecho democrático.

Su ideario político está oreado por los aires de Europa. Si se resiste a aceptar el punto de vista, ya que no las soluciones prácticas del catalanismo, es por situarse, no en una posición españolista, sino en una posición europeista. Algunos de sus compañeros de Solidaridad catalana, en discusiones amistosas, echábanle a veces en cara el no sentir el catalanismo, el patriotismo catalán. Conviene añadir que tampoco siente el españolismo, el patriotismo español. Y esto es debido a que él sitúa las luchas políticas fuera del campo de los sentimientos de patria y de raza.

Esta concepción suya fué la de todo un grupo de intelectuales catalanes que llegó a concretarse a fines del siglo pasado, y entre los cuales merecen citarse Ernesto Vendrell y Jaime Brossa. En los trabajos de Vendrell, recopilados en el volúmen *Escrits* (1), hay expuestas las ideas de este grupo. plenamente catalán sin ser catalanista (diríamos mejor: plenamente catalán sin querer llamarse catalanista).

(1) Barcelona, 1910.

Por sus espléndidas condiciones de orador, por su clarividencia y por su cultura, Amadeo Hurtado hubiera podido conquistar un puesto preeminente en política catalana. Y, no obstante, su actuación política ha sido muy poca. La Solidaridad catalana le llevó al Congreso, donde conquistó un sólido prestigio con dos o tres discursos. Para ser el hombre de la izquierda catalana—ese hombre tan difícil de encontrar, que no se ha hallado aún—reune Hurtado más condiciones que los que han sido candidatos al cargo o lo han llegado a ocupar sin éxito.

Pero Hurtado, que es político, no es un hombre de partido. La maquinaria partidista le repugna. Excelente *leader* en el Parlamento, su temperamento se aviene poco a ser jefe en la plaza pública. Es hombre de Parlamento; pero no de Asamblea de partido, ni menos de Comité.

La labor interna de los partidos le causa un poco de cansancio y de *degoût*. Sabe todo lo que hay entre los bastidores de los partidos, y no se ve con ánimo de penetrar en ellos.

No se inhibe espiritualmente de las cuestiones políticas, antes bien las sigue con interés. Cuida, sin embargo, de no mezclarse en ellas. Por esto se le ha podido decir que es un *dilettante* de la política. La definición. sin embargo, no es del todo exacta.

Pero aún cuando su temperamento le hubiera llevado a la plena actuación política, a la jefatura de un partido de izquierda catalana, habría chocado con una dificultad grave. La posición de Hurtado respecto a la cuestión catalana le habría hecho dificilísimo

contar con un núcleo popular, con una masa. Y es que esa posición, en el estado actual de la política catalana, podrán comprenderla los intelectuales, compártanla o no, pero no la comprenderá jamás el pueblo. Hurtado, según sus palabras, es partidario del liberalismo catalán, no del catalanismo liberal. La distinción es interesantísima. En la realidad sucede, —y el hecho es perfectamente lógico—que entre el catalanismo y el anticatalanismo, no queda espacio para un partido catalán que no sea catalanista ni anticatalanista. Esta posición no la han adoptado más que una parte de los antiguos partidos republicanos catalanes, especialmente el federal. Pero se trata de restos de fuerzas naufragadas, deshechas, que viven de sus recuerdos, sin juventud y sin porvenir, que no pueden ya ser objeto de un aprovechamiento fecundo. Por otra parte, las fases espirituales del pensamiento de Amadeo Hurtado nada tienen que ver con la posición de estas lívidas sombras de partido.

---

## CAPITULO II

### Las reivindicaciones políticas

LO QUE PIDEN LOS CATALANISTAS.—LA SOLUCIÓN FEDERATIVA.—REIVINDICACIONES ESENCIALES DEL NACIONALISMO CATALÁN.—EL SEPARATISMO.

**Lo que piden los catalanistas.**—"¿Qué piden los catalanistas? ¿Cuál es su programa?" Muy frecuentemente se nos dirigen estas preguntas. Y es preciso reconocer que, las más de las veces, los que nos lo preguntan ignoran de verdad lo que pedimos y lo que nos proponemos concretamente.

Hay, en este punto, una desorientación incomprensible. A fuerza de querer hallar intenciones recónditas en las propagandas catalanistas y de dudar de la sinceridad nuestra, se desconoce la clara verdad que aparece delante de todos los ojos. Por un fenómeno de óptica mental, la España castellana no acierta a darse cuenta del sentido de nuestros programas, como si estos fueran intrincadas logomaquias.

¿Qué pretendemos los catalanistas? Pretendemos, ni más ni menos, la autonomía de Cataluña. Esto, en cuanto al aspecto político de nuestro ideal. En el aspecto espiritual, pretendemos la renacionalización completa de nuestra vida social, de nuestra cultura, de nuestra alma (1).

**La solución federativa.**—Se nos dirá: ¿pero qué autonomía es la que pide el catalanismo? Y a esto responderemos sin vacilar: la autonomía federal. Y en ello coinciden todos los partidos autonomistas catalanes.

Cierto que, en sus aplicaciones prácticas, la autonomía federal resulta elástica hasta cierto punto. Hay diferencias entre la autonomía de los Estados de Alemania, la de los cantones suizos y la de los Estados de la República norteamericana. Pero se trata, en general, de detalles de importancia secundaria. Esta flexibilidad del sistema federalista es una notoria ventaja, puesto que permite adaptarlo a las diversas circunstancias de cada caso.

Los nacionalistas catalanes aceptamos cualquiera de las soluciones prácticas que el derecho constitucional nos ofrece. Valentín Almirall lo declaraba ya así en 1886 (2). Pero es indudable que la solución política más perfecta, y hacia la cual van todas nuestras preferencias, es la de las Repú-

(1) El principio de las nacionalidades, presenta en realidad, dos aspectos: el político y el espiritual. Su fórmula política es: *Toda nacionalidad tiene derecho a constituir un Estado independiente o autónomo.* Su fórmula espiritual es esta otra: *Toda nacionalidad ha de conservar y desarrollar su genio propio.* Hemos tratado esta materia en nuestro libro *El Nacionalisme* (publicaciones de *La Revista*). Barcelona, 1916.

(2) V. Almirall: *El Catalanisme.* Libro II.

blicas federativas. Si estas cosas pudieran escogerse según los gustos de cada cual, no faltarían catalanistas, especialmente entre los viejos, que prefiriesen el sistema de unión que existe entre Austria y Hungría.

La solución federal está, ya en la letra, ya en el espíritu de todos los programas catalanistas aparecidos desde que el renacimiento catalán entró en la fase política. El programa del *Centre Català* fundado por Almirall (1882), las Bases de Manresa (1892), los estatutos políticos de la *Lliga Regionalista* (1901), los del *Centre Nacionalista Republicà* (1906), las Bases de la *Unió Federal Nacionalista Republicana* (1910), contienen la solución federalista del problema de Cataluña. Lo mismo sucede con el libro de Prat *La Nacionalitat Catalana*. Entre estos documentos hay, sin duda, diferencias, debidas precisamente a la elasticidad propia del sistema federativo. Pero no puede negarse su común tendencia federalista. El programa catalanista más comentado y atacado en España es, sin duda, el contenido en las Bases de Manresa. Pues bien: véase lo que dijo sobre él Pí y Margall:

"Si hemos de juzgarlos por las bases que en Manresa discutieron y firmaron, los regionalistas de Cataluña son decididamente federales. Quieren autónomas las regiones, pero unidas por un poder central que las rija en lo que les sea común y las escude y defienda contra los demás pueblos." (1)

(1) *Las Bases de Manresa*, artículo publicado en *El Nuevo Régimen*, número del 16 de abril de 1892.

Hoy, las bases de Manresa, en lo que contienen de detalles de organización y de principios de orden interior, están abandonadas. Ningún partido las prohija. La *Unió Catalanista,* que las proclamó, hace muchos años que prescindió de ellas. Es necesaria toda la inmensa ignorancia del señor Royo sobre la cuestión catalana (que por cierto pretende conocer a fondo) para decir, como dijo en una reciente conferencia, que dichas Bases son el alcaloide del nacionalismo. (1) Ni siquiera son nacionalistas. No pasan de ser regionalistas. Por eso Prat de la Riba, secretario de la Asamblea de Manresa, habló contra algunas de ellas. Pero lo esencial, desde el punto de vista de la organización del Estado, o sea el sentido federal, háse mantenido a través de todas las evoluciones del movimiento catalanista.

De una manera rotunda se defiende la solución federativa de nuestro problema en el manifiesto *Por Cataluña y la España grande,* dirigido al país en 1916 por los parlamentarios de la *Lliga,* y que es uno de los documentos más importantes para juzgar el moderno movimiento catalán. Asimismo sostuvo esta solución Cambó, en su discurso ante el Congreso, el mes de junio de 1916. En cuanto a los nacionalistas de la izquierda, basta recordar la denominación que llevó la disuelta *Unió Federal Nacionalista Republicana.* La primera de las bases de este partido consignaba que su ideal era la autonomía

(2) Conferencia dada por el Sr. A. Royo Villanova en la Academia de Jurisprudencia de Madrid, sobre *Las bases doctrinales del nacionalismo,* el mes de enero de 1917.

de la nacionalidad catalana, "con el contenido de poderes constitucionales fijados en el programa de Pí y Margall."

**Reivindicaciones esenciales del nacionalismo catalán.**—En el número que la revista *España* dedicó al catalanismo (junio de 1916), estaban detalladas las reivindicaciones esenciales del nacionalismo en la siguiente forma:

"Invitados por nosotros a concretar las aspiraciones del nacionalismo catalán, he aquí lo que han respondido sus más significados representantes:

1. Estado catalán autónomo, soberano en el régimen de la vida interior de Cataluña.

2. Parlamento o Asamblea legislativa catalana, responsable sólo ante el pueblo catalán.

3. Poder ejecutivo o Gobierno catalán, responsable sólo ante la Asamblea.

4. Vigencia del Derecho catalán, el cual tendrá en la Asamblea su órgano de renovación.

5. Poder judicial catalán, con un Tribunal Supremo que falle en última instancia las causas y pleitos dentro de Cataluña.

6. Oficialidad de la lengua catalana, y libre uso del idioma catalán en todos los actos privados y públicos.

7. Unión federativa, española o ibérica, regida por un poder central que tenga a su cargo las relaciones exteriores, las relaciones entre los Estados federados, el ejército y la marina, las comunicaciones generales, la moneda, las pesas y medidas, el comercio, las aduanas, etc., etc."

Debajo de esta enumeración ponía *España,* entre paréntesis, la siguiente nota: "Esta es, en suma, la solución federativa del problema nacional catalán. Las anteriores reivindicaciones catalanas están contenidas, una por una, en el discurso presidencial de Pí y Margall en los Juegos Florales de Barcelona de 1901." Pocos días después, al intervenir en el debate promovido por Cambó, el diputado federal por Valencia don Aniceto Llorente, declaró éste que, en efecto, las reivindicaciones nacionalistas expuestas en *España* coincidían totalmente con los principios federativos.

El programa político del nacionalismo, en cuanto se refiere a la organización del Estado, es, pues, el sistema federal. Esto resulta completamente claro y firme.

**El separatismo.**—¿Luego, se nos dirá, eso del separatismo es una fábula? Tanto como una fábula, no. Hay que entendernos.

El nacionalismo es federalista y acepta, sin reserva alguna, con satisfacción completa, una solución federal sincera y verdadera. Pero es federal en cuanto el federalismo sea adoptado por la España castellana. Si ésta y sus gobiernos, en vez de dejar abierta la puerta a las soluciones federativas, la cierran violentamente; si en vez de acceder a las demandas parciales y graduales de Cataluña, se obstinan en una política de aversión al catalanismo, de ataque a nuestros sentimientos y a nuestros derechos, entonces puede suceder que nazca en el alma de los catalanes la convicción de que la solución fe-

derativa no es posible. Y en este caso, es decir, en el caso de desvanecerse la esperanza en la consecución de la autonomía federal, todo nacionalista ha de resultar lógicamente separatista.

En otros términos: si los nacionalistas catalanes hallan abierto el camino de la autonomía, este camino es el que seguirán. Si lo hallan cerrado, si han de escoger, aunque sólo sea en sus sentimientos y en sus aspiraciones íntimas, entre dos caminos, el de la perpetuación del régimen actual y el de la separación, escogerán el último. Y quien por ello los recrimine, quien por ello se escandalice y proteste, demuestra no tener ni un adarme de sentido liberal. Para los pueblos, el unitarismo es la esclavitud. Y nadie tiene el derecho de pedirles que se resignen a ella. Cataluña dentro de España, sí. Pero, con nuestra personalidad plenamente reconocida, con nuestra libertad respetada.

De aquí que el separatismo catalán—entendido en la forma que acabamos de exponer—no sea una cantidad fija, o un valor estable, digámoslo así. Varía según la política que se sigue desde Madrid. En los períodos de persecución, en los momentos agudos de la política anticatalana, el número de separatistas en potencia, aumenta enormemente.

Pero los catalanes ni somos niños, ni somos locos. Sabemos que la solución separatista no es algo que podamos lograr fácilmente, ni aún con dificultades. Comprendemos muy bien lo que la orientación separatista significa. Y así, el separatismo catalán—es decir, ese flujo y reflujo de sentimientos

que la política de Madrid produce sobre nuestro pueblos—no trasciende a los hechos de la política. El separatismo, para ser algo trascendente, debería contar con una posibilidad de triunfo, o por decirlo mejor, con una ocasión propicia. El separatismo catalán, en su aspecto político, no es más que un sentimiento variable y condicional.

No se piense, empero, que ese estado de ánimo de una buena parte del pueblo catalán no tenga importancia. Este separatismo no provocará la guerra civil. Pero crea un divorcio moral profundo. Esto es lo grave. Los catalanes, cada día más, van sintiéndose extraños a España. Es aquella secesión moral de que habló Jaime Brossa, en las columnas de *El Mundo,* en los días de la Solidaridad. Es aquel sentimiento que nos hace "hondamente separatistas", según la frase de Cambó, tan comentada y tan mal interpretada en Madrid. (1)

A propósito de esta cuestión del separatismo es muy interesante la siguiente declaración hecha por Valentín Almirall en 1887: (2)

"Después de lo dicho, ¿podrá sostener nadie que seamos hoy por hoy separatistas? Creo que no, y por mi parte os diré que no lo soy, no por ese patrioteris-

(1) Haremos notar, como detalle curioso, que esa frase ha sido traducida poco fielmente por la prensa de Madrid. Empleó Cambó, en su artículo de *La Veu de Catalunya* (septiembre de 1915) las palabras catalanas *fondament separatistes,* que corresponden exactamente a las castellanas "hondamente separatistas". Los diarios de Madrid tradujeron "fundamentalmente separatistas". La divergencia entre los dos adverbios no es aquí muy grande; pero bueno es dar la traducción verdadera.

(2) Contestación al discurso leído por Núñez de Arce en el Ateneo de Madrid en 1887.

mo español, que en todo momento hace rugir al león y al más leve pretexto evoca las sombras de Guzmán y de Pelayo, ni por nada que se le parezca. No lo soy, porque creo que el sistema particularista es por su propia naturaleza armonizador y que es el único que puede unir grandes agrupaciones de hombres, como ha unido casi todo el continente norteamericano. ¿Lo seremos algún día? No de nosotros, sino de vosotros depende. Lo único que puedo aseguraros es que si, cegados hasta la locura por vuestro afán de absorción y de predominio, y sordos por sistema a nuestras justas quejas y reclamaciones, algún día nos ponéis en el caso de tener que pensar en resolución tan extrema, la aceptaré con decisión, sí, pero con el duelo en el corazón y lágrimas en los ojos".

No menos interesantes son las siguientes palabras de Pi y Margall: (1).

"Dilaceraciones dentro de la península no sería difícil que las hubiese, si se sigue, y sobre todo si se extrema el actual régimen. En la decadencia y descomposición a que España ha llegado podría en realidad suceder que aspirasen a la independencia las regiones de mayor fuerza y vida, deseosas de evitar que las gane y corroa la general gangrena. El más eficaz medio de evitarlo es la aplicación del federalismo".

Son también de Pi y Margall las palabras siguientes:

(1) Artículo *Por la federación*, publicado en *El Nuevo Régimen*, número del 27 de agosto de 1898.

"¡Ah impenitentes unitarios! ¿Recordáis los errores por los cuales fuisteis a la pérdida de Cuba? Por los mismos errores estáis poniendo en peligro la integridad de la patria. Con nuestro sistema federal la aseguraríamos; vosotros la estáis debilitando sin cesar. Cada inmotivado ataque es un golpe de pico en el ya desportillado muro. Si un día Cataluña llegase a alzarse contra España, vuestra, no lo dudéis, sería la culpa". (1)

---

(1) Artículo *Las tarjetas postales de los catalanistas*, publicado en *El Nuevo Régimen*, número del 29 de diciembre de 1900.

## CAPITULO III

### El iberismo

LAS TENDENCIAS IBERISTAS.—EL ALMA IBÉRICA.—INEXISTENCIA DE UN IDEAL COMÚN.

**Las tendencias iberistas.**—Altos políticos y pensadores de Castilla, de Portugal y de Cataluña, han sostenido, como un ideal, la solución iberista del problema peninsular.

Dentro de esta solución, contiénense en realidad soluciones diversas y aún opuestas. Hay el iberismo de los unitarios castellanos que sueñan en conquistar Portugal y reintegrarlo a la unidad española, por considerar que la tierra portuguesa no es sino un pedazo de la patria hispana; éste es un pseudo-iberismo, que no es sino castellanismo violento. Hay el iberismo de los que quisieran llegar a la unión federativa de España y Portugal (Salmerón). Hay el iberismo de los que defienden la federación regional peninsular, siendo Portugal uno de los Estados regionales (Pi y Margall, Almirall). Hay el iberismo de los que par-

ten del reconocimiento de tres nacionalidades ibéricas—Portugal, Castilla y Cataluña,—o de cuatro contando a Vasconia, para formar con ellas un Imperio federal (Prat de la Riba). Hay el iberismo de los que creen que, por debajo de las diferencias nacionales peninsulares, existe una raíz ibérica que exige la hermandad de los pueblos de la península dentro de un régimen de libertad (Oliveira Martins, Maragall).

El problema es amplio y hondo. En el catalanismo, la solución federativa que hiciese entrar a Portugal en una organización nacionalista peninsular, cuenta con muchísimas simpatías. Son numerosos los nacionalistas catalanes a quienes no satisface la solución federal, por creer que, aún dentro del régimen autonomista, Castilla, más vasta, seguiría predominando e imponiendo su política al Estado español. La entrada de Portugal en la Federación desvanecería el peligro.

Cataluña sola—y aquí nos referimos a la Cataluña nacional, total, formando un solo cuerpo con Valencia y las Baleares—se hallaría en condiciones desventajosas para luchar contra las pretensiones hegemónicas de Castilla. Mas si estas pretensiones tuvieran, en el seno de la Federación, el contrapeso de Cataluña y de Portugal, el equilibrio se establecería seguramente.

El punto débil de la solución iberista está en la dificultad de hallar un ideal común que diese un espíritu a la unión de las nacionalidades peninsulares. Sin ese ideal común, las discordias y las rivalidades interiores tendrían siempre amenazada la salud del

Estado y harían precaria su existencia, sombrio su porvenir. La persistencia del espíritu unitario en Castilla es la dificultad mayor para la solución iberista.

A nosotros, el examen del problema nos deja un poco escépticos respecto a las probabilidades de realización que tenga el ideal iberista. Y si bien no consideramos imposible una unión política, tenemos por dificilísima la unión espiritual.

**El alma ibérica.**—Un escritor vasco castellanizado, José M. Salaverría, preguntábase hace algún tiempo: ¿España, país latino? Según el señor Salaverría, España no es país latino, ni país mediterráneo. Solamente Cataluña y Valencia, observa, miran hacia el mar latino. El resto de España está vuelto de espaldas al Mediterráneo.

Halla el aludido escritor una prueba de lo que sostiene en los ríos de la Península. Todos los grandes ríos peninsulares, con excepción del Ebro—el ancho río de Cataluña—llevan sus aguas al Atlántico. Y puede añadirse una observación: esos ríos que al Atlántico van, dirigen su curso oblícuo hacia el sur. Así se separan a la vez, del Mediterráneo y de Europa.

Este hecho geográfico aparece simbólico al señor Salaverría. Representa una contradicción de la pretendida latinidad de España. Y representa asimismo, añadimos nosotros, una contradicción de su europeidad. Oportuno es recordar aquí que la geografía ha sido invocada otras veces como prueba de la extraeuropeidad de la península. El sistema orográfico

de España es el mismo del Africa del Norte. Montañas y ríos, pues, separan de Europa la península, excepto la zona de Valencia y Cataluña, que mira al mar latino, donde vierte el Ebro sus abundantes aguas.

No latinismo, sino iberismo, quiere José María Salaverría. Señala en Iberia una esperanza de resurgimiento, una tierra fértil para la producción del ideal nacional inexistente hoy. ¿Este Piamonte espiritual, es Cataluña? No; el señor Salaverría no le atribuye tal misión, seguramente a causa del evidente latinismo de nuestra tierra. ¿Es Castilla? No. "Damos golpes—dice—sobre las piedras de Castilla, y ya se ve que poco responden". Tampoco es Aragón, ni Galicia, ni Vasconia. Esta tierra madre es Andalucía. Donde se debe golpear es en Andalucía, agrega. "He aquí una tierra fértil que podría salvar a España. Casi renunciando a Castilla, estando despiertas Cataluña, Valencia y el Cantábrico, sólo resta sacar de Galicia sus posibles caudales, y principalmente de Andalucía. Es Andalucía la mejor esperanza".

No vamos a discutir las afirmaciones del señor Salaverría, un tanto confusas por cierto. Haremos notar sin embargo, que de ellas se deduce que el levante de la península queda fuera de la dirección geográfica y espiritual que él indica. Y haremos notar, también, que el iberismo, que opone al latinismo, es un término no muy bien escogido en el presente caso. El término iberismo recuerda demasiado al Ebro—el río mediterráneo y no atlántico,—y a la *etnos ibérica*, que fué la primitiva raza de los catalanes.

Cuando designamos con el nombre de Iberia toda la península, no hacemos más que aceptar una denominación corriente. Toda la península es ibérica en el sentido lato de este nombre. Pero de la Iberia del señor Salaverría quedan excluídas, aunque él no lo pretenda, precisamente las tierras peninsulares que étnica y geográficamente son más ibéricas, en el sentido estricto. ¡Una Iberia sin iberos y sin Ebro! Porque la raza ibera es la que puebla el litoral mediterráneo de la península, y el río Ebro es el que da sus aguas al mar latino. No es *iberismo* el término que conviene al concepto expresado por el señor Salaverría. El término *hispanismo* sería más adecuado Y más aún el de *beticismo.*

Veía Valentín Almirall dos grupos étnicos en España: el grupo centro-meridional y el grupo pirenaico. Dentro de esta clasificación, excesivamente simplificada, la Iberia del periodista vasco castellanizado vendría a ser el grupo centro-meridional, con la diferencia notable de dar su dirección, no al centro (Castilla), sino al mediodía (Andalucía). A este grupo podríamos denominarlo *atlántico-africano* (y al decir africano, no queremos usar un término denigrante ni injurioso). Al otro, al grupo pirenaico de Almirall, podríamos denominarlo *mediterráneo-europeo;* comprende Cataluña, las Baleares y Valencia, mediterráneas, y la costa cantábrica, la cual, como escribe el señor Salaverría, "mira de cara el centro de Europa". Los cantábricos, es cierto, no son mediterráneos, ni por la geografía ni por el alma. Nada existe más esencialmente antilatino y antimedite-

rráneo que esos fuertes y bravos vascos. Pero los catalanes hacemos pareja con ellos por el común carácter de europeidad. ¿Y Aragón? Almirall lo hacía entrar en el grupo pirenaico. Quizá fuera más justo distinguir entre Alto y Bajo Aragón. El Aragón Alto pertenece geográficamente al grupo mediterráneo-europeo. ¿Y no son los alto-aragoneses, según parece, vascos castellanizados lingüísticamente?

Andalucía es, afirma Salaverría, "la región que ha tenido mayor potencia de cultura". Cree que antes de Roma, quién sabe si antes de Homero, ha existido en España una gran civilización ibérica. ¿Ibérica? Referido a la antigüedad, el término resulta completamente anfibológico; pero el señor Salaverría parece no tener noción de lo que fueron la primitiva Iberia y la *etnos ibérica.*

En los nombres de Marcial, Trajano y Séneca no vé una razón para hablar del latinismo de la tierra bética. El iberismo de esta tierra es, para él, anterior y superior a su latinismo, persistiendo después a través de las invasiones. Opina que en Andalucía se "mejoran" las civilizaciones, como la romana y la árabe. ¿Por virtud de la aportación de los invasores? se pregunta. Y responde: "No. Es por motivo de la íntima fecundidad ibérica; es el iberismo, siempre poblando las capas profundas del país. Es el fértil limo de la tierra y la raza, que despierta al menor contacto, que despertaría tal vez por sí mismo!" El vasco Salaverría sigue cantando las glorias andaluzas. "Si algún Renacimiento hubo en España—dice, —no fué en Andalucía? Las campañas de González

de Córdoba en Italia; los cantos de Herrera y Rioja; Murillo, Velázquez..."

Sí, sí; todo eso será muy cierto. No lo discutiremos. Queremos conceder que sea exacto, aún cuando no comprendemos qué Renacimiento fué el que promovieron las campañas de Gonzalo de Córdoba en Italia, allí mismo donde varias generaciones de catalanes habían llevado sus armas gloriosas y victoriosas. Pero es curioso observar que cuanto más quiere definir el señor Salaverría su iberismo, más se aleja de nuestro catalanismo; a medida que deslinda y amojona el campo ibérico, con más claridad aparece excluída del mismo Cataluña, por ley de raza, de historia, de geografía y de ideal. El común espíritu de Iberia no aparece por parte alguna.

Este ideal renovador que se propone con el nombre de iberismo, podría ser un ideal para el grupo centro-meridional de la península. Es un ideal que tiene por símbolo el Guadalquivir. El ideal catalán está simbolizado por el Ebro, que es hijo del Pirineo y muere en el Mediterráneo, allí donde el cielo es muy azul, donde el mar es como el cielo. Del Mediterráneo se alejan los ríos de España. Y también los ideales de España. Nuestro río y nuestros ideales van hacia el viejo, eterno mar que un día señorearon los navíos de Cataluña.

Cuando las huestes catalanas y aragonesas llevaron sus armas triunfadoras a las tierras de Murcia, cuando se aproximaron a Andalucía, al Guadalquivir, Jaime I detuvo la marcha conquistadora e hizo noble presente de aquella región al monarca de Castilla en

cumplimiento del pacto hecho. El alto rey tuvo la intuición de que no era aquel el camino de Cataluña. El camino de Cataluña era y es el del mar, el de Oriente, el de la gloria antigua.

**Inexistencia de un ideal común.**—Sabemos muy bien que esas consideraciones geográficas y políticas no tienen un valor absoluto. Pero confirman la convicción nuestra de que no es posible en la Península una fusión de ideales nacionales, un ideal único. Las divagaciones del señor Salaverría nos han dado pié para poner ese hecho de relieve. En cuanto se quiere hacer de Iberia un espíritu, una viva alma común de los pueblos de la península, se fracasa en el intento de definir esta Iberia. Así, o se mantiene el iberismo en un terreno de vaguedad, de indefinición, o al precisarse y definirse conviértese en hispanismo, o beticismo, o castellanismo. Y ya no resulta una Iberia total, peninsular, sino una Iberia parcial, un sector de la Península.

Y es que, por mucho que el hecho contraríe a algunos, la verdad es que en la península hay elementos irreductibles.

Nuestra fé en la solución iberista no es mucha. Portugal y Cataluña podrían entenderse sin gran dificultad; pero están alejados, en dos lados opuestos de la península, y sus caminos no son próximos, ni se cruzan. Con Castilla, ni uno ni otro de aquellos pueblos han podido entenderse en el curso de la historia; nada ha cambiado en el fondo de sus almas que permita esperar una inteligencia futura.

A lo más, entre los pueblos de la península es

posible, en vez de un quimérico ideal común, una coexistencia de ideales diversos, si llega a encontrarse la fórmula en virtud de la cual no estorben los unos a los otros. No creemos en la realidad de esa raiz ibérica común de que han hablado Oliveira Martins y Juan Maragall. Iberia, la ancha Iberia constituída por toda la península, podría llegar a ser quizá un *cuerpo político,* pero no un *espíritu.*

Desde el punto de vista nacional catalán, la solución mejor sería aquella que hiciese entrar a Cataluña, con personalidad propia, dentro el vasto conjunto de una Federación latina u occidental.

---

# CAPITULO IV

## La secesión espiritual

EL ATRASO DE LA MENTALIDAD ESPAÑOLA.—LOS AGRAVIOS INFERIDOS A CATALUÑA.—LA CUESTIÓN DEL IDIOMA.

**El atraso de la mentalidad española.**—Una de las causas principales del divorcio, de la separación espiritual existente entre Cataluña y España, está en la distanciación en que vive ésta respecto de Europa. Con todos sus defectos, con todas sus imperfecciones, Cataluña es, al fin y al cabo, europea. Y España no lo es. España no ha podido seguir la marcha del movimiento general de Europa; y ha quedado rezagada, alejada por el espacio de muchos lustros. Aquella frase según la cual España lleva, con relación a Europa, un atraso de medio siglo, es perfectamente exacta. La influencia de los hechos capitales y de las ideas directrices del mundo llega a la tierra española muchos años después, y aún amortiguada.

No es un tópico pesimista eso del atraso espa-

ñol. No es una acusación hija de antipatías ni de odios. Es una realidad, una triste realidad, tan dañosa para España como para Cataluña. Durante el siglo XVII, España quedóse atrás, perdió su lugar en el mundo; y ya no ha podido rescatar jamás el terreno perdido. Es una rezagada que hace camino penosamente, a veces con angustiosos esfuerzos asmáticos, sin que venga un milagro de la fé a prestarle las fuerzas que le faltan.

El siglo XVIII español es el más característico. En medio del bello florecer de la ciencia y la filosofía en Europa, permanece España inmóvil, indiferente, ignorante, ensimismada, ajena a aquel ardor, como si viviera fuera del tiempo y del espacio. Citemos un caso, capaz por su significación de dar idea del estado de la cultura hispánica en aquel tiempo. Había entonces en la famosa Universidad de Salamanca algunas enseñanzas denominadas *raras,* porque casi nadie tenía conocimientos sobre ellas, y muchas veces no había quien pudiera darlas. Un célebre español de aquella centuria, Torres Villarroel, profesor de Matemáticas en dicha Universidad, declaró ante el Claustro que cuando él ocupó la cátedra, no fué examinado por nadie, porque no había nadie que conociese aquella ciencia. Y añade que entre la mayoría de sus profesores, las tablas y figuras de las Matemáticas pasaban por una especie de brujería y cabalismo. Comentando estas declaraciones de Torres Villarroel, ha escrito Ramiro de Maeztu: "Esto sucedía en pleno siglo XVIII, el siglo de las luces, el siglo de la razón, el siglo del *Aufklärung.* Medio si-

glo antes había formulado Newton las leyes de la gravitación. Ya estaban enterrados Descartes, Leibnitz y Pascal; la geometría analítica y el cálculo diferencial eran patrimonio común de todos los escolares europeos."

Y es que parece como si se levantara, muy alto, un muro opaco entre España y Europa. Los políticos, los hombres de ciencia y los literatos de España dan a menudo la misma impresión de atraso, de tardía e incompleta comunicación con el mundo.

Observaciones de esta naturaleza, aún cuando no sean tan acentuadas, podemos hacerlas todavía hoy abundantemente en todas las disciplinas científicas, y especialmente en lo que atañe al movimiento de la ideología social, moral y política. En un gran número de españoles hay, además de la constitución defectuosa—digámoslo así—de su mente, deficiencia de información, desconocimiento de los hechos.

Nosotros recordamos— y éste es un caso entre mil —un discurso que contra el proyecto de Régimen local del señor Maura pronunció en el Senado español don Pío Gullón, personaje y ex-ministro; y, naturalmente, liberal. En un momento en que por toda Europa la cuestión de la autonomía local se planteaba; en que tomaba nuevo impulso en Francia el movimiento regionalista, y en que hombres eminentes de la derecha y de la izquierda francesas (Barrès, Clemenceau, Deschanel, Paul Adam, Henry Béranger, Painlevé, Barthou, Jaurés) declaraban caducada la centralización; en que M. Briand hablaba de la necesidad de dar un poco de juventud a los envejecidos

órganos políticos de la República, el honorable liberal hispánico señor Gullón hacía, desde su escaño de la Alta Cámara, las siguientes preguntas:

"¿Dónde se habla de regionalismo? ¿Dónde está eso? ¿Dónde se piensa eso? ¿Dónde se digiere eso? Naciones hay confederadas cuyos últimos movimientos políticos lo único que representan es un espíritu de concentración; no hablemos de las que no son confederadas, no hablemos de las naciones europeas, porque preguntad si los condados de Inglaterra se parecen a las regiones; preguntad si los círculos de Alemania tienen algo que ver con la región; preguntad si en Holanda, si en Francia hay regiones...; y en Francia hablar de regiones, de merma, siquiera de discusión de la unidad, sería provocar una protesta general; esto se cita solamente alguna vez cuando hay perturbaciones en Bretaña o con motivo en Provenza de ciertas aspiraciones artísticas y literarias; pero se alude a ello como de otras materias, como de vagas aspiraciones, como de temas de estudio; pero en política y en administración, ¿dónde se habla hoy de regiones? Yo estoy esperando la contestación".

Este caso que acabamos de mostrar, con todo su cómico relieve, no es un caso aislado, ni mucho menos. El Estado Mayor de los partidos de España está lleno de hombres de la especie de don Pío Gullón.

¿Y los intelectuales? Podemos decir que, en su inmensa mayoría, no llevan el reloj a la hora de Europa. Este reloj atrasa, atrasa lamentablemente. Si don Pío Gullón es el hombre representativo de los políticos, Pío Baroja, con su gran valor literario y su gran

incompresión política, es el hombre representativo de los intelectuales.

Estos intelectuales y estos políticos—cualquiera que sea su valer como escritores o como oradores,—no se enteran de las cosas. Y una gente que *no está enterada,* es una gente terrible. Con quien no está enterado, no se puede discutir. A quien no está enterado, no se le puede convencer. Pocas cosas hay tan fuertes como la ignorancia. Nosotros nos imaginamos al "hombre no enterado", cuando interviene en un debate, como un guerrero sin armas. Y en el terreno de las ideas, se da la paradoja de que aquel que está desarmado es invencible. Los catalanes podemos convencer y hacer nuestro a un Salmerón o a un Canalejas; pero no a un Royo Villanova, ni a un Julio Burell, ni a un Mariano de Cávia.

En el campo de la intelectualidad hay sin duda excepciones, y más numerosas que en el campo de la política. Los intelectuales verdaderamente europeos no faltan, si bien su influencia es poco notable. Podemos citar a Ortega y Gasset, a Unamuno, a Luis Araquistain, a Oscar Pérez Solís, a Díez Canedo, a Julio Senador. Pero, aún algunos de estos intelectuales que constituyen una excepción gloriosa, adolecen también, más o menos, del general defecto. Una de las cosas que más nos han llamado la atención al leer a ciertos escritores, es el comprobar que no siguen al día la marcha de los acontecimientos mundiales en los distintos órdenes de la actividad humana. Pronto se les conoce que no leen habitualmente la prensa, que no dedican media hora diaria a la

lectura de un gran diario inglés, francés, italiano o alemán, lectura que es indispensable a quien desee estar al corriente de lo que en el mundo sucede. El intelectual contemporáneo ha de asomarse cotidianamente al ancho mirador del mundo. En España, parece como si al intelectual le faltase la persistente curiosidad de esos vistazos. Pasa días y semanas recluído en su casa, dentro de una estancia quieta, o cultivando el jardinillo interior.

De esta inatención vemos muy a menudo las muestras. Trátase a veces de detalles pequeños, pero que tienen la misma clara significación que los hechos importantes. Así, por ejemplo, cuando se habla en España de la actitud de Gustavo Hervé ante la guerra europea, esta actitud es presentada como un cambio súbito, fulminante y absoluto de sus ideas antipatrióticas de otros tiempos. *Azorín,* en un artículo periodístico, y Dionisio Pérez, en un libro, lo afirman así. Pues bien: aquellas ideas las había rectificado Hervé desde muchos años antes. Y la rectificación, explícitamente contenida en el prólogo de su libro *Mes Crimes* (formado por una colección de sus artículos denunciados), era reiterada a cada momento en el periódico *La Guerre Sociale.* Recordamos nosotros haber publicado, ya en 1912, un trabajo en *El Poblé Català* comentando la evolución de Hervé. Mucho antes de estallar la guerra europea, había dejado de ser antipatriota y antimilitarista. Por otra parte, Hervé no ha sido nunca ni tan antipatriota ni tan antimilitarista como cree la gran mayoría de los intelectuales españoles, entre los cuales apenas se

sabe de él otra cosa que aquella frase, mal interpretada, de *le drapeau dans le fumier.*

Otros detalles, pequeños detalles sin duda. *Azorín,* en uno de sus artículos francófilos de *A B C,* presentaba al diario parisién *Le Temps* como "órgano el más autorizado del radicalismo francés". Textual. Y hasta nuestro admirable y estimabilísimo don Miguel de Unamuno dejaba también ver la deficiencia de información, la falta de lectura habitual de la prensa europea, en un artículo en el cual, departiendo con Gabriel Alomar, quien había opuesto en el orden del derecho internacional Von Jagow a Grocio, declaraba ingénuamente que ignoraba quien era Von Jagow y que no conocía ninguna obra suya. No; no será ciertamente Von Jagow ningún hombre famoso. Pero, ¿cómo el profesor de Salamanca hubiera podido ignorar, en plena guerra, a haber seguido el curso de los acontecimientos diplomáticos que la precedieron, la personalidad del ex-ministro de Relaciones extranjeras de Alemania? ¡Ah, este quedarse atrás, o distraídos o abstraídos, mientras el mundo marcha!

A esto se debe que sean rarísimos los intelectuales españoles capaces de hablar, con algún conocimiento de causa, de cuestiones internacionales y de política extranjera. Cuando hablan de esas cuestiones dan la impresión de que tratan cosas muy lejanas, muy difíciles y muy obscuras. Y, en efecto, ellos se hallan espiritualmente muy lejos del extranjero. Saben algo del movimiento literario de fuera. Conocen algunas figuras de la política francesa, aque-

llas cuyo nombre pregona la actualidad. Y nada más. No son ciudadanos de la gran ciudad universal; no viven en ella. Y lo que decimos de las cuestiones extranjeras, podemos decirlo igualmente de las cuestiones catalanas.

Este grave mal español afecta dolorosamente a Cataluña. Y la afecta en dos aspectos, a saber: en cuanto ella misma se lo ha contagiado, y en cuanto el atraso espiritual de España dificulta la solución favorable de nuestro problema nacional e impide que el viento europeo empuje el movimiento de renovación española, que es una de las esperanzas de Cataluña.

La profunda europeización mental de la opinión, de los políticos y de los literatos de España destruiría las más empedernidas hostilidades contra las aspiraciones del catalanismo, haría desaparecer esa reseca incompresión que marchita los brotes de política nueva que de tiempo en tiempo se producen. Por esto Cataluña no podría obtener sino ventajas del resurgimiento, de la regeneración política y espiritual de España.

No caeremos, sin embargo. en la ilusión de creer que los catalanes somos los llamados a obrar el milagro de ese resurgimiento. Nosotros, a pesar de todos los obstáculos que hacen penoso nuestro camino, podemos hacer de Cataluña un trozo de Europa, podemos incorporarnos a Europa, y mucho hemos hecho ya en este sentido. Respecto al resto de la península, no podemos hacer otra cosa que apoyar y estimular los sentimientos que en análogo sentido inicien sus hombres. Esta labor, la de dar nueva fuerza al alma

de los pueblos, debe hacérsela cada cual por sí mismo, y ninguno la puede hacer por otro.

**Los agravios inferidos a Cataluña.**—Es pueril negar el carácter de dominación castellana que tiene el actual régimen centralista de España. Desde la unión de la Confederación catalano-aragonesa a Castilla, ha venido dictándose por el poder central una larga serie de medidas atentatorias a los derechos y a la libertad nacional de las catalanes. Los agravios históricos inferidos a Cataluña en nombre del principio unitario, sólo pueden ser desconocidos por aquellos que desconocen la historia misma. Valentín Almirall pudo, en 1887, redactar su llamado *Memorial de Agravios.*

Todas las habilidades y todos los espejismos de los que niegan la opresión de Cataluña no pueden lograr que desaparezca de la historia ese conjunto de medidas. Es cierto que los catalanes tienen su gran parte de culpa en la situación creada. Pero su culpa está precisamente en no haberse opuesto con la suficiente eficacia a las pretensiones hegemónicas de Castilla.

Se nos trata como un pueblo vencido. Llevamos los catalanes, por la imposición de la lengua, del derecho y del gobierno ajenos, la marca del esclavo. Y no crea don Miguel de Unamuno que estas afirmaciones, hechas por Almirall en su obra *El Catalanisme,* sean "pésima retórica abogadesca", como ha dicho hace poco (1). Es algo que sentimos viva-

(1) Artículo publicado en *La Publicidad* de Barcelona, con el título *Vasco, gallego y catalán,* número del 29 de enero de 1917.

mente los catalanes no conformistas, los que no tenemos atrofiado el sentido nacional, los que no tenemos roto o relajado el resorte de la dignidad. El juicio que las palabras aludidas merecen a Unamuno prueba que éste no conoce el libro de Almirall, ni tiene idea del carácter de Almirall, cuya más alta virtud fué la sinceridad. El juicio formulado ante unos fragmentos sueltos de *El Catalanisme* lo rectificaría, a buen seguro, si leyera el capítulo entero que trata de la lengua. Hay allí una emoción cálida, honda y vibrante que nada tiene que ver con la retórica mala de los abogados malos.

**La cuestión del idioma.**—La protesta nuestra por la imposición del idioma, sale de lo más íntimo de nuestra alma. Y nosotros hemos podido comprobar que hay aquí la cuestión más delicada de nuestro pleito nacionalista, la que menos comprendida es por los castellanos, aún por aquellos que ven con cierta simpatía el movimiento catalán. Conversando, en Madrid, con algunos ilustres amigos, de tendencias catalanizantes, pude observar que nos dan la razón en todo, menos en lo de la lengua. Se resignan a aceptar la oficialidad del catalán en Cataluña y la catalanización lingüística de nuestra cultura; pero les parece que eso es un capricho, un manía, una rareza de los catalanes. Les cuesta creer que nos sea necesario el uso de nuestro idioma para llegar a la libertad de nuestro pueblo y a la formación de un gran foco de cultura. Sospechan que usamos del catalán, no porque nos parezca imprescindible, sino porque quere-

mos usarlo, y esto por razones políticas y de amor propio. Y achacan a susceptibilidad excesiva ciertas quejas nuestras en este punto.

Será ello debido a que los castellanos no se han hallado jamás en el trágico caso de sufrir la imposición de otra lengua. No pudiendo apreciar nuestros sentimientos por otros análogos suyos, se inclinan a creer que los catalanes exageramos. Pero nosotros sabemos que no. Todo lo contrario; aún los mismos nacionalistas, en su generalidad, no dan importancia suficiente a la cuestión del idioma. No hay hiperestesia, ni mucho menos. Sabemos que el problema del idioma es el más hondo en todos los movimientos nacionalistas. Los sentimientos de los catalanes respecto a ese problema son más bien moderados y tibios, si se los compara con los sentimientos de los patriotas de los pueblos que luchan por su libertad. En Cataluña son hoy muy conocidos los movimientos nacionalistas extranjeros. Y por la comparación con ellos hemos aprendido mucho. Hemos visto que nuestras tendencias no son algo raro y aislado, sino una manifestación de un vasto movimiento general. Lo que para el idioma propio queremos, es lo mismo—o un poco menos—de lo que quieren todos los nacionalistas de Europa. Si los políticos y los escritores castellanos tuvieran la buena idea de estudiar los movimientos nacionalistas de Europa—que no son menos de veinticinco—realizarían con ello una excelente preparación para apreciar y comprender el movimiento catalán. Así verían la inanidad de muchos de los argumentos

que ahora emplean y de muchas de las acusaciones que nos dirigen. Y por más que siguieran combatiendo el nacionalismo catalán, lo combatirían desde otros puntos de vista. A los ojos de todos los que poseen una cultura política verdaderamente europea, aparece muy claro que hoy se nos combate con armas de Museo, enmohecidas y grotescas, con bombardas y con ballestas. He aquí una de las cosas que más nos entristecen y que más nos separan de Castilla.

Deben renunciar los políticos y los escritores castellanos a presentar el catalanismo como un fenómeno de atavismo, como una idea medioeval, como un estrecho localismo de gente que vive en la historia. Esto puede concebirse en los labios o en la pluma de uno de esos "propagandistas" pintorescos del radicalismo lerrouxista. Pero es lamentable, por ejemplo, en don Joaquín Sánchez de Toca, quien llamó tiempo atrás "regionalismo prehistórico" al catalanismo.. Los nacionalistas catalanes, en este punto y en otros muchos, seguimos de mucho más cerca el movimiento de las ideas europeas que los políticos y los escritores de la España castellana. Podrán ser equivocadas, si se quiere, nuestras doctrinas. Pero son mucho más modernas y mucho más europeas que las del señor Sánchez de Toca, regionalista *sui generis*. Y que las del señor Royo Villanova. Y que las del señor Burell.

La literatura y el movimiento contemporáneos han influído profundamente en Cataluña. Los pensadores y los literatos franceses, sobre todo, han ejercido una influencia considerable en el movimiento ideo-

lógico y literario catalán. Desde Renán y Taine a Jaurès y Maurras, todos los hombres eminentes de Francia han sido aquí conocidos y estudiados. En los últimos años, háse extendido el radio de acción hacia Italia, Alemania e Inglaterra. La juventud catalana de hoy siente poco esa nostalgia, esa *enyerança* de la cual se ha pretendido hacer una nota característica de los catalanes. Nuestros jóvenes lamentan no volver jamás a su patria. Pero no les pone tristes la ausencia temporal. Gustan, al contrario, de viajar, de pasar largas temporadas en el extranjero, movidos por un vivísimo anhelo de aportar al caudal de la nueva cultura catalana el saber y el ejemplo de los otros pueblos.

Como ya se ha dicho, los catalanes de hoy estamos más expuestos al esnobismo de lo nuevo y de lo extranjero que a la persistencia en lo viejo y típico. Así, muchos de los nuestros que por sus aficiones y estudios viven en constante comunicación espiritual con la cultura y la política europeas, sonríen levemente cuando se les acusa de localistas y de recluídos.

---

# CAPITULO V

## Nuestro ideal nacional

EL HECHO CATALÁN.—EL DILEMA.—LA FÉ EN EL FOR-VENIR DE CATALUÑA.

**El hecho catalán.**—La evolución del sentimiento nacionalista en Cataluña ha llegado a tal punto, que los castellanos deben renunciar a discutir teóricamente nuestras reivindicaciones y nuestra convicción. No nos van a convencer. Y nos convencerán en la cuestión de la lengua menos que en lo demás.

Todos los problemas que nos plantean los castellanos, ora en el Parlamento, ora en el periódico, son problemas que nosotros nos hemos planteado ante nuestra conciencia hace ya mucho tiempo. Y hoy los tenemos resueltos. Hemos tomado nuestro partido. Y no es posible que a cada debate parlamentario y a cada artículo de cronista que visita Barcelona, volvamos a empezar.

Desde el punto de vista político, no se trata ya de una cuestión de doctrina, ni de historia, sino de un hecho. La doctrina puede ser discutida, la historia

puede ser interpretada diversamente. Pero el hecho no puede negarse: y este hecho es que Cataluña reclama su autonomía plena, política y espiritual. Los políticos y los escritores de la España castellana tienen derecho a discutir nuestras teorías. No lo tienen a oponerse a nuestra voluntad. El pretender erigirse en jueces de nuestra causa, cuando en realidad son parte en ella, es ya una prueba plena de que la España castellana ejerce una acción dominadora sobre Cataluña.

**El dilema.**—Como dijo el señor Cambó en el Parlamento (1), ante la realidad de un movimiento nacionalista, no caben más que dos cosas: o destruirlo por la persecución, o satisfacer sus demandas.

No creemos posible la destrucción del movimiento catalán. Más verosímil es, aún cuando poco probable, su auto-extinción. El Estado español se halla, pues, ante la perspectiva de la perduración del conflicto actual, a través de los períodos alternativos de agudización y de calma. El único camino satisfactorio está en la satisfacción gradual de las reivindicaciones catalanas.

Para conseguir el triunfo de nuestros ideales deberemos luchar los catalanes con dificultades grandes. Tenemos perfecta conciencia de ello.

Deberemos luchar con la resistencia inerte de una buena parte de nuestro pueblo, a la cual no ha llegado aún el espíritu renovador del nacionalismo.

Deberemos luchar con nuestros propios defectos,

(1) Sesión del Congreso de los Diputados del 8 de junio de 1916.

que son muchos y algunos graves. Los largos siglos de servidumbre han contribuído fuertemente a la degeneración del carácter catalán, degeneración que con implacable severidad describió Almirall (1), y que hoy es contrarrestada y lentamente curada por un feliz proceso de regeneración.

Deberemos luchar con la hostilidad instintiva de una gran parte de la España castellana, sorda a nuestras voces y a nuestras razones, porque su actitud es debida a sentimientos primitivos y arraigados.

Deberemos luchar con los inconvenientes que presenta la inferioridad numérica de nuestra población respecto al conjunto del Estado español, inferioridad que más bien tiende a acentuarse, a causa de la baja natalidad de las tierras catalanas, hecho inquietante, grave, que empieza a preocupar a nuestros hombres (2).

Deberemos luchar con la formidable presión que el Estado y toda la vida oficial ejercen sobre la vida de los pueblos. En esta presión hay la principal causa de la lentitud con que avanza la renacionalización de Cataluña, especialmente en el aspecto lingüístico.

**La fé en el porvenir de Cataluña.**—Pero nuestra fé es grande, y es viva. No hay en esta afirmación teatralidad, ni insinceridad. Toda la intensa actividad catalana de hoy: este conjunto de políticos, de escri-

(1) *El Catalanisme.* Parte primera. Cap. III.

(2) El doctor Puig y Sais, ferviente nacionalista, ha tratado extensamente el problema de la natalidad catalana en su discurso presidencial de la "Academia i Laboratori de Ciencies Mèdiques de Catalunya", publicado en los *Anals* de dicha corporación, número del mes de diciembre de 1915.

tores, de técnicos, de poetas, de eruditos; esta juventud que pasa cada día, numerosa, ante la estátua del Esculapio de Ampurias reproducido en la entrada de la "Biblioteca de Catalunya" y del "Institut d'Estudis Catalans"; estos jóvenes que acuden, profesores o alumnos, a la "Escola de Funcionaris", a la "Escola Superior d'Agricultura", a la "Escola de Bibliotecaries", a la "Escola de Bells Oficis", todos llevan en el alma la fé en el porvenir nacional de Cataluña. Esta fé les mueve, y por ella trabajan, con un entusiasmo, con una pasión, que la España castellana hoy desconoce y que no llega a entender. Por debajo de la política, de la cultura, de la vida de hoy, pasa, subterráneo y potente, el ideal nacionalista. Sin él, nuestra actividad actual no tendría explicación. Por esto, los que ignoran o desconocen este ideal, encuentran extravagantes, y aún ridículos, nuestros movimientos.

Estamos en presencia de la re-formación de un pueblo, de la reencarnación de un alma nacional. Cataluña vuelve a ser una nación. No es una teoría. Es un hecho vivo.

Y constituye un crimen de lesa libertad, de lesa cultura, de lesa humanidad contrariar este movimiento. Una Nación, en su sentido integral y vivo, representa una egregia riqueza para la humanidad. Si nuestro ideal se hundiera, si nuestra fé se desvaneciese, una inmensa postración se apoderaría del pueblo catalán, y sobre todo de la intelectualidad catalana. Es por la futura nación catalana que trabajamos y luchamos. Sin este ideal, nuestro trabajo ca-

recería de finalidad y de estímulo. Sin él, nuestras instituciones de cultura, nuestro arte, nuestra literatura, nuestro pensamiento, nuestra riqueza, se extinguirían. Y volverían los tiempos estériles y lóbregos que ya vivió Cataluña en el siglo XVIII. Si fuese posible destruir nuestra fé, habríase apagado el hogar de nuestra naciente cultura, a la cual espera un mañana espléndido. Pero no se habría añadido ni una llama más al hogar de la cultura castellana.

Tenemos un ideal. Bautícesele, si se quiere, con los nombres de megalomanía, ilusión, orgullo o vanidad. Es lo mismo, para nuestro caso. Tenemos un ideal, y en él reside la justificación de nuestras reivindicaciones, el secreto de nuestra fuerza y la garantía de nuestro porvenir.

---

# ÍNDICE

Págs.

Prólogo ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 5

## PARTE PRIMERA

### Antecedentes del problema

CAPÍTULO PRIMERO.—*Cataluña y los catalanes.*—El territorio catalán.—El dominio de la lengua catalana.—Los orígenes de la raza catalana... ... ... ... ... 17

CAPÍTULO II.—*Formación histórica de la nacionalidad catalana.*—El resurgimiento de la "etnos ibérica".—Génesis histórica del Estado catalán medioeval.—La unión con Aragón.—La lengua catalana.—La unidad de Cataluña y el sur de la Galia... ... ... ... ... 29

CAPÍTULO III.—*El esplendor nacional de Cataluña.*—La estirpe catalana.—Cataluña y Aragón.—Los reyes catalanes.—El poderío político.—La cultura catalana. 39

CAPÍTULO IV.—*La tradición catalana.*—El sentido nacional.—La tradición liberal.—El gibelinismo catalán.—Los heterodoxos catalanes.—El bienestar interior... 57

CAPÍTULO V.—*La decadencia de Cataluña.*—Las causas de la decadencia catalana.—La extinción de la dinastía catalana.—El absolutismo monárquico.—La atracción de la Corte.—La castellanización literaria.—El descubrimiento de América... ... ... ... ... ... 69

CAPÍTULO VI.—*El fin de la nación catalana.*—La castellanización espiritual y política.—El Corpus de sangre.—Significación de los acontecimientos de 1640.—El Corpus, como fiesta nacional catalana; el himno "Els Segadors".—La guerra de Sucesión.—La abyección setecentista.... ... ... ... ... ... ... ... ... 83

CAPÍTULO VII.—*Cataluña y la Francia revolucionaria.*—La guerra entre España y la República francesa (1793-95).—La vieja Europa contra la nueva Francia.

Págs.

—Una Cataluña desnacionalizada, monárquica y fanática.—Trabajos de los constitucionales y revolucionarios franceses para atraer a los catalanes.—De cómo pagó el gobierno español la adhesión de Cataluña ... 69

## PARTE SEGUNDA

### El renacimiento catalán

CAPÍTULO PRIMERO.—*El movimiento catalanista durante el siglo XIX.*—La escuela romántica catalana.—El movimiento literario.—El movimiento político.—El malestar de Cataluña.—El programa del general Polavieja.—Progresos del catalanismo y período de agitación intensa... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 115

CAPÍTULO II.—*La intervención política del catalanismo.* — La "Lliga Regionalista". — Lerroux. — El resurgimiento republicano.—La escisión izquierdista.—La crisis de la "Unió Catalanista" ... ... ... ... ... 137

CAPÍTULO III.—*La Solidaridad catalana.*—El 25 de noviembre.—La ley de Jurisdicciones.—El movimiento popular.—Lerroux, antisolidario.—Las elecciones de 1907.—El proyecto de Régimen local.—Las elecciones parciales de 1908.—Ruptura de la Solidaridad.—La "Unió Federal Nacionalista Republicana"... ... ... 149

CAPÍTULO IV.—*La Mancomunidad de Cataluña.*—Período de depresión política.—Cómo se inició la petición de la Mancomunidad.—El proceso de la Mancomunidad hasta su constitución... ... ... ... ... ... 173

CAPÍTULO V.—*Los acontecimientos de los últimos años.*—Coalición electoral nacionalista-lerrouxista.—Disolución de la U. F. N. R.—Transformación de la "Unió Catalanista".—El "Bloc Republicà Autonomista".—El gobierno liberal contra la Lliga.—La fiesta de la Unidad catalana.—Cataluña ante la guerra... ... ... ... 179

## PARTE TERCERA

### El pancatalanismo

CAPÍTULO PRIMERO.—*En el Principado de Cataluña.*—Del regionalismo al nacionalismo.—La unidad nacional catalana.—El lazo de la lengua. ... ... ... ... ... 205

Págs.

CAPÍTULO II.—*En Valencia.*—El regionalismo literario.—El nacionalismo.—La transformación de "Lo Rat Penat".—La lengua... ... ... ... ... ... ... ... ... 211
CAPÍTULO III.—*En Mallorca.*—La contribución mallorquina.—La literatura catalana en Mallorca.—El aspecto político.—La lengua... ... ... ... ... ... ... ... 219
CAPÍTULO IV.—*En el Rosellón.*—El territorio de la Cataluña francesa.—La lengua.—El renacimiento literario rosellonés.—La historia de Cataluña en el Rosellón... 223

## PARTE CUARTA

### Las ideas del movimiento catalán

CAPÍTULO PRIMERO.—*Los pensadores y los jefes políticos.*—Pí y Margall.—Almirall.—Torras y Bages.—Prat de la Riba.—Pedro Corominas.—Ildefonso Suñol.—Cambó.—Amadeo Hurtado... ... ... ... ... ... ... ... 237
CAPÍTULO II.—*Las reivindicaciones políticas.*—Lo que piden los catalanistas.—La solución federativa.—Reivindicaciones esenciales del nacionalismo catalán.—El separatismo ... ... ... ... ... ... ... ... ... 275
CAPÍTULO III.—*El iberismo.*—Las tendencias iberistas.—El alma ibérica.—Inexistencia de un ideal común... 285
CAPÍTULO IV.—*La secesión espiritual.*—El atraso de la mentalidad española.—Los agravios inferidos a Cataluña.—La cuestión del idioma ... ... ... ... ... 295
CAPÍTULO V.—*Nuestro ideal nacional.*—El hecho catalán.—El dilema.—La fé en el porvenir de Cataluña... 309

## ERRATAS QUE HEMOS ADVERTIDO

| Pág. | Línea | Dice | Léase |
|---|---|---|---|
| 33 | antepe-núltima | nuestrianos | neustrianos |
| 37 | antepe-núltima | de Córcega | de Cerdeña, ni en Córcega |
| 43 | 14 | cuarto | último cuarto |
| 53 | última | siglo IX | siglo X |
| 77 | 6 y 7 | a mediados de la siguiente centuria | a principios de la misma centuria |
| 137 | 12 | 1899 | 1898 |
| 171 | 26 y 27 | marzo | mayo |

# EDITORIAL MINERVA, S. A.

Aribau, 179 :: BARCELONA :: Teléfono G.-27

Dirección telegráfica: MINERVA

OBRAS PUBLICADAS

## El Comercio del Mundo

por JAMES DAVENPORT WHELPLEY

Un tomo de 440 páginas. . . . . 4 pesetas

## La Población y el sistema social

por FRANCESCO NITTI

Un tomo de 312 páginas. . . . . 3 pesetas

## Sociedad y Soledad

por R. WALDO EMERSON

Un tomo de 272 páginas. . . . . 3 pesetas

EN PRENSA:

## Aspectos económicos de la gran guerra

por D. FEDERICO RAHOLA - Senador y ex-diputado

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU